





JUEGOS DE
VILLANOS

Julia Guzmán Watine

VICIOIMPUNE
— EDITORIAL —

Vicio Impune Editorial E.I.R.L.

Teléfono: (56 9) 9949 5438
editorialvicioimpune@gmail.com

Colección Opera Prima

Juegos de Villanos

© Julia Guzmán Watine

Registro de Propiedad Intelectual N° 285.343

ISBN: 9978-956-09094-0-4

Edición:

Vicio Impune Editorial E.I.R.L.

Diseño de portada y diagramación:

Jenny Contente Guazzotti

Impreso en:

Dimacofi, enero, 2018

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la Editorial Vicio Impune”.

JUEGOS DE VILLANOS

NOVELA

Julia Guzmán Watine

VICI  **IMPUNE**
— EDITORIAL —

Colección Opera Prima



*A Inés, Juan,
Sandra y Eduardo.*



PRIMERA PARTE

I

—Sabes por qué te vengo a ver... no es para preguntarte cómo estás ni qué has hecho durante todos estos años. Habrás leído el diario, habrás visto las noticias: mi marido desaparecido... y quizá muerto... Necesito tu ayuda, necesito aclarar este cuento, esta tragedia...

Su voz era la misma, como imitando a alguien con poder. Era forzada y hablaba como si quisiera que todo el mundo la escuchara, aunque no había nadie en la plaza. Eran las nueve de la noche, hacía mucho frío para la época. Me comentó que había esperado cerca de dos horas en mi sala de espera comunitaria.

Era bonita en el colegio, es bonita ahora, pero sólo eso. La puedo comparar con un atardecer sin nubes, sin matices; o con un paisaje hermoso transmitido por la televisión. Se me ocurre pensar en un postre de chocolate dietético o en esas canciones perfectas, pero interpretadas por las sinfónicas. Es decir todo para que guste, pero...

—¿Me estás escuchando?

—No, disculpa. ¿Y la policía no está investigando? —dije, encendiendo el primer cigarro de lo que iba a ser una larga conversación.

—Han avanzado un poco, pero no dicen nada. Actúan con prepotencia, como si fueran tus jefes, muestran su pistola para manifestar poder, jerarquía... no sé, me tratan como si yo fuera... Toma una foto de nosotros. Guárdala.

—Magda, yo no soy un detective profesional. No vamos a firmar ningún contrato y tampoco tengo una licencia de investigador privado.

—Como te dije, la policía está investigando, pero no me dicen nada. Yo busco adelantar algo, ordenar este caos, sólo eso.

—Hasta el momento, me he encargado de buscar adolescentes confundidos, he tenido que constatar infidelidades múltiples, pero

no he trabajado en nada serio ni mucho menos en una investigación paralela a la encabezada por un fiscal.

Nadie podía contradecir sus deseos. No la invité a mi estudio. Preferí conversar en el banco que ella escogió para no darle la posibilidad de examinar mi espacio con esa típica mirada que yo recordaba bastante bien. Esa mirada burlona o quizá una mueca de asco, aunque fuera involuntaria, me hubiera obligado a echarla a patadas. Ya me bastaba su inspección de mi atuendo descuidado y no muy adecuado para un otoño tan frío. Sentía como si me quemara cada mancha de mi chaqueta de jeans y cada imperfección de mi viejo pantalón. Sin embargo, mi estado de alerta no lograba ahuyentar un punzante viento sur.

—Se va a cumplir un mes de mi matrimonio. Todo fue rápido, no recuerdo mucho. Sí algo de la iglesia, imágenes de la gente que me veía entrar del brazo de mi papá, mi vestido maravilloso, los invitados mirándome y mirándose como diciendo lo linda que me veía, comentando, como si yo no los viera, como si fuera una película. Recuerdo las palabras del padrecito, que pidió mis hijos para el sacerdocio (lo que en realidad me pareció una falta de respeto) y algunos episodios de la fiesta. A la larga no sé si son mis imágenes o si he reproducido en mi memoria lo que me han contado. Desperté a medias en la ruta de Talca a San Clemente, en el asiento del copiloto que yo ocupaba cuando salimos del matrimonio. Tengo imágenes confusas, recuerdos de mucho frío, incomodidad; un terror paralizante a la soledad, mezclado con pesadillas de autos veloces que no se detenían ante mis gritos ahogados. Después recuerdo que amanecí en el dormitorio 404 de la Clínica de Talca. Fue extrañísimo ver a mis papás y a la Nico preguntándome qué había pasado, dónde estaba José Ignacio. Todo parecía un sueño, una pesadilla, yo despertando sola, sin José Ignacio y sin recordar nada. En un momento pensé que no me había casado todavía, que ése era el día, no sé, que estaba atrasada, pero la Nico me contó que me habían encontrado ebria en el asiento del copiloto, y que José Ignacio estaba desaparecido.

Hizo una pausa. Nos quedamos un rato en silencio.

—Sabes que apenas tengo energías para conversar contigo, vestirme,

comer. Me cuesta mucho hacer algo, tomar las riendas de mi vida. A pesar de todo lo que tengo, de todo a lo que me aferro, esto es una onda expansiva que borró mi vida. Estoy suspendida, en receso.

Pensé, mientras hablaba, que se trataba probablemente de un ajuste de cuentas. Todo parecía premeditado, anotado, un guión que se ejecutaría en el matrimonio de Magda con su desafortunado José Ignacio. Su marido, por la naturaleza de ese montaje, estaba en algo turbio. Lo más probable era que pronto apareciera el cadáver y yo no estaba preparado para una investigación de esa envergadura.

Cada vez hacía más frío y en el banco vecino, unos punks se sentaron a tomar unas cervezas. Eran bastante tranquilos y Magda no se dio por aludida. Veía que, cuando se les acabara el copete, nos pedirían algunas monedas. Busqué en mi bolsillo y constaté que tenía alrededor de 500 pesos. Si nuestros vecinos pedían el tributo, yo no aceptaría el caso. Aliviado por mi resolución comencé a prestar atención al soliloquio de mi ex compañera de curso.

—A José Ignacio lo conocí en un *Happy Hour*, en el *Club Chic*. Después de un pésimo viernes y una desastrosa semana en mi colegio, fui con unos amigos a sacarme la rabia que sentía hacia mi jefe y mis alumnos que me fueron a acusar al director porque los había tratado de estúpidos. Estábamos estudiando la sexualidad humana y tú comprenderás que los niños de básica no son muy maduros. Es imposible que se tomen esa materia en serio, que no hagan bromas y a mí, no sé por qué, me incomoda mucho hablar de esos temas con niños. Creo que me descontrolé, pero lo que más rabia me dio fue que el director me hizo reconocer mi error delante del cabro huevón que me fue a acusar. Nunca me había sentido tan humillada, hasta ese momento, porque después de mi matrimonio sufrí una vergüenza mucho peor. Es como si desde el día que me encontré con José Ignacio, empezaran una serie de mortificaciones. Es como si fuera una venganza... todo el mundo me apunta con el dedo. Ahora estoy con una licencia que espero alargar lo que más pueda. No me atrevo a enfrentarme a los otros profesores, aunque me hayan escrito a mi cuenta de facebook. Me da vergüenza ver a mis alumnos, les conté acerca de mi matrimonio, del vestido, de lo que sería el día más feliz de mi vida...

—Magda, perdona, pero me estabas contando cómo conociste a José.

—José Ignacio.

—No seas petulante —dije, prendiendo otro cigarro.

Magda, haciendo la típica mímica de los no fumadores que ahuyentan el humo ajeno, prosiguió.

—Yo lo encontré guapísimo cuando lo vi. Estábamos con mis compañeros, porque no son mis amigos. Considero que para decir que alguien es amigo mío, tiene que pasar tiempo, hay que conocerse bien. No sé, creo que se superan pruebas para demostrar la amistad.

—¿José Ignacio pasó esas pruebas para lograr tu confianza?

—Fue diferente. Él me gustaba y siempre, creo yo, hay que mantener ese misterio, de lo contrario qué aburrido todo.

Faltaba poco decir que le “pasaban cosas” o que “tenía mariposas en la guata”. Escuchaba y pensaba lo “del día más feliz de su vida”. Magda se callaba para recordar su primer encuentro, mientras tanto yo fumaba y sentía que se iba actualizando el antiguo desprecio que sentía por ella.

—José Ignacio estaba en la mesa contigua y ya habíamos hecho cambio de luces cuando empezó lo del karaoque. Como a mí me encanta pedí una canción de Ricardo Arjona. Canté “Mujeres” y él coreaba y aplaudía siguiendo el ritmo. Nos miramos insistentemente y cuando terminé se acercó a mi mesa. La Pancha, profesora de sexto, le dijo que viniera con sus amigos y así se formó el grupo. Hablamos los dos (como si el resto del mundo no existiera) de muchos temas, del amor, de la confianza, la atracción, la importancia de mantener la independencia o autonomía, de que le gustaba que lo dejaran salir con sus amigos, una patota, como el club de Toby, y yo le dije que también tenía mi club y que me cargaban los pololos celosos. Esa noche fue perfecta.

—¿A tu novio le gustaba Ricardo Arjona? ¿Se sabía sus canciones?!

Después, sin dejar su pelo tranquilo ni por un minuto, me contó que luego de ocho meses de pololeo, decidieron casarse. ¿Por qué casarse? ¿Tenían apuro? ¿Qué pensaba cada uno cuando se les ocurrió casarse?

Cuando se fue, llevábamos un par de horas hablando y mi

JUEGOS DE VILLANOS

estómago estaba reclamando algo para comer. Los punks se habían ido discretamente en algún momento, por lo tanto, decidí aceptar su encargo. Ya no me quedaba nada del seguro de vida que dejó mi vieja; no andaba bien mi negocio de libros y Magda se veía sola. No es que me creyera un Quijote socorriendo viudas y cosas por el estilo, era esa noticia del marido desaparecido que despertó mi morbosa curiosidad desde el momento que lo leí.

Pude invertir mis monedas en un sándwich de jamón con queso, en un almacén a pasos de mi estudio. Al día siguiente nos juntaríamos en un bar y prometió invitarme.

II

—Las cosas se dieron con esa naturalidad en la que tienes la impresión de que no tomas decisiones.

—Creo que nunca me ha pasado eso.

—Bueno, a mí me pasó.

Ella se concentraba en un pisco sour, mientras yo hacía durar mi schop de medio litro.

—Me llamó a la semana siguiente, el viernes, para que nos juntáramos en el *Club Chic...* y me dijo que no me dejaría escapar. Cuando yo iba hacia ese pub sabía que me dirigía a otra vida o que me embarcaba en algo definitivo. Creo que en lo único que me equivoqué fue en pensar que eso definitivo iba a ser bueno para mí. ¿Cómo me iba a imaginar que todo terminaría en este chascarro? ¿A quién se le podría pasar por la mente un disparate así? Sabes que cada vez que recuerdo esa felicidad del comienzo, me consuelo diciéndome que todo fue absurdo, que el rumbo que tomó nuestro compromiso fue tan increíble que no hace falta que me arrepienta de nada.

—Hasta el momento, Magda, me has hablado de tus impresiones, sentimientos, lo que me parece más apropiado para tu psicólogo. Háblame de José, de su trabajo, su familia. ¿Por qué se casaron en Talca y dónde vivieron? ¿Cómo se llevaba con tus padres?

— Te estaba contando que en nuestra segunda cita, le hablé acerca de mi pega y de mi semana difícil después de ese viernes maldito. Él me dijo que era ejecutivo de inversiones del Banco BXT. Mucho trabajo, hartas responsabilidades, pero le gustaba mucho. Me dio a entender que se sentía realizado. Lo único malo era su sueldo, al lado de los otros clientes con fondos mutuos, que de un día para otro rescataban millonadas... Esa sinceridad me sonó a amargura, lo sentí como un resentido. ¿Qué le importaban a él esos rescates? Pero como era tan lindo, tan tierno conmigo. Además, me tomé tres piscos sours y me daba lo mismo. Ahora que lo pienso, no quería enturbiar mi ilusión con ese detalle, que me parece que se repitió mientras estuvimos juntos.

— Sigue, sigue, ¿cuándo viste tú que ese “patrón de resentimiento” se repitió?

—Ay, Miguel, lo que pasa es que yo no puedo entender que haya personas que no aceptan a los ricos. Para mí eso es resentimiento, cuando hay tanta gente que se gana sus fortunas con harto trabajo. Yo siento admiración por ellos.

—No tengo ganas de hablar de eso. Quiero que me digas cuando viste que tu José Ignacio...

—José Ignacio Latorre.

—¿Cuándo tu José Ignacio mostró la hilacha, cuándo dejó de ser un José Ignacio para convertirse en José?

—Cuando lo llevé a casa de mis papás en Talca. Ya estábamos pololeando. Llevábamos poco, pero teníamos la impresión de llevar más tiempo juntos. Nos veíamos casi todos los días. Yo vivo sola en un departamento en Colón y casi nunca nos separábamos. Mi departamento es chico, dos dormitorios, un living—comedor, una terraza donde cabe una mesa con cuatro sillas. Pero tú conoces la casa de mis papás en Talca. Es muy grande, elegante y para qué hablar del fundo de Linares. Lo encontré raro, como que no estaba cómodo. Me dio la impresión que no era el mismo que conocí en Santiago. Después me tranquilicé y pensé que era normal, ni yo era la misma. Yo jugaba de local, con todo mi mundo y él era un extranjero. Era natural, entonces, que José Ignacio fuera un extraño para mí. Habíamos estado juntos, pero siempre solos, no habíamos compartido con otras personas y mucho menos con cercanos míos, que son súper cerrados. Tú sabes que no cabe entre nosotros un alfiler que no sea talquino y mucho menos si viene de “Santiasco” sin una carta de recomendación.

No pude dejar de sonreír a la manera que a ella le molestaba. Es verdad que sus amigos son tan pelotudos que se sienten superiores, son maleducados, desagradables, despectivos con todos los que no viven en ese mundillo diminuto de una calle, dos colegios exclusivos, un club de golf, un mall semivacío en la periferia, un par de fundos, vacas, caballos y chanchos para faenar.

—¿Y sus papás o amigos?

—Sus papás son de Viña del Mar, los vi una vez que su mamá tuvo

que venir a Santiago al doctor y para nuestro matrimonio...pero ni me acuerdo y sólo conocí a sus amigos de la pega, que más que nada son...

—Compañeros, sí te leo el pensamiento. Entonces, ¿no tenía amigos?

—No, parece que no.

—Y eso del club de Toby de la primera conversación que tuvieron.

—No sé...

—¿Cómo lo recibió el suegro, el gran hacendado y viñatero, a este ejecutivo de cuentas que a duras penas ganaría un octavo que él y que obviamente no mantendría el nivel de vida que había esperado para una Echeverría?

—Lo presenté inmediatamente como mi pololo. Ya te dije que desde antes de nuestro segundo encuentro yo pensaba que mi vida iba a cambiar. Mi papá estaba contento. Él pensaba —y me lo dijo meses antes— que yo me quedaría con lo que botara la ola. Que a mis 30 años iba a ser difícil encontrar al hombre de mis sueños que no fuera separado o pelafustán. Por eso, estaba contento, destapó un reserva de no sé qué año, fue muy amable con José Ignacio, le ofreció un puro...no sé, hasta me dio vergüenza porque parecía que su hijita única ya estaba encontrando el camino de la felicidad y la realización. Fue muy acogedor, pero me pareció que era forzado. Incluso me sentía más cómoda con el padre inquisidor que espantaba a mis otros pretendientes. Éste era un hombre que quería dejar de buscar y de dar explicaciones por mi soltería amenazadora.

—¿Y José?

—Estaba sorprendido y agradecido por la recepción de mi papá. Pero mi mamá no le dirigió la palabra. Ni siquiera una mirada. Ella no expresaba nada, como siempre.

—¿Y cuál fue tu diagnóstico de su presentación en sociedad?

—Ya te dije que no lo reconocía entre mi gente, lo prefería en Santiago, en mi departamento, en el cine o en un pub. Acá parecía un niño. Yo me sentía incómoda. Hubiera preferido enamorarme de un Valdivieso o del huevón del Infante, para que conociera los códigos de mi familia y de mis amigos. Después pensé que se iría acostumbrando. Esa idea me consoló porque no hubiera soportado

ser segregada por mis amigos o mi familia. Tú no sabes, pero ése es mi mayor filtro, mi gente. Puede ser falta de personalidad, pero me siento perteneciente a una historia, a momentos en común, recuerdos, vergüenzas, es como si nuestras vidas hubieran sido escritas con la misma tinta. Con José Ignacio, estaba empezando, pero claro que prometía y cumplió.

—¿Lo dejaron entrar a este círculo exclusivo de la alta sociedad talquina?

—Sí y no te creas, porque ya antes de mi matrimonio estaba viviendo en Talca. Pidió un traslado, por lo tanto, en la semana salía con mis amigos y veía seguido a mi papá. De hecho mi papá nos regaló un campo precioso que colinda con unas tierras que compró el Mati Infante. La idea era que pidiera un crédito a la CORFO con Matías y, así, pudieran sacarle el máximo provecho a las tierras. Como el Mati es agrónomo estábamos ok. José Ignacio parecía que ya formaba parte de mi mundo. Todo se proyectaba tan bien, era como lo había soñado: casarme, vivir en Talca, en el campo. Sabía que no podía ser con ningún talquino porque a esas alturas estaban todos casados, gastados o congestionados. Era imposible y nunca me hubiera imaginado que un hombre cambiara de ciudad por mí. No sé si me entiendes que todo lo que alcancé a construir en un poco más de un año se evaporó como un sueño de otra persona y se transformó en mi pesadilla.

—¿Y cómo entiendes que él haya dejado su familia, sus amigos, que haya pedido un traslado para estar en Talca?

—Recuerda que su familia no vive en Santiago y acuérdate que mi papá nos regaló un campo. Podía irnos bien, con su ayuda, sus contactos, estábamos protegidos. Además, yo pensaba renunciar después de mi luna de miel “a la mala”. No le guardaba ninguna simpatía al director que me humilló delante de mis alumnos y yo, en Talca, podía trabajar en nuestro colegio, Miguel, las puertas para mí están... o estaban abiertas.

—De todas formas me parece extrañísimo que tu José haya cedido tan dócilmente a los requerimientos de la familia Echeverría.

—Mira, José Ignacio nunca me habló de su familia. Su pasado era bastante misterioso. No venía de las grandes familias ni que había

estudiado en el Mackay, pero la verdad es que no se le notaba y para mí era eso lo importante. Me pasó el rollo que lo había pasado súper mal y también me extrañaba su desprendimiento, su libertad para consentirme de irse a vivir a Talca. Pero en vez de provocarme la duda que tú manifiestas, a mí me enamoraba más.

Llevaba la mitad de mi tercer schop y la Magda estaba terminando su segundo pisco. El lugar que escogí para que nos reuniéramos estaba muy cerca de mi casa, en el barrio Brasil. Hace un par de años estaba destinado a matrimonios o eventos importantes. No sé por qué se me ocurrió ir a la ex "*Mansión de la novia*". Había mucha gente y la música estaba fuerte, pero no tanto como para no escuchar a Magda, porque ella sabía competir bastante bien con el ruido del ambiente. Esta vez ella no pudo jugar con su pelo porque lo llevaba firmemente amarrado.

Yo pensaba en las causas de su orgullo o humillación. En ese momento concluí que quizá la única causa de mi orgullo era lo diferente que éramos ella y yo. Pobre causa, pensé, medio borracho, mientras la miraba.

Después me prometí que sería un poco más indulgente conmigo y que buscaría un motivo para presumir.

III

Mucha conversa y poca acción. No me sentía preparado para involucrarme en un caso tan turbio, tan complejo. Me daba la impresión de que Magda solo estaba tratando de limpiar su honor cuando lo más probable era que su marido estuviera en el patio de los callados y que la causa de su asesinato pudiera amenazarla a ella y también a mí. Podrían haber matado al tipo de un balazo, simulando un asalto o podrían haber cortado los frenos del auto. Este montaje en la que ella fue abandonada en un auto, narcotizada y su marido desaparecido después de su ceremonia, era una manifestación de poder y, al parecer, una amenaza. Era la manera de demostrar que lo mismo le podrían haber hecho a ella: indefensa, drogada, claro, si es que su José Ignacio no se había escapado con una chiquilla que lo quisiera de verdad.

Elegí mis pantalones, camisa y chaqueta más cool y tomé el metro en *República* hacia *Escuela Militar*. Mi estación de destino era *Pedro de Valdivia*, la sucursal en la que trabajó José Latorre cuando vivía en Santiago. Era complicado hacer preguntas sin una identificación de policía o detective. Tenía que apelar a la buena voluntad de los funcionarios o a una inspiración divina que hiciera aflorar mi otro yo: una persona segura, caradura, como Marlowe, con preguntas y respuestas asertivas, capaz de desmoronar una mole de acero. Sonriendo, pensé que no me quedaba más que apelar a mi encanto natural y a mis ojos azules.

Me paseé por los cubículos de ejecutivos de cuentas y en uno sin clientes entré. La ejecutiva se llamaba Luz Paredes, tenía un rostro agradable, era una belleza sencilla enmarcada en una melena castaña clara y sus ojos grandes tenían el mismo color miel que su pelo.

—Tome asiento. —Me mostró sus dientes con una sonrisa aprendida.

—Gracias. Tengo un amigo que trabajaba aquí y no lo encuentro. Quería abrir una cuenta corriente.

—¿Cómo se llama su amigo? Quizá esté de vacaciones.

—José Ignacio Latorre.

—No, José no trabaja más en esta sucursal, pero yo lo puedo ayudar.

—¿Usted sabe dónde lo puedo ubicar?

Como me suponía, esta pregunta la incomodó bastante. Ella tenía dos opciones, no contestarme nada y mandarme a quizá dónde o decirme lo poco que podía saber.

—Mire, señor, él fue trasladado a Talca. Y si viera las noticias se habría enterado de que su amigo está desaparecido desde hace un mes. Más que eso no lo puedo ayudar y tengo mucho trabajo.

—Señorita, discúlpeme, creo que he sido poco sincero. Todo lo que usted me dice lo sé. A mí me contrató la señora de José. Estoy tratando de conocer a este personaje, saber cómo era. No le quiero quitar mucho tiempo, pero por el momento no tengo más inquietudes que las referentes a su personalidad. Por algo tengo que empezar, ¿qué impresión tenía usted de él?

—Espere un momento, vuelvo enseguida.

Quería tomarse un tiempo para decidir si seguía o no con mi jueguito o quizá llamó a alguien. Volvió a los cinco minutos con otra de sus sonrisas.

—Creo que no le hago mal a nadie si le comento mi opinión. Él era buen trabajador, todos lo tenían bien considerado. Por eso cuando pidió traslado, los jefes lo consintieron y ayudaron. Fuimos a un par de *Happy Hour*, él era súper dicharachero y bueno para las bromas. Incluso me acuerdo de la vez que conoció a su novia. Qué quiere que le diga: ella y sus amigos me parecieron diferentes a nosotros, pero José no dejó de mirarla hasta que se hablaron. En resumen, buen chiquillo, buen trabajador, simpático, enamorado y buen compañero. Me dio mucha pena que se fuera a Talca, incluso su despedida fue muy triste para varios. Lo de su desaparición o supuesto secuestro, como dice la prensa, también nos removió a todos.

—Algún enemigo, alguien del trabajo que no lo quisiera.

—No, él se llevaba bien con todos.

—El empleado ejemplar, entonces.

—Parece caricaturesco, pero sí, un buen compañero. Todos estamos tristes y preocupados.

—Le voy a dejar mi número de celular en el caso de que recuerde o sepa algo. Todo si quiere y puede, claro.

—No le prometo nada, pero lo tendré en cuenta, señor...

—Miguel Cancino. Muchas gracias.

Me fui del banco con la seguridad de que Luz me llamaría y pronto empezaríamos a tutearnos. En esto había algo que no cuadraba: Luz me presentaba a un tipo simpático, bueno, trabajador y Magda, incluso estando enamorada de él, me proyectaba una imagen dudosa. ¿Cómo era posible que la misma persona fuera tan diferente, que las palabras de Magda y de Luz evocaban a dos hombres tan distintos? ¿Tal vez yo despreciaba tanto a Magda y su mundo que modelé la personalidad de José Ignacio según la idea que tengo de ella? ¿Quizá ella con su visión rudimentaria de la realidad, del príncipe azul y del amor, convirtió a su marido en un modelo? Molde que para mí podría ser corruptible desde la opinión que tengo acerca de los tipos que se juntan con ella. Era probable que ambos estuviéramos equivocados y nuestras visiones se dibujaran desde dos orillas opuestas, a contraluz, llenas de prejuicios, velos, modelos, que construían a José y a José Ignacio de una manera diferente a lo que él pudo haber sido.

SEGUNDA PARTE

I

Compré mi pasaje a Talca. Cuando Violeta, mi madre, estaba viva, yo iba fin de semana por medio y, en nueve años, no me había atrevido a volver. ¿Cómo hacerlo? ¿Adónde ir? Se supone que ésa fue mi casa, el lugar seguro. Cuando estudiaba en Santiago era en Talca donde recuperaba fuerzas, peso, cariño. Era la casa de Violeta con olor a estufa a parafina con cáscaras de naranja y hojas de eucaliptus.

En la capital pululaban mis compañeros, con más copete barato que el que se pueda imaginar. Era un ir y venir entre la universidad, la pensión del barrio Brasil, la pieza compartida con Claudio y nuestras discusiones eternas que daban vueltas en banda.

En Talca, tenía amigos tan pelotudos como buenos, pero cuando volvía los fines de semana, no los veía porque lo único que quería era estar en mi casa, descansar, comer sopaipillas pasadas o ver tele con Violeta. Era un gran contraste con la vida que tenía en Santiago.

Me gustaba llegar a la estación de trenes los sábados a mediodía. Tomaba un colectivo que me dejaba en la Plaza de Armas y luego caminaba dos cuadras. Dormía hasta que Violeta volviera del trabajo, almorzábamos lo que pudiéramos preparar y luego estudiaba, conversábamos, tomábamos once y me iba a caminar por ahí... en realidad el sábado pasaba rápidamente y el domingo me iba en la mañana. Eso era todo. Con el paso del tiempo pienso que era algo mezquino, pero tampoco me podía dejar hechizar por ese espejismo. Finalmente el recuerdo se embota, no hace daño, pero deja un vacío. Yo sé que todo lo que he recreado sucedió, pero son imágenes conectadas como una película muda. Me gustaría tanto volver a esos sábados de Violeta, lluvia y estufa a parafina.

Llegué a la estación de Talca a las 12:30 y, al salir a la calle, lo primero que me llamó la atención fue el nombre de la avenida Salvador Allende, —la antes conocida como 12 Oriente—. ¿Cómo permitieron los latifundistas de Talca que los pobres se salieran

con la suya y que se recordara al peor presidente de nuestra patria? Quizá nunca se aparecen por esos lados donde hormiguea la misma gentuza que venera la memoria del presidente ninguneado, chusma que además necesita un premio de consuelo, como el nombre de una calle, por ejemplo. A pesar de estas hipotéticas bagatelas, me gustó el cambio, sentí que habíamos ganado un gallito al manojito de delincuentes que maneja el país a su antojo.

Tomé un colectivo y me bajé en la calle “Cardenal Raúl Silva Henríquez”. Ya, con mi felicidad a cuestas, constataba que mi calle, la 1 Poniente, también tenía un nombre inolvidable.

Me dirigí hacia la Iglesia San Francisco, esperando que la pensión “Don Pancho” no hubiera desaparecido.

Don Ruperto estaba en el mesón. No es que fuera cliente y me alojara ahí, sino que don Peto era el abuelo de Morales, un compañero y amigo del colegio. No me recordó y no me esforcé para que lo hiciera. Sólo quería dormir y repararme de esta Talca cambiada. La prefería así, porque creo que yo también cambié. Además, había olvidado algunas fachadas sobrevivientes, algunas casas... y que se erigieran edificios toscos y moderadamente rosados, era la manera en que no se me reprochara la ausencia.

Me dieron la habitación más grande de la pensión, sin baño privado. Ninguna de las cuatro habitaciones contaba con ese lujo. Le llamaban “la presidencial” porque tenía una cama doble, un armario antiguo con un gran espejo y un pequeño pupitre. El dormitorio era muy amplio para tan pocos muebles. Afortunadamente también contaba con una estufa eléctrica que daba la impresión de temperar un poco este espacio encerrado en muros de adobe y un cielo alto de madera.

II

Me despertaron de la siesta unos golpes furiosos en la puerta. Mi amigo Morales que pedía explicaciones por mi ingratitud... don Peto estaba ofendido y además se preguntaba si acaso lo consideraba un viejo que podría olvidar al guatón Cancino, ya delgado, eso sí.

Les expliqué mi perturbación, algo exagerada, al caminar por la ciudad... que necesitaba estar solo y con mejor ánimo para recordar.

—Pura cháchara —dijo don Peto— a almorzar los huevones.— Descorchó —según él—, una de sus mejores botellas y, junto a una cazuela de pollo, arreglamos el mundo, nuestro pasado. No preguntaron por qué estaba en Talca. Para ellos tampoco existía Santiago ni les importaba mi supervivencia. Vimos fotos, contamos historias y nos emborrachamos.

Cuando Don Peto fue a dormir su siesta, Morales me preguntó y yo le contesté. Trató de ayudarme con lo poco que sabía.

—Mira, Guatón, yo no fui al matrimonio de la Magda, pero supe de esa gran cagada... la verdad es que hasta sentí lástima por ella, aunque si en cuarto medio me hubieran contado todo este cahuín, hubiera comprado todos los Frescos del mundo para celebrar que se cagaban a esta mina.

Después de tomar aire y vino, continuó dándose todo el tiempo de un sábado más parecido a un domingo.

—No sé mucho de esto, pero el finao (supongamos que esté en el cielito y no amordazado) se veía buen cabro. Estuvo acá hasta que encontró un departamento. De hecho se alojó en la misma “presidencial” tuya por dos o tres semanas. Más lo sentí por él que por ella. Me daba pena el huevón.

—Pero, ¿te contó algo? ¿Algún negocio o proyecto?

—Nada me llamó la atención. Me pareció que era un huevón arribista que pensó que la Magda era un buen negocio. Trabajaba en un banco como ejecutivo de cuentas y el viejo momio le había dado unas tierras o algo así. Él no tenía idea de viñas, pero Infante sería su socio.— Se dio una pausa y de repente me tomó el hombro y me

miró como nunca lo había hecho —Huevón, no te metái en esto... tú cachái a estos malnacidos. Yo creo que fue el viejo que no quiso que su hija estuviera con un muerto de hambre.

—¿No te acuerdas de su rutina o de lo que hacía? Me imagino que después de todo lo que pasó, tú habrás tratado de recordar algo de su vida; algún detalle que no tomaste en cuenta te habrá hecho sentido después de todo lo que pasó.

No había nada nuevo en lo que me decía, aunque Latorre se hubiera quedado tres semanas en la pensión.

—¿Nunca hablas con los huéspedes? ¿Estás acostumbrado a que tus “ex huéspedes” desaparezcan como para que no hayas tratado de recordar algo que podría haberte preguntado la policía o el fiscal?

—Tienes razón, no ha venido nadie a preguntar. Igual es súper raro eso... se supone que debieran haber reconstruido toda su vida desde que llegó a Talca.

Hizo una larga pausa con un gesto de concentración y reflexión.

—A veces lo venían a buscar Infante y Valdivieso que apenas me saludaban. Los fines de semana, religiosamente iba a la casa de su suegro y llegaba muy tarde. Recuerdo que una vez le dije que no se veía tan entusiasmado de ir a la casa de la Magda y se encogió de hombros. No trataba de disimular que le daba una soberana lata ir a la casa de los Echeverría. Un par de veces le dije que nos fuéramos a tomar unas chelitas, pero al parecer, tenía cansancio crónico. —Hizo otra pausa reflexiva—. Un fin de semana se fue al campo de los Echeverría en Linares y cuándo le pregunté qué le había parecido, también se encogió de hombros. No se veía ni muy sociable ni muy entusiasmado con su nueva vida. En realidad no era muy comunicativo.

—¿Te comentó algo acerca de su relación con el Feña o con la mamá de Magda...cómo se llama?

—No sé, en el colegio, la vieja de la Magda era para nosotros la tía no más. Latorre no me dijo nada acerca de su nueva familia, pero tú cachái cómo es ese viejo —nuevamente interrumpió sus palabras con una larga pausa—, acuérdate de los paseos de curso a su fundo, hasta era simpático con nosotros, pero atrévete a tocar a la Magda, te apuesto que traía a sus amigos de la CNI.

Me daba cuenta de que Morales no sabía nada, que era mejor cambiar el tema. Le pedí que me diera el teléfono de Nicole y que me asegurara que moriría pollo.

III

Nicole estaba al tanto de mi visita a Talca, incluso, fue ella la que me llamó al día siguiente. Me sentía desorientado y la resaca no me permitía afirmar bien los pies. Hubiera preferido posponer nuestro encuentro. Lo fijamos para la hora del almuerzo, en “El peucas”. Quizá le propuse ese restaurant porque yo iba con Violeta cuando los domingos eran importantes. Recuerdo que conversábamos con un mozo que había sido *crack* del Rangers, él atendía a la “parejita dispareja”. Quizá una pareja similar a la de este domingo, con Nicole bella y este pelmazo-zoquete que andaba pidiendo limosna en la desgracia ajena.

Lamentablemente, aunque sabía que vería a Nico, no asocié esa certeza con la ropa que debería haber llevado. Podría haber tenido más cuidado al hacer mi mochila. Con muchos *aunques* y pesares, me tuve que contentar con unos jeans limpios, algo arrugados eso sí, y una camisa que esperaba mantener oculta bajo el chaleco más presentable que tenía. Limpié con una toalla mojada y jabón algunas manchas de mi chaqueta de jeans y partí.

El Peucas debió haber sido probablemente una casa, porque tenía muchos espacios separados y bastante reducidos. Yo escogí el último. No me quería encontrar con nadie, no quería perder ningún minuto de conversación con Nicole. Creo que era la primera vez en mi vida que hablábamos a solas. Había mucha gente, sobre todo familiares. El ruido era ensordecedor. Mi mesa era la más pequeña, sólo para cuatro personas. Había olor a carne asada, papas fritas y nadie fumaba. Me fijé en el mantel, era del mismo color burdeos que recordaba y lo cubría parcialmente otro paño blanco. Las servilletas que estaban arregladas dentro de las copas, imitaban un ramo de calas. Nada había cambiado.

Cuando la vi, estaba diferente, pero no tanto. El pelo más corto, más rubio, el rostro más delgado, algunas arrugas y la misma carita de ángel de siempre.

El abrazo de no sé cuántos años sin vernos, la carta, el aperitivo

y nos pusimos inmediatamente a hablar del asunto, aunque sólo me interesaba saber de ella.

—El matrimonio de la Magda fue como todos... la iglesia, el cóctel en la espera de los novios, el vals... mira, era el matrimonio de mi mejor amiga, pero lo confundo con el mío y otros tantos. El mismo lugar, la misma banquetera, el mismo DJ... creo que lo único que cambian son los novios, porque incluso los vestidos son parecidos.

—A mí no me extraña que los matrimonios se parezcan. Son rituales, Nico. —Le dije con una voz aguda que nunca antes me había escuchado.

—Sí, pero acá, aparte del ritual es todo igual, calcado. Yo para mi matrimonio me enojé con Juan Pedro porque se la pasó chupando con sus amigotes al lado de la barra y tuve que bailar con mi primito, mi abuela, mis amigas, la Magda entre ellas y eso.

Se quedó pensativa, mostrándome su mejor ángulo, quizá para congraciarse por mi antigua admiración no disimulada.

—José Ignacio estaba más retraído, con sus amigos prestados que lo obligaban a estar en el bar, pero me di cuenta de que seguía a la Magda con su mirada, creo. Como yo fui sola, porque me separé hace seis meses, tomé hartos, y en una de mis idas al baño, vi a la Magda llorando, pero no me quiso decir por qué, no me contaría nada hasta la vuelta de su luna de miel.

—¿Estás divorciada? —Traté de disimular mi interés, sin resultados. Me costaba concentrarme. Sabía que lo que Nico me decía era importante, pero me preocupaba más por no saber dónde poner mis manos que temblaban un poco. Además, tanto su soltura como su dominio de la situación aumentaban mi incomodidad.

—No, amigo mío, separada. El divorcio me cuesta asimilarlo todavía, porque tengo dos hijos preciosos y me duele que no estén con su papá. No sé, la familia con la que soñé, estar todos metidos en mi cama los domingos, tomando desayuno... me da tanta pena mi fracaso, pero es como comparar lo que yo quería con lo que se dio, porque Juan Pedro iba sábados y domingos en la mañana a andar en moto con sus amigos y nunca tuvimos esos desayunos. Él no me tomaba en cuenta, le gustaba tenerme ahí, como administradora de su hogar y creo que me casé en esa parada...yo no pensaba que fuera tan aburrido.

—Dicen que los matrimonios son aburridos, —dije medio aturdido. Sólo pensaba en lo agradable que sería estar sábados y domingos o todos los días en la cama con ella, pero sin hijos.

—Sí, pero yo igual trabajaba, por eso llegaba como a las seis, destrozada y me tenía que ocupar de los niños. No sé por qué, pero me cansé y se lo dije. Él me contestó que si me gustaba no más y yo, que no me gustaba y así de rápido se fue. Tuve la impresión de que estaba buscando la separación, no sé, no le costó nada al desgraciado. Se fue no más y ve a los niños cuando quiere y eso. Es como si nunca lo hubiera conocido en los seis años que estuvimos juntos.

—¿No sabes si tenía otra mina? —Inmediatamente me arrepentí de esa pregunta que, al parecer, la ensimismada y analítica Nico no escuchó.

—Después vino mi familia, que el rol de la madre, que no necesitaba trabajar, que era todo culpa mía por ser rezongona, que hay que cuidar el marido por tanta mujer suelta y que la tentación. Te juro que si él estuviera con otra, todos me dirían que es culpa mía y me da una rabia enorme porque siento que las cosas no eran así. Creo que nunca estuve tan sola como cuando teníamos la familia perfecta. Y lo más injusto es que todo es culpa mía.

Su monólogo empezó a enfriar mi mente y mi cuerpo. Pensé que ella era igual de parlanchina que Magda, le gustaba escucharse. Podía ser que el dolor volviera a las personas autorreferentes y expresivas, aunque a mí me convertía en un hombre mudo.

—Perdona si te estoy aburriendo, siento que nadie me escucha y a nadie le importa mi felicidad. Es como si a una mamá se le prohibiera ser feliz por ser mamá, esposa. La felicidad y el derecho a pataleo no cuentan para nada.

Yo quería decirle que sí la escuchaba —aunque a ratos no era verdad—, y la entendía. Sola en su entorno nefasto. Además, tenía miedo que pensara en la condescendencia o que quisiera besarla —no era mentira—. En fin, sólo le dije que entendía su rabia, su impotencia... ella no se merecía lo que le había pasado. Luego pensé que eso de merecer era una idiotez. Había que echarle la culpa al vino y al pisco. Acordamos vernos al día siguiente, más sobrios y le pedí que recordara. Además, le hablé del negocio de las tierras de

JULIA GUZMÁN WATINE

Latorre e Infante y sabía lo mismo que Morales. Nos despedimos con otro abrazo y caminé hacia mi pensión.

IV

No había bebido tanto, pero a la mañana siguiente me sentía aturdido, desorientado. Al parecer, el encuentro con Nicole me hizo dudar incluso de nuestra conversación.

Temía haber hablado mucho, pero al parecer sólo había escuchado a una persona que quería desahogarse y que no soportaría un juicio más. Entonces, yo solo era un pelmazo que la hacía sentir bien, cómoda, alguien que incondicionalmente le encontraría la razón. Podría imaginar mi cara de baboso, compadeciéndola o despotricando por su vida o, tal vez, por la mirada talquina, por la de Magda, sus amigos, su familia. Imposible saber quién elige. Tampoco sabré si mi manera de ver las cosas no obedece también a una imposición de criticar las realidades limitadas y perfectas.

Me duché, pensando en Nicole; imaginé diálogos donde la convencía de que a su mirada le faltaban prismas. Fui a la cocina de la pensión, atendida por la señora Uberlinda, me comí unas tostadas con huevo revuelto y jamón. Llamé a la Nico y acordamos almorzar en *El Peucas* nuevamente. Ella sabía que nadie nos podría molestar ahí.

Eran las diez. Tenía tres horas de espera. Podía caminar sin rumbo y ver si se me ocurría algo. Avancé por la Alameda hacia el Estadio Fiscal. Fui al Club de Tenis que tenía una nueva piscina y socios con autos bastante portentosos. Se me ocurrió visitar a Román, el encargado del bar-restaurant del club. Su cara era la misma, pero estaba más viejo, con la mirada de *“alguien que vuelve de un lejano viaje”*. Me pregunté si a mí se me notaban los años tanto como a él, si a su edad yo tendría la misma expresión en sus ojos o si ya la tenía. Conversamos, me invitó una bebida, me habló de su señora, sus hijos, su trabajo que era el mismo de todos estos años y me preguntó si iría a ver al Padre Juan. Pero los clientes o socios que lo querían hartos, según él, nos estaban mirando con cara de que Román tenía que trabajar, que no lo distrajera. Además, amenazaba la lluvia. Reconocí a unos cuantos señores, por eso me escapé antes de evocar algún recuerdo y que comenzara a llover. Finalmente no llovió.

Caminé por la Alameda hasta 1 Poniente —o Cardenal Raúl Silva Henríquez—, pasé por mi colegio, luego por fuera de mi pasaje. Había una reja que no permitía el libre acceso y creo haber reconocido mi casa blanca en un horrendo pistacho-lúcuma descascarado. Desde un tiempo buscaba mi antigua casa sin poder encontrarla.

Me devolví por calle 1 Poniente hasta la 3 Norte y seguí hasta la 1 Oriente. Di media vuelta a la manzana y pasé por un edificio que se construyó cuando estudiaba en la universidad. Estaba en el lugar de una casa de adobe, con un gallinero, huerto, frutales que limitaban con un portón al final de mi pasaje sin salida. Me acostumbré a ese portón-barrera hechiza que tanto me molestaba cuando llegamos a mi calle. Viví años de años mirando ese muro lleno de clavos y tablas superpuestas.

Recorrí la 1 Norte, hacia el oriente, dos y tres y cuatro cuadras. Me atormentaba el hecho de no reconocer y, al mismo tiempo, sentir ese lugar tan familiar. Me pregunté si tenía una ceguera crónica que me situaba en cada lugar como si nunca antes hubiera estado. Me sorprendió la sirena de los bomberos: eran las doce.

Me quedaba una hora. Caminé por la 1 Oriente pensando en mis preguntas, en el guion. Quería convencerme también que sería un poco más frío, más adulto, no el mismo pendejo inseguro. Me compré dos poleras y un chaleco. Todavía no estaba dispuesto a renunciar a la chaqueta que perteneció a Claudio: mi único y verdadero amigo.

Llegué quince minutos antes de lo acordado y escogí la misma mesa. La esperé, leyendo una antología de cuentos chilenos de la década del 50. Al azar fijé la atención en un cuento de Víctor Molina, titulado *Día Sábado*. No sé si era mi estado de ánimo, pero creí que era uno de los mejores cuentos. Me acordé cuando era niño y que sin entender comprendía: un señor misterioso, los días sábados, recorría lugares relacionados con sus recuerdos de niñez y enfrentaba sus rememoraciones con las narraciones equivocadas que, según él, los otros personajes habían erigido. A él le gustaba contrastar sus historias con las apreciaciones encapsuladas de sus víctimas sabatinas; le gustaba proponer sus recuerdos libres de prejuicios o intereses

que parecían más verdaderos, menos egoístas. Este personaje se consideraba peligroso, porque obligaba a escuchar su versión incisiva y dolorosa del pasado.

No sé por qué, pero *Día sábado* me hizo pensar en *La desconocida* de Fernando Kordon, donde el silencio de los personajes murmuraba el misterio del otro, del que no es uno: con sus miedos, tristezas, soledades, qué se yo. Quizá Violeta era una *desconocida*, con su vida, sus asuntos...quizá estaba enamorada. A lo mejor extrañaba a mi viejo o tenía ilusiones y yo, un idiota que pensaba que era su centro, su todo.

—Qué concentrado, guatón, ¿cómo te va?

—Estaba quedándome dormido.

—Perdona, me quedé haciendo un informe.

—Pidamos el menú ¿te parece? Y esta vez nada de alcohol.

—Oye, me acordé de algunos episodios extraños y también pensé que quizá sería bueno que nos juntáramos los amigos para recordar el matrimonio. Puede ser que muchas cosas estén a la vista, uno nunca sabe...

—Sí, había pensado en eso, pero antes prefiero ver el video del matrimonio, para dirigir un poco las preguntas si es que aparece algo interesante.

—Me acordé de que el tío Feña Echeverría, estaba súper raro, medio borrachín y hasta lacho. Como yo estaba sola, quizá se relajó. Lo conozco desde niña y nunca lo había visto así. Fue extraño ver que se tambaleaba y que me miraba lascivamente.

—Los viejos verdes son así. Quizá el whisky le soltó la lengua y los ojos.

—Sí, pero nunca lo había visto borracho. El tío Feña fue a mi matrimonio, al de mi hermano... somos como una familia. Pero te aseguro que el viejo tuvo un muy mal despertar.

—¿Alguien más te comentó la borrachera del viejo? ¿Persiguió a más lolitas?

—No, por respeto a la Magda, no comenté nada. Espera, me están llamando.

Mientras hablaba, la hallé diferente a la mujer separada y sola de ayer. Se veía extraña con su uniforme azul, ejecutiva, lista para

solucionar algún problema. Me dio la impresión de que era parte del mundo que la condenaba. Yo trataba de situarla en algún lugar urgentemente. No sé qué me motivaba a eso, pero la encontraba tan volátil, tan veleta, tan parecida a Magda y no tanto.

—Era la María Ignacia. ¿Te acuerdas de ella? —No esperó respuesta—. Voy a tratar de conseguirme el video del matrimonio.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Si Dios quiere, voy a tener la película.

—Ten cuidado. No hables mucho con el viejo. Puede estar implicado en todo esto. Voy a llamar a Magda para que no le diga nada acerca de mi investigación. Pensaba hablar con él, pero eso puede complicar las cosas. Quizá podrías organizar un asado para subirle el ánimo a tu amiga, en la casa de sus viejos y me invitas a mí.

Comimos rápidamente porque Nico estaba apurada. Tenía que terminar otro informe antes de las cuatro. Agradecí su apuro porque no teníamos nada más que decirnos.

Saliendo de *El Peucas* llamé a Magda. Su viejo no sabía nada de “lo nuestro”. Respiré aliviado.

V

Después del almuerzo volví a la pensión y dormí una siesta muy larga, como si no hubiera dormido en días. Me despertó Morales para que nos fuéramos a servir algo. Yo no quería ir tan lejos, porque el viento de abril preludiaba una llovizna helada.

Caminamos hacia la plaza y doblamos a mano izquierda, en Raúl Silva Henríquez. Habían muchos pubs y entramos al *Glamour*, que se veía el más piola. Sólo contaba con una barra vacía y tres mesas. El gran misterio era cómo, un lugar con casi las mismas dimensiones que mi habitación en la posada *Don Pancho*, podía mantenerse vigente. Aparte de nosotros había una pareja acaramelada que alternaba sus besos con los cigarros y sus respectivos tragos. Me imaginé la primera cita a solas de Magda con su José Ignacio Latorre.

—¿Te fijaste que hemos hablado de la Magda, del finao, del Feña Echeverría y no me has contado nada de ti, de tu vida en Santiago? No sé si tienes una novia, señora o marido. —Morales se rio por lo del marido, me caía bien el huevón.

—No sé si tengo algo que contar.

—Algo tendrás. ¿Qué es de tu amigo ese que te acompañó en el entierro de tu vieja?

—¿Claudio?, ¡mi compadre de Santiago! Esa historia es triste, más bien trágica. No me gusta recordarla.

—¿Se pelearon?

—No, huevón, murió y me enteré como una semana después. Iba de vacaciones de invierno a Vicuña, a ver a sus papás y yo me despedí de él en la pensión. Yo estaba leyendo y se fue. Me quedé en Santiago, estaba cagado porque lo de Violeta había pasado hace poco. Claudio me había invitado a Vicuña, pero yo prefería escapar de los ambientes familiares. Como a los dos días, me llamó su vieja para saber dónde estaba su hijo. Y el huevón no había alcanzado a tomar el bus a Serena. Por Matucana, después de visitar un bar de por ahí, lo asaltaron y lo dejaron desangrándose. Ese año se fue mi vieja y Claudio. Congelé Literatura un semestre, iba en tercero. Me dediqué

meses a investigar lo de Claudio y di con ellos. Ni se acordaban los desgraciados. No sé si todavía están en la cárcel. Los perdí de vista. Así empecé con esto de investigar las desventuras ajenas. La primera desgracia fue mía y esa rabia, huevón, no se te quita ni con esos malnacidos en la cana. Cada vez que investigo algo pierdo mucho cuando llego a una respuesta. Siento que revivo esa búsqueda o persecución de los giles que mataron a mi amigo. Finalmente, saber qué sucedió no sirve de nada.

—Qué fuerte, Cancino. No me imaginaba. No sé qué decirte. Salud por nosotros y, deja de investigar, trabaja en algo más piola.

—No es un trabajo, huevón. Como te dije, congelé para investigar el asesinato de Claudio. Después retomé y pude egresar. El problema es que estoy chuteando la tesis, no me puedo concentrar. Tengo una librería de viejos en Manuel Montt; me la vendió un caballero a precio de querer dejar el negocio y yo tenía el seguro de mi vieja. El arriendo del local es bajo... y pueden pasar meses en que me dedico a mi tesis y llega un caso. Entonces cierro la librería, porque la investigación pasa a ser una prioridad. Aunque suene contradictorio, cada vez que logro acercarme a una verdad me redimo con Claudio, su vieja y la mía. Sé que no tengo la culpa, pero no me explico, por ejemplo, por qué nunca supe que Violeta estaba enferma o por qué Claudio no se tomó el bus y pasó antes por un bar de Matucana. Y esos silencios, esas soledades me hacen sentir un desgraciado.

—Nunca entendí que no me llamas cuando venías a ver a tu vieja.

—No sé, sentía que en Santiago me reventaba y acá sólo quería recuperarme. Me doy cuenta de que fui un huevón ingrato. Me sentía bacán por estudiar literatura y pensaba que era el único tema interesante. Quería leer, pensar, meditar, cavilar. Era un pendejo arrogante, pero también, un pendejo mamón. Ahora me doy cuenta de que necesitaba a Violeta.

Después de vaciar dos botellas volvimos a la pensión. Estaba exhausto.

VI

Al día siguiente me sentía exprimido por mi amigo. Me había obligado a desenterrar asuntos que quería mantener lejos y que ahora zumbaban junto a un dolor de cabeza y un vacío que también dolía. Dormí hasta la sirena de los bomberos. Soñé con Violeta. Ella se iba a casar con el Feña. Yo trataba de disuadirla, de entender su disparate. Ella me respondía tozudamente que no cambiaría de opinión. No entendía esta unión, me dolía, me angustiaba y, lo peor era que no me podía comunicar con mi madre. Su sin-razón me dejaba atónito, sin palabras, profundamente celoso. Al despertar, me sentí casi contento, un sentimiento agridulce batallaba por ser comprendido, traducido. Violeta volvía, estaba conmigo, pero discutíamos y estaba comprometida con un viejo de mierda. “Casi abandono, casi compañía” y no sabía si prefería estar despierto o dormido. Almorcé dos completos en el Ibiza y volví a la pensión por una siesta. Me despertó Magda, que estaba en Talca, con parte de mi sueldo y con Nicole. Tenían el video del matrimonio y vendrían a la pensión.

Llegaron a las ocho. Nico vestía una minifalda, tenía su pelo rubio suelto, recién lavado con olor a lavanda y una carterita roja. Magda estaba igual que siempre, sin maquillaje, y con el viaje a Talca en sus espaldas. Su pelo, al parecer sucio, estaba acomodado en un moño inmutable.

En mi notebook pudimos observar la entrada triunfante, la ceremonia religiosa, la ofrenda a la iglesia, la cara de novia impenetrable, el rostro cansado del novio. Luego la fiesta, el vals descoordinado, la comida eterna, el baile tieso de las mujeres, la tomatera de los varones en la barra; viejos borrachos y los ojos hinchados de Magda...

—¿Qué te pasó, por qué lloraste?

—No me acuerdo. Me hace mal ver este video. Me dieron ganas de fumar. Lo había dejado, pero esta cagada ... Dame un pucho, Guatón. ¿Se puede fumar acá?

Le di un cigarro y luego improvisé un cenicero con la cajetilla vacía. Se veía ridícula fumando, aspiraba como si el cigarro fuera

oxígeno y en dos pitadas llenó de humo mi suite presidencial.

—Dijiste que me contarías a la vuelta de la luna de miel, Magda.

—Pero se me olvidó. Creo que fue algo que me dijo José Ignacio. Algo le molestó mucho...creo que se enojó con mi viejo y me dio pena que ese momento tan importante se opacara con una pelea.

—¡Aha! Te estás acordando de algo, —dije para concentrarme un poco en lo que estaba pasando.

—Es que al ver el video, primera vez que lo veo, te juro, Nico, que revivo sensaciones...la verdad es que no lo estaba pasando muy bien.

—Pero *tu José* se ve integrado a tus amigos de la barra.

—Sí, pero discutimos un poco durante la comida. Creo que ya no quería las tierras que mi viejo nos regaló. Se me cayó el mundo. Imagínate, por eso se vino a Talca. No me gustaba la idea de que siguiera como ejecutivo de inversiones.

Y encendió un segundo cigarro sin tomarse la molestia de preguntarme si podía abrir mi cajetilla nueva.

—¿Te explicó por qué no quería las tierras? —pregunté.

—Dijo que no servían para nada. Perdona, Nico, pero me siento mal, además me mareé con el humo, me quiero ir. Chao, Guatón.

—Déjenme el video para revisarlo.

Vi el video esa noche y el día siguiente. ¡Qué desgracia! Constaté que los novios se toparon en un par de ocasiones. Reconocí a compañeros que ya eran todo unos señores, señores de parrilladas. Mis compañeras se veían mejor, más delgadas que los muchachos, menos congestionadas...debe ser por la lechuguita, el apio y la coca *light*.

VII

Nicole me avisó a través de un escueto mensaje que estaba todo listo para el viernes en la casa de los viejos de Magda.

Fui a ver a Morales con un par de cervezas para asegurarme de su discreción. Su habitación era minúscula. En ella cabían su cama, el televisor, una mesa para la consola y un velador con una lámpara que era la única luz de su pieza. La cama estaba desecha y, en el poco espacio que quedaba en el suelo, había un montón de ropa. Como no tenía una ventana que diera al exterior y como probablemente a Morales no le importaba, se percibía un olor indefinido a noche, día, tarde, calcetines, calzoncillos, ajo... en fin, hubiera agradecido que Morales fumara un poco o que abriera la puerta de vez en cuando.

—Y tú, huevón. ¿Te la pasái en la pensión? ¿No tenía una minita escondida?—, dije sentándome en su cama.

—Algo por ahí, Cancino. Pero me huevea caleta. No me deja vivir mi vida tranquilo. Además me cuesta más que la cresta que me dé la pasada.

—¿Pero te gusta o es puro hueveo?

—No, si igual la quiero un poco y estamos negociando una vuelta, pero yo necesito mi espacio, huevón, vos cachái... menos tecitos en su casa, menos teleserie, más acción y más independencia.

Morales le pedía libertad absoluta y muchas huevadas. Yo me preguntaba para qué tanta libertad si el zoquete pasaba en la pensión del abuelo jugando PlayStation. Juró que no mencionaría los verdaderos motivos de mi viaje a Talca, luego nos quedamos jugando Play hasta que, hastiado, volví a mi habitación.

Revisé el video del matrimonio nuevamente y vi algo que llamó mi atención: Sepúlveda, uno de los mejores amigos de Magda, no felicitó al novio después de abrazar a su amiga. Él era el típico vecino de Colbún, compañero de curso, amigo desde la infancia... amigos desde antes de nacer. Me pareció extraño, a no ser que hubieran hablado antes, y que otro abrazo fuera redundante. Llamé a Magda para preguntarle acerca de la omisión de su amigo y me comentó

que, por todo lo que había pasado, lo había olvidado completamente.

Después pensé en Nico, en mis sentimientos confusos hacia ella. ¿No será una regresión? ¿Qué podríamos tener en común? ¿Qué era lo que me gustaba de ella? ¿Por qué me atraía? ¿Podría ser una prueba, algo así como una competencia con el guatón Cancino, con ese gil que no se atrevía a hablarle y casi se meaba en el colegio?

Al verla, al hablar con Nico, sentía que me gustaba, que quería abrazarla, besarla, irme a la cama con ella. Pero también creía que su vida estaba equivocada o que su mirada necesitaba aumento o perspectiva. Como si tuviera la necesidad de enseñarle lo que sabía y demostrarle todo lo que había dormitado en su vida. Quizá era una idiotez, porque esto de cambiar estructuras es casi imposible. ¿Cómo enfrentar una persona, que toma su micromundo como realidad, a su mirada equivocada, desenfocada o tremendamente miope? ¿Cómo decirle que había sido guiada, con una venda en los ojos por caminos hechos, iguales y vacíos? y ¿por qué me importaba y sentía esa necesidad de que viera con sus propios ojos? ¿O no sería que yo también era un ciego y que solamente pretendía traspasarle mi venda para que compartiéramos otro vacío más?

Me apartó de mis cavilaciones Luz Paredes, la ejecutiva de cuentas, ex colega de José Ignacio. Quería contarme que un amigo en común sabía algo. Era necesario que nos reuniéramos. Le comenté que estaba en Talca y que la llamaría al llegar.

VIII

Viernes al fin, qué semana más larga, atrofiada y yo encerrado en la pensión, sin querer salir ni recordar. Las calles como cáscaras, las casas como costras, escudos de olvido. Imágenes difusas como heridas sin palabras, qué sé yo, el olvido se desgastaba en los olores, en la sirena de las 12, en la Alameda.

Podría haber salido, quizá visitar al Padre Juan, el curita del colegio, amigo de mi vieja. Ellos charlaban, tomaban once. Fue él quien me convenció, después de largas conversaciones, que estudiara pedagogía en castellano.

Pero no tuve fuerzas para salir, sólo me quedé en la pensión, repitiendo las mismas operaciones de siempre, la siesta, el video, las constataciones. Vi a Joaquín Sepúlveda, al viejo Feña, a Magda, Nicole, imágenes detenidas, congeladas, repitiendo siempre los mismos rituales: play, rewind, play rewind, como si la vida fuera un video aburrido de repeticiones que alguien ve, en una pensión, para pasar el tiempo o para desentrañar una madeja ajena, extraña, absurda.

Desayuno, ducha, almuerzo, siesta, repaso de anotaciones, enojo y tristeza de Magda, borrachera del suegro, aversión de Sepúlveda y Nico esperándonos en su Jeep afuera de la pensión.

Morales se veía nervioso, le recordé que no tenía nada que perder, que en principio, ésta era una típica reunión de ex compañeros, nada más. Hice prometer a Morales que se tomaría sólo un par de cervezas, jurando para mis adentros que yo haría lo mismo.

Llegamos a la casa de Magda.

Como la pensión de Morales, el chalet de los Echeverría no había cambiado mucho desde la última vez que tuve la desgracia de visitarlo. Estaba saturado de cuadros de grandes pintores chilenos que retrataban paisajes campestres, flores, naturalezas muertas, imponentes como el living de los Echeverría Yates, enmarcado en paredes de un pálido amarillo. La mesa de centro en el living tenía libros de pinturas extranjeras: Miró, Kandinsky, Toulouse-Lautrec,

enciclopedia de los impresionistas que denotaban algún interés por la pintura europea. En un rincón la platería, un pesebre barroco y una cantidad de marcos de plata con fotos del matrimonio de los padres de mi compañera, en las etapas de la vida de su único retoño. Había un gran ventanal que daba a un jardín muy cuidado de pasto, flores de la estación y piscina.

Ya habían llegado las amigas: Paz, María Ignacia, Magda y ahora, Nico. ¿Por qué gritaban si se vieron hace poco? Nos saludaron a Morales y a mí con mucho menos entusiasmo, recorrieron nuestros atuendos gastados y prosiguieron su conversación. No nos quedó más remedio que apartarnos y buscar unas cervezas, los dos solos. Parecía fiesta de quince de pocos invitados. Todavía no llegaban Sepúlveda, Infante y Valdivieso. Pero no tardaron mucho.

Definitivamente Morales y yo sobrábamos. Ellos nos saludaron con más ánimo que las mujeres y hablamos de lo que eran nuestras vidas. Estaban *rebosantes de plenitud*. Sepúlveda soltero, ingeniero, prometedor y realizado. Infante agrónomo, no tan bien económicamente, pero feliz con su familia, sus hijos, sus perros. Valdivieso abogado y gerente del Banco BXT de Talca, dos hijos. Morales en la pensión de su abuelo, realizado también y yo con mi pequeña librería de libros usados, con tarjeta de presentación y todo.

Finalmente llegó Feña, el suegro del año, dijo, cuando nos saludó. Magda estaba lejos, no pudo constatar la lealtad de su padre. Se acordaba perfectamente de mi vieja, me dio sus condolencias atrasadas. Preguntó por el abuelo de Morales, don Ruperto. Fue amable dentro de su apatía, todo un anfitrión nostálgico. La madre de Magda, siempre ausente, en su habitación con una de sus jaquecas.

—Qué bueno que se acuerden de mi Magdita, ella no lo ha pasado muy bien. Bueno, nosotros tampoco, pero la vida continúa. Ya Joaquín, ponte las pilitas, conquista a mi hija, cásense, denme un nieto pronto.

—Tío, si la Magda no me pesca ja, ja, ja.

Y los otros “eh eh eh, se armó el casorio”. Con tanto escándalo las mujeres dejaron de hablar y nos miraron interrogantes. “Pero salud por el futuro y por las minitas que se mantienen bien a pesar de los críos”.

—Guatón, tenemos que irnos de carrete mañana, sin minas, huevón, los cinco, puro hueveo. ¿Don Ruperto le dará permiso a Morales? Ja, ja, ja.

—Ya, poh, de ahí somos, dijo Morales.

En eso quedamos, nos juntaríamos en un pub-restaurant-bailable de comida mexicana, en la 1 Poniente y desde ese lugar comenzaríamos nuestro periplo nocturno. Como a las 11 eso sí, para que sus respectivas no hicieran problema.

El Feña contaba con la ayuda de su mayordomo quien se encargó de la preparación de nuestro ágape. Luego vino la parte más temida. Nos sentamos todos alrededor de la mesa de jardín y yo ya estaba entumido, incómodo. Comenzamos a hablar del pasado, de la fiesta de graduación. Con Morales fuimos tema de bromas y sarcasmos, ya que junto al Negro Valderrama no habíamos llevado acompañante.

—Y ahora, Cancino, ¿Estás casado, tienes hijos, qué cuentas de tu vida, hijo?

—Nada tío, estoy pololeando con una santiaguina, pero nada serio, —mentí pensando en Luz Paredes.

—¿Y tú, Morales? —Sepúlveda no podía evitar la ironía.

—Tengo algo por ahí, compañero. Pero no me quita el sueño. ¿Y tú, Sepúlveda?

Silencio.

—Pasó un angelito. —Dijo María Ignacia.

—Tienen que sentar cabeza pronto. Es muy importante tener familia, es lo más importante. Mis dos bendiciones me llenan de alegría. —Infante ya tenía el envidiado bronceado de cantina.

—Sí, es lo mejor construir un hogar estable. Yo no me puedo quejar de nada. Incluso ahora Roberto está en la casa con los niños. No es tan difícil ser mamá, profesional, esposa, hija...

—Pero, María Ignacia, Roberto es un santo, no como Juan Pedro...

Hubo otro silencio largo, porque se estaba hablando de un miembro del gremio dominante que no se encontraba en el asado. Luego, continuó el Feña con aires de filósofo.

—Los hijos también nos llenan de preocupaciones.

—No, tío, ni tanto, dan más satisfacciones que problemas.
—Argumentaba el impetuoso Infante.

—Acuérdate de mí en el futuro, hay un dicho, que no sé si recuerdo bien “hijos chicos problemas chicos, hijos grandes...”

—Pero si yo nunca te he dado problemas, papá.

—No, amorcito, estoy diciendo leseras. Tú nunca me has dado problemas.

Luego sólo se escuchó un grillo, pájaros nocturnos, el ruido de los cubiertos y muy a lo lejos un ritmo marcial que provenía del living. Probablemente el Feña Echeverría lo había escogido para amenizar el ambiente.

Para romper el hielo, Morales retomó los recuerdos y comenzó a golpear la mesa rítmicamente: Tac tac tac tac.

—*Poor-cino guatón Cancino*

Caan-cino guatón guatón.

Y luego todos los compañeros imitaron a Morales siguiendo prolijamente el ritmo del estribillo que conozco desde los 14 años.

—*Poor-cino guatón Cancino*

Caan-cino guatón guatón.

—No sigan, si ya Miguel no es guatón, no sean malos.

Miré a Nico y le hice un gesto resignado de que no me importaba y, finalmente, cuando se aburrió el coro, volvimos a los recuerdos deformados. Luego vinieron los chistes picantes y machistas con los que se coronaban casi todos los asados.

Después del postre se diluyó el festín y nos fuimos. Yo me quedé con la misma sensación de siempre, una pérdida de tiempo, sin saber cuál era ese tiempo que tenía que resguardar.

IX

Sábado de mierda. No era por el trago; sentía una resaca espiritual que me obligaba a ver mi vida, la de Morales, Nico, Magda o cualquiera como una veleta, a ratos inmóvil, a ratos enloquecida, dando vueltas en banda. Salí a caminar hacia la Plaza de Armas, las calles eran sólo números y algunas imágenes que nuevamente reconocía. Llegué a la Alameda. Pasé por el Estadio Fiscal, crucé el puente y comencé la fácil ascensión del cerro. Parecía un autómata, nunca tomé alguna decisión acerca del rumbo que iba a seguir. Los bosques continuaban, pero quería llegar a la cima, quizá para tener más campo visual, un poco más de aire. Había pasado mucho tiempo encerrado en la pensión, en los bares, en las conversaciones y en el video claustrofóbico del matrimonio fallido. Lo peor de todo es que, a medida que avanzaba, sentía un miedo extraño a ser asaltado, olvidado, a ser atacado por perros salvajes o a caer en una grieta imaginaria. La reacción era seguir avanzando, como si no tuviera opción, como si pudiera alejarme cada vez más de mi derrota crónica.

No había nadie. Constaté alarmado que quizás me había cruzado con algún transeúnte en las calles céntricas de la ciudad y en la Alameda, pero desde que estaba en el cerro, no había visto a nadie. Vi mi celular, las 8 de la mañana. Me di cuenta de que no había tomado desayuno y que tenía hambre. Tal vez mis recuerdos del cerro estaban relacionados con el hambre, el huevo duro y el juguito *Kapo* que se acababa con el primer sorbo.

Traté de vislumbrar alguna solución, pero nada. Ya el miedo de dejar de existir por alguna casualidad o revés del destino, pasó a segundo plano. Lo más importante era comer, hidratarme, pero seguía ascendiendo, alejándome de la ciudad o de algún kiosco abierto. Trataba de tranquilizarme diciendo que no me pasaría nada, que a lo más tendría mal aliento. Mi cuerpo todavía no empezaría a trabajar buscando mecanismos defensivos para suplir mis faltas de calorías. Llegué a la cima. No había nadie. Bajé corriendo por el

camino de los autos y, después de un descenso interminable, crucé el puente del Río Claro.

Volví a la Plaza de Armas y luego me acordé del *Ibiza*. Pedí un té con tostadas de palta. Me tranquilicé, me bajó un nuevo cansancio. Volví a la pensión y dormí hasta las cinco de la tarde.

Me di cuenta de que no tenía nada preparado, que podría perder otra noche más, y que ésta definitivamente sería más larga, una tortura. Tenía que sacar información acerca de algunos asuntos: la personalidad de José Ignacio Latorre y si había tenido otra mina, si se le conocía alguna estafa de un cliente o si se llevaba bien con Magda, es decir, si la escena de llanto y enojo del matrimonio era común o fue una excepción.

Me llamó Sepúlveda. Nos juntaríamos a las 11 en el pub *Bahía Menéndez*. Me explicó donde quedaba, muy cerca de la pensión de Morales.

A las 11 en punto Morales y yo llegamos. Pedimos unas cervezas. Estábamos nerviosos, incómodos. Comencé a fumar, uno tras otro. Había mucha gente, la música era insoportable “no culpes a la noche, no culpes a la playa...” Había parejas bailando y haciendo las mímicas anacrónicas y alienantes que acompañan esa canción. Llegó Infante, después de 20 minutos, Valdivieso, y Sepúlveda bastante después, de pésimo humor.

—Comentábamos, huevón, que acá las minitas están exquisitas. Algunas veces lamento estar casado. —En su voz temblorosa se notaba que Infante estaba nervioso o incómodo.

—Yo no pienso lo mismo, huevón, no hay nada mejor que la familia. Las otras minas vienen y van —comentó Valdivieso.

—Miren ésa. Cachen la mini. A ese tipo de minas les gusta que les digan cosas o que les corran mano. Como que lo andan buscando. Yo nunca me casaría con una hembra así. —Infante iba a amanecer con una tortícolis aguda de tanto torcer su cuello.

—Y tú, Guatón, tan callado, ¿qué pensái de estas minitas o se te quema el arroz, huevón? Eso sí que no te lo aceptaría, te sacó la chucha ahora mismo. —Dijo amablemente Sepúlveda.

—¿Por qué pensái huevadas? Me gustan las minas, me gustan hartó las minas. ¿Qué querí que te diga?, ¿que están ricas, que son

unas putas, huevón, que cuando me case las voy a echar de menos? Parecen huevones idiotas, pendejos.

—Ya, Guatón, me dejái tranquilo. Acá nos relajamos, deleitamos la vista, no seái tan grave. —Al parecer Sepúlveda se había tranquilizado con mi aclaración.

—Sí, huevón, ¡¡¡¡salud!!! —dijo alguien.

—¡Eh eh eh eh eh! —contestaron todos menos yo.

—Vamos a jugar pool, —aventuró uno de los miembros del cuarteto.

—No, vamos al casino —contestó otro.

—Tenemos casino, huevón —Infante todavía estaba incómodo.

—No tenía idea.

—Llevémoslo, quizá así se quiere volver y deja Santiasco. —Dijo Sepúlveda.

—Vamos al pool y después al casino.

—¡¡¡Bueeena, Morales!! —contestaron a coro los del cuarteto.

Llegamos a un local que quedaba en la 5 Oriente por el lado Sur de la ciudad. No me fijé en su nombre, entramos. Había cinco mesas y estaban ocupadas. Nos quedamos en la barra tomando cerveza, de pie. Valdivieso pidió un whisky. Se escuchaba un reguetón y el humo de cigarro no dejaba ver el horizonte.

—Oye, ¿qué pasó con Magda, qué onda su marido? —Pregunté.

—El difunto de su marido, querrás decir —dijo Sepúlveda.

—¿Está muerto?

—Yo cacho que sí, nadie ha sabido nada de él. —Infante parecía abatido.

—A mí ese huevón me daba mala espina. Aseguraría que era maricón. Además, ¿qué iba a hacer la Magda con un ejecutivo de inversiones?

—Estái picado porque la Magda nunca te dio la hora, Sepúlveda. —Dijo Infante.

—Más cuidado, huevón. Vos con tus negocios fallidos no tení derecho a hablar, nunca le ganaste a nadie.

—No se pongan huevones, estamos acá para pasarlo bien.

—Valdivieso ya mostraba los whiskies que se había tomado.

—Pero, ¿qué onda José Latorre?— quise volver al presunto finado.

—Ese huevón se llevaba bien con Infante y con Valdivieso. Que ellos te cuenten lo que tenía escondido. Creo que hacía sufrir a la Magdita y estoy seguro que ella se avergonzaba de él.

—Era buen chato, medio callado, pero buena tela —dijo Valdivieso.

—Sí, yo iba a tener un negocio con él, unas tierras, íbamos a ser socios. Me caía bien el José Ignacio. Me dio harta pena lo que pasó con la Magda y también por él, fue súper penca, huevón.

—¡Negocio de un fracasado como tú con Latorre, Buena dupla! —A Sepúlveda no se le escapaba la oportunidad para ser desagradable con Infante.

—Cállense los huevones —dijo Valdivieso.

—¿Y el matrimonio cómo estuvo?

—Bueeeno: harta comida, harto copete, buena música, las minitas ricas. Te hablo de lo que me acuerdo, porque me entró agua al bote — Infante se entusiasmó con su recuerdo de los matrimonios.

—¿Y el novio?

—Me comentó que no se sentía bien —dijo Valdivieso.

—Viste, eso es de maricón. Yo me hubiera mamado solito mis dudas o malestares—. Me dio la impresión que Sepúlveda ya se había arrepentido de sus últimas palabras.

Estuvimos en el pool y luego nos trasladamos a la salida de Talca, cerca del camino a San Clemente, al Hotel Nuevo Casino. El mismo hotel escogido por los novios para su primera noche. Entramos y el espectáculo era aberrante. En los tragamonedas hombres y mujeres apoyando su cabeza en una mano y, con la otra, apretando un botón. Sus caras, eran iguales, con esas miradas muertas de casino a las dos de la mañana. Fantasmas de todas edades que ni siquiera estaban nerviosos o expectantes. Había una luz de tintes morados y fosforescentes, una especie de penumbra parecida a la entrada de las multisalas de los cines. La alfombra de tonos lilas y celestes estaba fuertemente adherida a los zapatos por los tragos desperdiciados. El humo también invadía el ambiente, como si detuviera el tiempo y con él a todas las figuras inanimadas.

Después de dar unas vueltas por este laberinto de mesas, tragamonedas y sillones, fuimos al bar que estaba vacío. A lo lejos se escuchaban temas nostálgicos de los 80, canciones de G.I.T. y de

Soda Stereo. El rock latino en todo su esplendor. Sepúlveda llegó diez minutos después, porque se había encontrado con Paz Recabarren. Yo no la conocía ni Morales tampoco.

—Ya poh, huevón, ¿cómo estaba la Pacita? Qué pena no haberla visto, tan rica que es —A Valdivieso le costaba modular.

—Bien, conversamos poco y ya me tienen acá con ustedes.

—Sí, pero, quedaron en algo, te gusta un poco, quizá podrían salir algún día. ¿Está casada o pololeando? —Al parecer el copete volvía obsesivo a Valdivieso.

—Huevón, sólo conversamos un poco y parece que está solterísima.

—Bueno, si está sola a la edad que tiene por algo debe ser, algo tendrá esa yegüita, tan sanita no debe ser. —dijo Infante.

—¡Chucha... gracias!

—No te preocupí, Morales —dijo Sepúlveda— si este fracasado dice puras huevadas, ni con copete se salva.

—Es que no me dejaron terminar, en los hombres es distinto.

—¿Por qué es distinto? —pregunté yo.

—No sé, huevón, ya saliste con tus huevadas gay, no sé, es distinto, huevón y salucita por las minas ricas de Talca, las solteras y las casadas, salud.

—¿No habían salido hace un tiempo atrás? Igual, como dicen las minas, harían una buena pareja —continuó Valdivieso.

—Y de nuevo con el temita... estuve un par de minutos con ella, unos minutos de cortesía que ustedes ni siquiera le concedieron. Sólo conversamos y esto se está volviendo patético. Parecen pendejos, estamos volviendo al colegio. Ustedes —nos miró a Morales y a mí— parece que motivan el ahuevonamiento de estos pendejos; motivan la regresión de estos tarados. Adiós, que lleguen bien a sus hogares.

— Chao, compadre.

Morales, ya borracho, empezó con el sentimentalismo de que te quiero, huevón, o que antes me caían mal porque eran unos cuicos de mierda y que ahora los conocía más, que estaba súper contento de la posibilidad que nos daban para conocerlos, que *en buena y buena onda*. Entonces, la distancia entre ellos y nosotros se agrandó. Finalmente Valdivieso, que según él era mejor conductor cuando estaba borracho, nos dejó en la pensión.

A la mañana siguiente Morales me acompañó a la Estación, casi no hablamos en el trayecto. Él seguiría con su vida, yo con lo poco que podía sacar de esta investigación.

Me despedí triste, constatando toda esta mierda expresada en vidas mediocres, en diálogos sordos, en éxitos o fracasos ilusorios; en chauvinismos de provincias, en la suciedad de las calles o en esa frustración imprecisa que no permite distinguir lo que se ha perdido.

TERCERA PARTE

I

Después de darme cuenta de que no me había despedido de Nicole, la llamé y me preguntó acerca del carrete masculino. Conté la estructura, el trayecto, nada más, sin balance ni nada. Lamentó que no almorzáramos hoy. No podía escucharla con claridad porque el vagón estaba repleto de niños que corrían por el pasillo, melodías inverosímiles de llamadas por celular y gente que quería hacer públicas sus conversaciones románticas.

Dormí hasta San Fernando y traté de mantener mi mente en blanco, pero la imagen de Sepúlveda, que no disimulaba su aversión hacia Latorre, no me dejaba tranquilo.

Imposible no pensar y no repasar estas noches que se convirtieron en una eternidad.

Pensé en Claudio, mi compañero ultimado en Matucana. Pensé en lo absurdo de su muerte: un cigarro, unas monedas y unos pendejos que estaban drogados. Trataba de entenderlo, pero se me figuraba parecido al matrimonio de Magda, al carrete con la patota o al asado del viernes con el tío Feña.

Se mantenía inmutable la sirena de las 12, la Alameda en otoño, la Plaza de Armas, el cerro con sus bosquecitos, la idiotez engrasada en violencia y la arrogancia perenne.

El recuerdo de Sepúlveda era recurrente, sin embargo, pensaba que su amargura era parecida a la mía. Eso nos acercaba. Él no estaba feliz con su vida y lo expresaba de una manera elocuentemente empobrecida. Su éxito y soberbia no hacían más que profundizar la herida. Magda había preferido a un ejecutivo de inversiones, había preferido a un *muerto de hambre*. Él, en cambio, era único, seguro de sus valores, de su saber, de su vida. Pero Magda había preferido a un tipo extraño, indefinible, descartable. Un *looser*. Y esa era su derrota. Incluso, si alguna vez Magda se fijara en Sepúlveda, sería una reivindicación a medias, empapada de la desaparición de Latorre y de la humillación de los Echeverría.

Cuando estaba llegando a mi estudio, divisé a Magda en la plaza. No me dejaba descansar y esa tarde hacía un frío que incitaba entrar a mi casa, pero no quise invitarla. Recordé que últimamente mi vida en Santiago había sido Magda y que sólo en Talca tuve algún relajo. Era una cosa por otra. Extrañaba mi departamento, mi barrio, mi plaza, pero había olvidado que ella ya estaba formando parte de ese entorno.

Creo que Magda leyó mis pensamientos porque me preguntó si yo creía que mi independencia en Talca continuaría en Santiago. Me explicó que tenía que justificar lo que me pagaba y que si en Talca se había olvidado de mí, era para que no nos vieran juntos. Su explicación me pareció redundante, como todo en ella: su maquillaje, su pelo, su olor dulce, sus medallas piadosas, sus aros grandes, sus anillos. Al parecer había hecho un esfuerzo en verse más o menos bien. Todo en ella sobra, desde sus palabras y su mirada hasta su pésimo gusto para vestirse: entre pacato, dominguero y descuidado. Me pidió un recuento de todo, me preguntó si había sacado algo en limpio.

—Por el momento te voy a decir lo que me hace reflexionar y quiero que tú hagas lo mismo. Me pareció que tu marido respondía al perfil de un arribista que tiene buen ojo, que conocía el poder o la fortuna de tu padre. Pero, tú objetivamente eres bonita —encendí un cigarro para darme tiempo—. Pensé en eso antes de contactar a una ex colega de Latorre, quien me hizo un retrato más amable del que me hiciste tú. Me presentó a un tipo normal, solitario, responsable y no el que yo me había imaginado cuando tú lo describías. Me llamó la atención esa disonancia, pero después pensé que la idiotez con la que nos educamos y la que nos hace discriminar entre lo bueno de lo malo, lo digno o lo correcto, nos hace interpretar que cualquier huevón o mina que se enamore de un huevón o mina con plata es un arribista. Después de hablar con Luz, su colega, llegué a la conclusión de que *tu chiquillo* podía estar enamorado de ti o que, por lo menos, eso creía.

—¿Por qué te resulta imposible creer que alguien se pueda enamorar de mí?

—Quizá porque me cuesta creer que alguien tan diferente a Sepúlveda, Valdivieso o a cualquier prototipo de amigo tuyo se fije en ti. Pero por otro lado, no entiendo cómo tú te fijaste en él.

—Yo he pensado lo mismo. Yo estaba súper enamorada de él. Pero, como te comenté hace un tiempo, me gustaba acá, en Santiago. En Talca, a pesar de que se llevaba bien con casi todos, yo lo sentía a prueba. Además, me incomodaba la actitud de Sepúlveda. Creo que en Talca, yo nunca me hubiera fijado en José Ignacio. A veces, creo que me engañé porque pensé que el amor era querer lo mismo, tener más o menos el mismo miedo a la soledad y quizá la misma necesidad de compañía. No creas que soy tan estúpida como para que no me dé cuenta de que hay decisiones o deseos que no sé de dónde vienen.

—No sé qué decirte.

—Tú no entiendes que hay situaciones que te hacen reflexionar.

—No creas que mi vida ha sido perfecta y que no he sufrido lo suficiente.

—Sí, pero la muerte de tu mamá no fue consecuencia de tus decisiones. No te cuestionaste nada en torno a tu vida. Yo estoy pagando algo; estoy viviendo una consecuencia y todavía no sé de qué. Además, ahora no confío en nadie, ni en mis amigos, ni en mi papá. ¿Crees que no me doy cuenta de las cosas que él le dice a Sepúlveda? Me siento más sola que nunca. Antes mi soledad se traducía en que quería encontrar a alguien con quien proyectarme, tener hijos, una familia. Ahora es una amargura permanente. Presiento que nadie me entiende, ni siquiera tú que estás ayudándome en esto.

—Hago todo lo posible y creo que te entiendo,—No le mentía. En algún momento se estableció un puente entre nosotros, pero ante este nivel de acercamiento me puse nervioso —pero continuemos, porque quiero ver hoy a la colega de tu ex —se destruyó el puente.

—Sí, se me había olvidado preguntarte quién es. ¿Eran amigos? ¿Lo conocía? ¿Es bonita?

—Sí, no está mal. Pero creo que sólo tenían una relación de camaradería. Entonces, pienso en tu enojo con *tu José* en el matrimonio, que después lloraste en el baño y algo que quizá tú no sabías: tu viejo estaba borracho, según Nicole. Fue todo muy abrupto y extraño para un matrimonio, ¿no te parece? Me llama la atención que Sepúlveda no saludara a tu esposo y, cuando estuve en Talca, no disimulara su rechazo hacia él. Creo que, por el momento, es eso.

—¿Y no tienes nada más?

—¿Tú no te das cuenta de que eres la que más sabe, que tus recuerdos por goteo son los que nos dan las pistas? Yo necesito que repases más tu memoria, que trates de recordar cualquier etapa de tu noviazgo. Esa es tu tarea y yo me encargo de lo mío.

—Me carga que la Nico te haya dicho lo de mi viejo. A mí no me comentó nada de eso. A veces no sé si mis amigas son buenas o si también tienen algo escondido, como una competencia no asumida o algo así; como si se alegraran si tú estás bien, pero también se alegran —sin saberlo— si es que tú no lo estás. No sé cómo explicarlo, pero Nico debió habérmelo dicho.

—También me contó que tu viejo la había acosado.

—¡No...Eso es imposible! ¡Mi papá la adora como si fuera su hija! Es rarísimo lo que me cuentas, es como si no conociera a mi papá ni a la Nico. Es una pesadilla.

—Es que ella no quería que te sintieras peor. Además, me parece que todo lo que te ha pasado responde a un mismo patrón. Es todo tan ilógico en tu mundo lleno de certezas, que me parece natural que te sientas en una pesadilla o en la dimensión desconocida.

Magda se fue insatisfecha. Estaba cansado y no tenía ánimo para ver a Luz. Yo también tenía derecho a descansar. La llamé y quedamos de reunirnos al día siguiente, en el *Bar don Rodrigo*.

II

Me levanté temprano para ir a mi negocio de libros usados. Echaba de menos a don Ernesto y a Bernardita. También era necesario hacer un acto de presencia para no olvidar que era un ingreso más o menos importante, que la venta de libros no era sólo un pasatiempo. Quizá, en la espera de algún cliente, podría leer algo, avanzar en la tesis o aclarar esta mala película talquina, esta intriga interprovincial.

Llegué a las 10 de la mañana y por la galería no andaba mucha gente. La mejor hora es antes, durante y después de almuerzo: la hora de colación de los oficinistas aficionados a la lectura y también la hora de la arremetida de los escolares que compran los libros que nunca leen.

Abrí mi minúsculo local y estaba intacto. Me di cuenta de que no había pasado mucho tiempo, pero entre tanto recuerdo, nostalgias y retrocesos, tenía la impresión de que estaba volviendo de una travesía para rehacer mis fuerzas, porque tendrían que producirse más viajes hacia el pasado.

Don Ernesto me vino a ver apenas llegó y luego se sumó Bernardita. Estábamos sentados, entre montones de libros y alrededor de mi mesa minúscula, donde cabía un hervidor, un cenicero con varias colillas, el café instantáneo y un frasco de azúcar. Nos preparamos tres cafés infames y comenzó el interrogatorio. Estaban sorprendidos por mi abrupta ausencia y les resumí todos los hechos que me habían mantenido ocupado durante estas dos semanas. Como ávidos lectores de las ediciones “Séptimo círculo”, de Chandler, Hammet, Mankell y Díaz Eterovic conversamos hasta la hora de almuerzo acerca de los posibles hilos que podrían llegar al centro del laberinto. La verdad es que todo apuntaba a Sepúlveda, aunque don Ernesto pensaba que su rabia provenía de un desengaño amoroso y quizá un sentimiento de humillación, pero que era difícil que en un tipo más o menos normal construyera un plan macabro que no le diera la oportunidad para contraatacar y lograr su objetivo de estar con Magda.

—No lo entiendo don Ernesto —dije en un momento.

—Cualquier tipo inteligente y paciente como él, que ha esperado toda su vida por el amor de tu amiga, creería que ese matrimonio no va a prosperar. Piensa, distintas procedencias sociales, algo que no importa en los países desarrollados, pienso yo, pero que en la mentalidad provinciana de Chile y, peor aún, de Talca, es inaceptable. Ya vendrían las diferencias con el tiempo; los lujos de los que *Ella* se tendría que privar, o, en el mejor de los casos, si todos esos pronósticos no se cumplen, es el tiempo, el maldito tiempo que todo lo corrompe. El tiempo hace que todo lo que es bello se derrumbe, convierte el amor en desengaño, rabia, desgano. Basta conocer un poco el amor para también conocer el tiempo y todos sus estragos. Cualquiera diría lo contrario, pero lo que pasa es que es imposible conocernos, a nosotros mismos y a ese ser extraño que comparte nuestras vidas. No, para Sepúlveda, era más digno convertirse en confidente, amigo y amante. Es fácil imaginarse la escena, que Latorre prefiera estar con sus colegas casi desconocidos en vez de llegar a su hogar, que la pasión sea recordada como deber o como complacencia condescendiente o que ella comience a olvidar que es hermosa y que puede despertar el interés de un hombre.

—Lo mejor en esos casos es un amigo que te vea con ojos desorbitados, como diciendo que tu pareja no se da cuenta de lo que tiene y esas cosas —continuó Bernardita.

—Pero, ¿de dónde sacan esas historias?

—Los libros y la experiencia, Miguel. Tú no estás con nadie y quizá nunca te has involucrado seriamente porque muy dentro de ti crees en el amor. Mira, chiquillo, la mejor enseñanza es no creer en el amor. Eso te da la libertad de amar y desamar cuantas veces sea necesario para no olvidar esa realidad.—Don Ernesto empleó el mismo tono bíblico con el que compartía sus verdades.

—Sí, tal vez, pero ¿cómo sabe lo que puede pensar una persona en una situación de soledad o de desinterés? —dije, como un especie de abogado del diablo sabiendo que Magda era muy predecible.

—Porque, amigo mío, me lo han dicho tantas veces. Yo he sido el que abandona y al mismo tiempo el amigo protector; yo he sido también el abandonado y, muchas veces, no te creas, esa sensación que te describo también la he experimentado. El fracaso, amigo mío,

hace pensar, dudar, cuestionar todo; nos obliga a inventar historias, murmuramos nuestras penas, nos volvemos insidiosos. Pensamos en la edad, que quisiéramos rebobinar sin saber para qué.

—Chuta, don Ernesto, cualquiera diría que usted es un anciano.
—Dijo Bernardita.

—Y lo soy, querida mía.

—Pero si es muy pesimista y lo peor de todo es que contagia a este cabro solitario.

—Puede ser... —murmuró don Ernesto revolviendo su café frío.

—Mira, Cancino, hazme caso y si te enamoras, no pienses en las boludeces, con todo respeto don Ernesto, de nuestro colega. Yo llevo un buen tiempo con mi pareja, claro que no es la primera y también he vivido algunas situaciones difíciles, pero así es el amor y es probable que los malos tragos se pasen y que no sea necesario cambiar de amor para creer o dejar de creer en él. —Señaló Bernardita con una certeza formidable.

—Gracias Bernardita, pero, con sus teorías quedamos en que Sepúlveda no está implicado en la desaparición de Latorre, porque él, como desencantado y experimentado que es, esperaría el fracaso de Magda sin hacerle caso a la tradición, a la iglesia y a los posibles hijos que salvarían el matrimonio. Don Ernesto, esa mujer no es libre, está atada a unas convenciones que no le permitirían cuestionar su matrimonio.

—Pero esa tal Nico sí se lo cuestionó y ahí estabas tú con ojos de...

—Desorbitados —dijo Bernardita.

—Eso mismo. ¿Ves cómo se repite la historia?

Hablamos un rato más y fuimos interrumpidos siete veces: dos yo, por *La granja de los animales*, comprada por un cimarrero y *La Culpa* de Margarita Aguirre. Excelente compra de una distinguida señorita. Don Ernesto vendió tres libros y Bernardita dos. Podían ver cuando los “potenciales lectores”, como les llamaba don Ernesto, se acercaban a sus respectivos locales. Almorzamos en la tienda de Bernardita que era más grande, ordenada y tenía olor a vainilla. Seguimos con las especulaciones. Quedamos en que había que hacerse un par de preguntas: ¿Por qué los esposos estaban enojados durante la fiesta? ¿Por qué Latorre no aceptó el regalo de su suegro? Lo que para don Ernesto

estaba muy claro: quería mantener a su hembra con su dinero, mostrarse autosuficiente, no quería volverse un agricultor o peón de su suegro. Si era lo suficientemente hombrecito, no elegiría ese futuro...

—Pero sí lo aceptó, por eso cambió de vida... se trasladó a Talca —dijo Bernardita.

—Pero, Bernardita, es probable que haya aceptado porque creía que podía sacar mejor provecho de todo esto. O quizá encontró otro negocio más rentable, qué sé yo —se dio una larga pausa—. A ti se te olvida que somos el pueblo más clasista, arribista, inculto y arrogante del planeta. Acuérdate que todos quieren ser patrones, todos quieren mandar, manejar sendos autos que valen más de lo que alguna vez podrán pagar y que cualquier oportunidad que se preste, es la ocasión para darle la mano a los que antes te despreciaron. Los bienes se ven como una venganza ... “acá vengo yo huevón, el que no le ha ganado a nadie, ahora ven a insultarme, huevón” y listo, viene la redención, la aceptación, la explotación doble de los subalternos y del idiota que debe trabajar el triple para pagar su estatus. Todos quieren poder y si no lo obtienen, si son humillados en la pega, van y se desquitan con sus señoras, sus señoras con los hijos o con sus nanas y acá todos estos hijos de puta sobreviven y se justifican en la redención de sus humillaciones respectivas... ¡Viva Chile!

—¿Y por qué esto en Chile solamente? —dijo Bernardita.

—Porque éste es el país que yo conozco.

—Sigamos con las preguntas ¿Por qué el Feña estaba borracho? — interrumpí algo cansado del intercambio entre mis dos colegas.

—Porque se casaba su regalona y con un hijo de puta, —contestó don Ernesto.

—Bueno, puede ser, pero me gustaría pensar diferente. Quizá buscar una razón que nunca antes se nos hubiera ocurrido, como que estuviera enamorado de Nicole, que estuviera en quiebra, que supiera que Latorre no aceptaría las tierras. Ahora me acuerdo de algo que antes no me había llamado antes la atención, pero según Valdivieso, Latorre no se sentía bien. —Parece que me había inspirado.

—Pero es normal que tuviera la tripa revuelta, eso no es ningún indicio, amigo mío... Recuerdo el día que me casé con Clarita... un verdadero fracaso, diría yo.

—Puede estar inquieto por la misma causa que produce el nerviosismo a todos los novios o puede ser que haya otra causa.
—Contesté.

—Es verdad —dijo Bernardita—, todos nos comportamos de maneras similares, pero lo que nos motiva puede ser diferente. Entonces nuestra tarea para mañana es pensar causas diferentes y discutir las en el desayuno. Ahora váyanse a sus locales para ver si podemos arreglar el día.

Una vez en la soledad de mi local comprendí por qué no vendía mucho en mi tienda y también por qué mi tesis no avanzaba. Pero el tiempo había pasado rápidamente y ya quedaba un par de horas para el encuentro con Luz. Vendí cuatro libros más: *La torre negra* de P.D. James, *Variaciones en Rojo* de Walsh, *Mis zonas erróneas* y *Rayuela*. Me cambié la polera que llevaba por una camisa limpia, hice lo mismo con un sweater gastado por uno más nuevo y cerré el boliche.

III

Caminé desde Manuel Montt hacia el Cerro Santa Lucía. Pensé y pensé en que, a pesar de que me había enamorado un par de veces, nunca había tenido algo parecido a una relación. Nada largo, nada serio, nada muy correspondido. La mayoría de las veces las mujeres que me gustaban no se fijaban en mí, me tenía que contentar con querer a mujeres más reales. Con ellas duraba meses, pero de un momento a otro me angustiaba y tenía que terminar el engaño con la esperanza de que llegaría alguien para mí. Después me arrepentía y sufría reincidencias que duraban minutos, segundos, pero luego tenía que estar solo nuevamente. O cuando por un golpe de la fortuna alguna mujer del Olimpo bajaba a la tierra, después de un tiempo se convertía en una chiquilla normal, casi vulgar. Dejaba de tener ese encanto que yo buscaba en el silencio, las omisiones o en la incertidumbre que siempre relacioné con el amor. En un comienzo esperaba más certezas, no importaba repetir palabras ni situaciones, pero, al cabo de unos meses todo era tan común que se volvía insoportable. Mi musa inspiradora se convertía, entonces, en penas, soledades y desencuentros. ¿Cómo me puedo explicar que siempre me encargara de echar todo a perder? ¿Cómo es posible que a mis treinta años no hubiera tenido una historia consistente? ¿Cómo es que no lo he necesitado? ¿Tal vez Magda y José obedecieron a la urgencia de verse con alguien, de no sentirse tan solos? ¿No voy yo al encuentro de Luz quizá esperando algún cambio en mi vida? ¿Cómo es posible que en vez de pensar en una aventura apasionada, como lo hago siempre, me imagine en una relación, si no me acuerdo de su cara ni de su cuerpo? Además, siendo honesto conmigo, ¿quién va a fijarse en un tipo como yo?

Llegué al *Bar don Rodrigo* algo deprimido, pero hubo una desilusión que me dolió más de lo que hubiera podido imaginar. Luz estaba con un tipo de la mano. Me hizo un gesto y me acerqué a ellos. Me costó llegar a la mesa porque ese bar diminuto estaba siempre saturado de gente y de humo. En el piano una mujer interpretaba prodigiosamente *Nuestro juramento* de Julio Jaramillo.

Pato era un ex colega de Luz y de José. Él estaba en otro banco ahora y con un mejor sueldo.

Así que el informante de Luz era su novio. ¿Por qué no me lo dijo antes? ¿Es tan difícil decir “oye, mi novio o pololo o lo que sea quiere hablar contigo”? Pedí un schop y Pato comenzó.

—Trabajamos juntos tres años. Yo llegué al banco después de él. José era muy servicial y me ayudó en todo. Incluso fue mucho más amable que algunos— Ese “algunos” lo pronunció con un énfasis especial, mirando a Luz.

—Pero si me caías mal. Te encontraba súper arrogante y sabelotodo. No tenía idea de que necesitabas ayuda. Además, si no me equivoque, la Carlita también se portó muy bien contigo.

—Más o menos no más. Mira, como te decía, José era buen chato y muchas veces después del trabajo salíamos a tomarnos algo. Para la noche que conoció a Magdalena o Magda yo no quise salir porque todavía estaba con una resaca memorable de otro carrete. Creo que la vi un par de veces. Ella nos despreciaba un poco y lo que me costaba entender era la razón por la que no despreciaba a José. ¿Qué José había creado si éramos todos más o menos parecidos?

—Tu comentario suena como si le hubieras tenido pica a José porque le resultara su cuento con su novia, amor.

—No, Luz, mi pica era con ella. Las veces que la vi, la sorprendí mirando a quien fuera desde la cabeza a los pies y nuevamente hasta la cabeza. Recuerdo que le dije que encontraba que su mirada era muy espontánea y creo que no me expresé bien o que ella no me entendió. Tal vez pensó que me estaba insinuando o quizá qué.

—Si sé de lo que me hablas, Pato, conozco esa mirada desde hace mucho tiempo.

—Lo que me intriga, Miguel, es el amor que ella sentía por él. También fue un misterio para mí que Latorre se fijara en ella. Es probable que muchos vendan su alma al diablo por estar con una mina así. Finalmente, que venga un ejemplar de buen pedigrí a cambiar tu vida se vuelve, para una gran mayoría, un acto de justicia. Pero Latorre no era así, no sé si me entiendes. Yo algunas veces me pregunto si conozco bien a las personas que me rodean, porque esas incoherencias me hacen dudar de todo.

—Amor, no te pierdas.

—Latorre me parecía consecuente y enamorado. Eso era lo extraño o lo trágico, que estaba muy enganchado con esta mina cuica y que ella lo separaba de su entorno. Su José Ignacio, puta que lo hueveábamos con su nuevo nombre, era de su tribu, su redil y nosotros unos picantes y fracasados.

—Es como si me sacaras las palabras...

—Pero José empezó a dudar un poco antes del matrimonio. Ya estaba en Talca y le parecía que esa ciudad estaba muerta. Se sentía agobiado porque su suegro no entendía que no se quedara en la casa de su familia. Tenía que dar explicaciones todos los días. Trabajaba de lunes a viernes, Magdalena viajaba a Talca los viernes, por lo tanto, él no podía venir a Santiago. Un par de veces me pidió que yo lo fuera a ver unas horas, porque los fines de semana los tenía que dedicar a su nueva familia. Durante los meses que estuvo en Talca fue en dos ocasiones a ver a sus viejos a Villa Alemana y mientras estuvo en Santiago me pudo contar algo de lo que le pasaba. Me comentó que todo era diferente con ella, algo había pasado. Las mismas palabras que antes le divertían, lo irritaban. Además, como en Talca se veían en la casa del viejo, casi no pasaba nada... un par de veces después de la disco fueron al departamento de José, pero la influencia del suegro llegaba, incluso, a esa distancia. Magda decía que la libido se le cortaba cerca de su casa, pero que después de casada sería diferente. Pero no era sólo eso, empezaron a pelear más, ella lo corregía o le sacaba en cara su mala relación con un amigo de ella...

—Septúlveda.

—Puede ser. Pero lo claro es que antes del matrimonio él tenía muchas dudas. Se dio cuenta del dicho de que uno se casa con la novia y con su familia. Su suegro lo estaba exprimiendo, él quería un yerno perfecto y Latorre se sentía acorralado. Pero eso era lo de menos, porque por lo que yo sé de los que se casan, siempre vienen las dudas, las peleas de los preparativos, creo que es normal, y sobre todo si es tan difícil divorciarse. Pero lo que a mí me pareció extraño es que un día me llamó preguntándome si yo siempre hacía lo correcto. Le contesté que no entendía lo que me estaba preguntando y pensé que se trataba del matrimonio, que dudaba en seguir o quizá

quería mandar todo a la cresta. Después con los acontecimientos y su desaparición, me acordé de esa pregunta. Tal vez estaba en algo turbio que no me quiso contar o quizá son cosas más... También recuerdo que antes de que conociera a la Magda desapareció del trabajo como una semana. No sé si te acuerdas, Luz, pero él no dio explicaciones a su vuelta. Hasta el jefe trató de ubicarlo. Yo traté de sacarle información: quizá se había escapado con alguna minita, qué se yo. Pero él no me dijo nada. Incluso lo vi complicado, tratando de evadirme.

—Sí, me acuerdo. Dejó el banco “patas p’a arriba”. Una semana afuera se planifica. El jefe estaba vuelto loco.

—¿Nunca mencionó nada?

—Nada. Esa semana sin José nunca existió y ya se me estaba olvidando.

—Quizá se enfermó su mamá o algún familiar. —Dijo Luz.

—En ese caso, lo hubiera dicho, ¿no crees? Es una excusa válida para pedir permiso sin riesgo a ser despedido. Se la perdonaron porque dejó la media cagada, compadre.

—¿Por qué tanto si ustedes son varios?

—En nuestra sucursal solo hay dos ejecutivos de inversiones y el otro colega estaba de vacaciones.

Mientras hablaba el Pato, pensaba en lo difícil que era hacerse una idea de José. Primero pensé que era un arribista, después un tonto enamorado y luego apareció su faceta misteriosa. ¿Era José o quizá todos somos tremendamente ambiguos, misteriosos, sospechosos para los que intentan interpretar nuestras intenciones? Después me di cuenta de que no lo estaba escuchando, así que retomé las preguntas que había planificado.

—Tú fuiste al matrimonio, he visto el video muchas veces y tú eras el padrino.

—Sí, y yo sólo fui a la iglesia porque después me sentí muy mal. Tuve que volver al hotel, pero Pato fue. —Dijo Luz.

—Latorre estaba extraño, no sé si se nota en el video, pero casi no habló con Magda. Estaban medio chuecos. Incluso él me comentó que ella había llorado y que lo estaba pasando mal. Quería que terminara pronto. Si hubiera sido yo más avisado, quizá mi

interpretación no se habría restringido en problemas de novios, de minas o inseguridades. Yo me acordaba de la última conversación nuestra, pero nunca pensé que no fuera otra cosa que atados amorosos o quizá otra minita de la pega que le estaba haciendo cariñito. Pero todo lo que vi era coherente con mi imagen de matrimonio fracasado desde antes del matrimonio. Después, quizá muy tarde, me imaginé que apretando un poco a José, hubiera sabido algo importante que aclarara las razones de su desaparición.

—Pero ¿te comentó algo del suegro o de Sepúlveda?

—El suegro lo atosigaba, lo perseguía como padre de familia, que el asado, el fin de semana en el fundo en Linares, los caballos y huevadas así y de Sepúlveda no recuerdo nada. Ahora los tengo que dejar porque una compañera de mi nuevo trabajo está celebrando cerca de acá su cumpleaños.

—No llegues tarde, amor, y pórtate bien.

—Sin falta...adiós.

—Espero que te sirva todo esto.

—Creo que sí, pero lo peor de todo es que parece que voy a tener que volver antes de lo planeado a Talca y es un verdadero viaje a...

—Bueno, Miguel, estoy muy cansada. —Se despidió y también se fue con una urgencia que me entristeció un poco.

Pagué y caminé hasta mi departamento. Llegué como a las 12 de la noche y me di cuenta de que el día había sido muy largo. Anoté mis impresiones y dejé el aburrido video del matrimonio a la vista para llevarlo al día siguiente a mi negocio. Quizá mis colegas podrían ver algo y yo podría tener una excusa para llamar a Luz.

Me desvelé pensando en José. Lo vi como un lobo solitario, desconfiado. ¿Cómo era posible que no le contara a Pato por qué se había ausentado? ¿Qué podía ser tan vergonzoso como para no soltar nada a un amigo? Tanta reserva era sospechosa, ¿Viajó por algún negocio? ¿Tuvo una aventura pasajera? ¿Estuvo en la cárcel? Nada, ninguna idea merecía tanta reserva ¿Estuvo en el hospital? Todo podía ser expresado, a no ser que lo que hiciera fuera impronunciable. Y después esa llamada a medias dónde le preguntaba a Pato si él siempre hacía lo correcto. Muy raro, solo, desamparado. No sé por

JUEGOS DE VILLANOS

qué ya, quedándose dormido, rondaban las palabras *impronunciable*, *desamparado*. Las anoté antes de abandonar el desvelo.

IV

Me desperté de un sueño donde Luz decía algo que había mencionado Bernardita el día anterior. Podía haber una misma reacción frente a distintos estímulos, las causas podrían ser las mismas, pero también, diferentes. ¡Qué idiotez estaba pensando!, pero el sueño me transmitía una idea muy cuerda y yo la entendía. Lo importante era buscar otras causas ante el nerviosismo normal del novio malogrado. No era irrelevante que él rechazara el regalo de las tierras, eso arruinaba todos los planes de los Echeverría. Iban a pedir un crédito CORFO, iba a ser un negocio con Infante, por eso, al no recibir el regalo del Feña, no estaba aceptando el contrato con su suegro de asegurarle una vida de lujos y facilidades a su hija. Continuaría con un sueldo de ejecutivo de inversiones que no crea fortunas y que sólo administra las que nunca serán suyas.

Tomé el video, mi computador y partí al trabajo. Mis amigos me estaban esperando en el local de Bernardita. Don Ernesto había preparado unos panes con queso y Bernardita tenía listo el café.

—Qué buenamoza la novia. —Dijo Don Ernesto.

—Lindo vestido. —Agregó Bernardita.

Callamos y comimos durante la ceremonia religiosa y la fiesta.

—Miguel, pienso que es muy difícil que saquemos algo más de lo que tú acertadamente has concluido.

—Si lo veo una vez más voy a enloquecer, a matar un gato o a tragar cianuro.

—¿Por qué matar a un gato?

—No sé, Bernardita, es lo que se me ocurrió.

Les comenté lo que Pato me había dicho la noche anterior.

—Ya veo, entonces no es un ogro arribista y estafador, como dijo ayer don Ernesto.

—Al parecer, no. Pero es bastante inasible como personaje.

—¿No lo somos todos, don Ernest?

—Buena pregunta, hijo.

—Me gustaría saber si el Feña Echeverría estaba enterado de que

Latorre ya no quería su regalo. —Dije inspirado.

—Hijo, eso es muy importante, pero no creo que tu Magdita lo sepa. Además, tienes que investigar por qué Latorre no las quería. Creo que tendrás que volver a Talca para continuar con tus averiguaciones.

—Lamentablemente creo lo mismo, don Ernest. —Me pesaba esa decisión, porque todavía no quería volver.

—Muy bien y a trabajar, queridos. —Dijo Bernardita—. Si necesitas algunas luquitas, Miguel, tú me avisas.

—Digo lo mismo, hijo.

—Gracias a los dos, pero voy a llamar a Magda para que me adelante algo. Los viajes son muy caros y pierdo en la venta de libros.

Gané casi 50 lucas con mis ventas, llamé a Magda y cerré temprano. En mi casa hice aseo profundo, algunas compras y después, lectura. Escogí al azar *Al rompecabezas le falta una pieza* de Anderson Imbert y sentí que me parecía al detective que resolvía un enigma de otra época. El protagonista inventaba una historia que podía ser ficticia en torno al asesinato de Sánchez Carrión, arguyendo que como no había pruebas, estaba permitido construir una teoría que no podía rebatirse por esa misma falta de pruebas. Por lo tanto, la ficción se sustentaba mientras no hubiera elementos que volvieran esa verosimilitud una historia falaz. Mi situación era similar, pero a diferencia de los personajes del cuento, ellos se divertían con sus conjeturas. Yo ya estaba aburrido de apoyarme sólo en dimes y diretes; tenía el video, los testimonios, mis notas y nada más. Además esto era real, esta última afirmación dibujó un caligrama con forma de signo de interrogación.

Magda interrumpió mis cavilaciones adormecidas, me entregó un generoso adelanto, diciéndome que lo cuidara y que no me aprovechara de ella. Le pregunté si conocía las tierras que Latorre rechazó y me dio las coordenadas: quedaban cerca de San Javier. También viajaría a Talca así que era probable que nos viéramos por esos lados. Llamé a Morales para reservar *mi suite*, luego a Nicole sin resultados y apagué la luz. Me pregunté por qué la había llamado.

V

Me levanté temprano, hice mi bolso más concentrado que la vez anterior, compré mi pasaje en tren para después de almuerzo y abrí mi negocio de libros.

Don Ernesto no había llegado y Bernardita, al parecer, no estaba de humor. Me comentó que ya se había hecho la idea de que yo me iba y que esperaba verme pronto con noticias y el misterio resuelto. Estaba demacrada como si no hubiera pegado un ojo en la noche y terminó su saludo diciéndome que no solamente yo tenía asuntos que resolver.

—¿Y no quieres un café, un pan con queso o algo? ¿Quizá contarme por qué estás con esa cara?

—No, Miguel, quizá a tu vuelta. Ahora me concentraré en mi trabajo y que tengas buen viaje.

—Me voy después de almuerzo, si necesitas algo tú me avisas.
—Contesté ya acostumbrado a los vaivenes anímicos de mi amiga.

Vendí *La insoportable levedad del ser*, *Pacha Pulai* de Hugo Silva, y *Postmortem* de Patricia Cornwell. En los intervalos traté de hacer un itinerario de mi segundo viaje a Talca. Llegaría en la tarde, conversaría con Morales y al día siguiente vería qué hacer. Quizá una revisión rápida del video y un viaje a San Javier. Ya estaba agotado a las 11 de la mañana.

CUARTA PARTE

I

Mi vagón estaba casi vacío, nadie en el asiento contiguo y dormí hasta Curicó. Me despertó Nicole para que nos viéramos. Me pasaría a buscar a las 9 de la noche y nos tomaríamos algo en el *Glamour*. Quién sabe si yo quería salir esa noche, pero, al parecer, eso no era problema para ella.

En la pensión saludé a Morales y a don Ruperto. Ambos concentrados en sus quehaceres. PlayStation por un lado y un *Punto Final* por otro. Almuerzo, caminata, repaso de anotaciones. Nicole llegó a las 10.

En el pub, ella pidió un pisco sour y yo vino tinto. El *Glamour* estaba vacío. El mozo quería cerrar pronto e irse. Ni siquiera había música. ¿Por qué Morales me había traído a este lugar y luego Nicole? Quizá porque nunca había nadie, lo que era normal como respuesta a un local caro, ambientado como heladería y con una atención que obligaba a pedir perdón.

Nico había renunciado, tenía, gracias a Dios, mucho tiempo para sus hijos y todavía no necesitaba plata porque su ex se encargaba de todo. No sé si se veía preciosa por sus pantalones de cuero negro y una camiseta del mismo color o si estaba verdaderamente más relajada por su nueva situación laboral.

—Desde que renuncié, Juan Pedro es mucho más cariñoso conmigo. No sabe que dejé mi pega. Me propusieron un trabajo mucho mejor en otro lado, que todavía no se concreta. Tengo terror que no resulte. Me pasa por ser tan atarantada.

—Por lo menos no te vas a morir de hambre, si no te resulta la pega, tu marido te paga todo— dije ya aburrido de escuchar problemas verdaderos o imaginarios.

—Sí, pero no es la idea.

—Perdona, lo que pasa es que estoy cansado, este día ha sido muy largo y estoy agobiado con todo esto. Magda me aburre y este tipo

de problemas conyugales también. —No sé por qué fui tan brusco con ella. Quizá porque me imaginaba que me iba a dar alguna información importante o tal vez no estaba de ánimo para escuchar más historias de *su* Juan Pedro.

—Chuta, Guatón. No era mi intención latearte, sólo quería decirte por qué tenía tanto tiempo para ayudarte o acompañarte a algún lado. Todo esto fue una introducción más que un desahogo.

—Bueno, en ese caso, quiero ir a San Javier. Te lo digo a quemarropa, aprovechando tu arranque de buena onda.

—¿A qué hora, señor detective?

—¿Te parece a las 10?

—Ningún problema, mañana a las 10. Pero ahora cuéntame un poco de ti. ¿Tienes polola? ¿Cómo es tu vida? Para mí es un misterio. Es verdad que tú no cuentas nada, sólo escuchas. Pensé en eso cuando te llamé el día que volviste a Santiago; me di cuenta de que no sabía nada de ti.

—Creo que no es necesario contar nada, porque cuando estoy acá, soy pasado, soy el Guatón Cancino. Mi vida, que es un ir y venir sin rumbo en Santiago, acá tiene un sentido o una dirección que todavía no logro descubrir. —Ella me miraba con cara de no entender lo que yo decía, pero continué. —Allá trabajo en un negocio de libros usados, tengo algunas pegas de investigaciones y me puedo mantener así. Mis amigos son los de la galería de libros usados y algunas veces veo a los compañeros de la Facultad de Humanidades. Pero me siento podrido con ellos. Ya son profesores de castellano, unos estudian magíster o doctorado. Incluso algunos están en España o México y yo todavía no termino mi eterna tesis de pregrado. A veces me siento solo, otras veces no quiero atados y estoy bien. Leo mucho, lo más que puedo, en mi negocio sobre todo. —No sé cómo iban articulándose las palabras. Definitivamente no era eso lo que quería decirle, no estaba mostrándole mi mejor ángulo, sólo dudas, suspensiones, prórrogas.

—¡Qué lindo estudiar literatura! Me encanta leer, pero cada día tengo menos tiempo, es terrible esa sensación de que todo se me escapa y que no hay manera de tener un momento de ocio y te juro que no sé por qué me pasa eso.

JUEGOS DE VILLANOS

Nuestra reunión fue muy breve, ya habría más tiempo para conversar. Terminamos nuestro trago y me acompañó hasta la pensión. Me quedé pensando en mi noche fallida, en mi falta de entusiasmo con Nicole. La verdad es que me asustaba no tener nada que decir, nada absolutamente nada. Estaba aburrido de mí mismo y más vacío que nunca. Creo que leí hasta muy tarde.

II

Nicole llegó a la pensión a las 10 en punto, íbamos camino a San Javier lentamente porque, según ella, su jeep tenía un ruido extraño y temía que sus frenos se cortaran.

—Me llama Magda, espera un poco... Aló ¿qué?... Estoy con el Guatón. Ya, nos vemos....

Nico se mantuvo en silencio unos minutos. Buscaba un retorno para dar la media vuelta.

—Miguel, encontraron un cuerpo en el Río Piduco. Lo trasladaron al Servicio Médico Legal. Está irreconocible, van a hacer unas pruebas de ADN, la Magda quiere que la acompañe. Te dejo en la pensión.

—¿Puede ser Latorre?

—La llamaron los pacos, parece.

—¿Por qué los viejos de Latorre no están acá siguiendo la investigación? Son bastante pasivos.

—Por lo que Magda me ha contado ellos son muy viejos y no están bien de salud. Además, se tienen que hacer cargo del hermano mayor de José Ignacio que es minusválido.

Llegué desorientado a la pensión. Era una noticia reveladora. Me preocupaba que, si se trataba de un difunto, ya estábamos hablando de palabras mayores. Yo albergaba la posibilidad de que este chiquillo se hubiera fugado al darse cuenta del gran error que estaba cometiendo. Tenía la esperanza de encontrarlo en casa de sus padres, escondido, deprimido, con barba de semanas y sobrepeso.

III

Era Latorre el fiambre o, por lo menos, algunos indicios parecían identificarlo. Para los resultados del peritaje científico habría que esperar, lo mismo para el funeral. Nicole me comentó que Magda ya se había contactado con sus suegros.

Como a las ocho de la tarde, tomé un taxi que me dejó en casa de los Echeverría. Abrió el Feña, me dio un abrazo y ofreció un whisky. Me topé con Valdivieso que iba saliendo. Un saludo a medias con el brazo.

Magda estaba en el living, con Sepúlveda, Infante, la señora de Infante y una persona que yo no conocía, el Tatán. Era un hombre que ostentaba unos cuarenta flácidos años mal llevados y una calva incipiente. Monopolizaba la conversación con que Dios les iba a dar consuelo, que las cosas pasan por algo, que hay que rogar que todo pase y así habló sintiéndose con la obligación de rellenar los vacíos incómodos.

Con Sepúlveda salimos a fumar, yo le acepté un pucho, como le decía él.

—La media cagada, Cancino. No me gustaba ese huevón, pero no merecía aparecer en el Piduco, ni un perro ni una rata merecen morir así. El fiscal, ese pelado que está en el living, cree que es asunto de narcos, huevón. Además, si la muerte es violenta siempre tiene que ver con la droga; yo pensaba que acá no habían esas mafias picantes. Qué lata, pobre Magda, casarse con un *narco*. Yo sabía que era un atorrante, pero nunca tanto, Guatón, nunca tanto.

—¿Los fiscales pueden dar opiniones personales? —Pregunté. Me costaba ser creativo al escucharlo.

—Es que nos conocemos. Era compañero de Valdivieso en la universidad. Acuérdate que Talca es un pañuelo.

Llegó Infante y se veía muy abatido. Estaba borracho.

—Putá, huevón. Yo quería a José Ignacio, era buen chato. No entiendo lo que le pasó. Yo nunca me hubiera imaginado que estuviera con los narcos.

—¿Un fiscal puede visitar a posibles sospechosos en plan de amistad? ¿Si conoce a Magda o a sus amigos o a su papá no debiera inhabilitarse?

—No te dije, Guatón, que es amigo de Valdivieso —ya Sepúlveda estaba perdiendo la paciencia, como siempre—. Es bueno para la Magda y el Feña escuchar de la voz del fiscal los avances de la investigación.

—¿Y qué piensas tú, Infante?

—No sé, como antes vivió en Santiago quizá tenía cuentas pendientes allá y le siguieron el rastro. Quizá se sentía protegido por las influencias del Feña. Nadie, en Talca, con medio centímetro de frente se metería con él. El Feña tiene muchos amigos. Con Pinochet no había mafiosos, huevón, ahora salieron todos los delincuentes que estaban cagados de susto con el *Tata*.

Hacía mucho tiempo que no escuchaba nombrar al “Tata”. De hecho, si me hubieran contado que todavía algunos *fachos* lo llamaban así, no lo hubiera creído.

—¿Y qué piensa el Tatán acerca del perdonazo de vida a la Magda de parte de los narcos? —Pregunté.

—Él está investigando y lo único cierto es el poder disuasivo del tío Feña. Acuérdate, Guatón que en Talca una mitad es influyente y la otra mitad no mueve ni una hoja.

—¿Una mitad, Matías?!

—No, bueno, Guatón, menos, mucho menos. Nosotros estamos en una buena posición, diría yo.

—¡Tú, que no tení dónde caerte muerto, huevón! —le dijo Sepúlveda.

—No creas, estoy en algo. —Se tambaleó Infante.

—Pero si lo que tenías se funó con la muerte de Latorre, huevón. —Arremetió nuevamente Sepúlveda.

Infante se retiró de nuestra reunión improvisada, parecíamos maricones celosos, según él. Y le pregunté a Sepúlveda por qué le tenía tanta bronca a Infante.

—Éramos amigos y para mí los amigos son leales, huevón. Y él por plata se hizo amigo de un cagado de hambre, del Latorre.

—Pero ¿cómo va a interesarle la amistad con un muerto de hambre?

—Sí, pero ser el novio de la Magdita es lo mismo que tener plata, huevón. Además, estaban esas tierras que el Feña le había regalado a la Magda para que plantaran unos viñedos con Infante, que es propietario del campo vecino. Tú sabes que las viñas ahora son un excelente negocio. Sí, Infante tiene mala cueva, pero es un felón que prefirió la plata a un amigo de toda la vida.

—¿No te parece que los juzgas mucho? Era solo un negocio con Latorre.

—Una vez, cuando estaba borracho, me confesó que le había dicho a Latorre que yo estaba enamorado de la Magdita. Ese chato murió para mí, huevón. Es un maricón.

—¿Y no te gusta nadie, ninguna mina te quita el sueño?

—¿Y tú, huevón? —Me preguntó con su agresividad acostumbrada.

—No, nadie.

—¡Por favor, Guatón! Te han visto con Nicole en el *Glamour*. Aunque la Nico te quiera esconder yendo a lugares sin onda, igual hay ojos y oídos. Se te nota en la cara que estás igual o más cagado que yo. Pero ¿tú cachái que es difícil que ella se fije en ti?

—¿Porque no tengo dónde caerme muerto? ¿Piensas que soy de la misma calaña, según tú, que Latorre?

—No, para nada. Creo que tú tienes una estampa que también tenía tu vieja. Una dignidad de no querer ser como nosotros, huevón. Podrías agarrarte a la Nico, pero creo que se te pasaría el amor de una. Ella no podría vivir tu vida ni tú la de ella. No quiero decir que te hayas resignado. Tú, Guatón, nos desprecias y por eso me caes bien.

—Entonces, te desprecias a ti y a tus amigos.

—No, Cancino, desprecio a los que quieren ser más.

—¿Y qué te dice que ustedes son más?

—La plata, huevón, pero en el colegio, las minas, las fiestas a las que íbamos, el Country Club, todo eso. Ahora, los que quieren ser más se casan bien, hacen negocios y nos adoran.

—¿No te parece que estos temas son un poco colegiales?

—Puede ser, huevón; entremos. Todavía no entiendo por qué estás acá, pero no me interesa.

Nicole ya había llegado. Se nos acercó y le habló a Sepúlveda.

—Hubieras visto recién al tío Feña, lloraba el viejo. Estaba medio

borracho. Nunca se imaginó que alguien podría atentar contra el yerno del Feña Echeverría. Dijo que iba a mover todas sus influencias, que hablaría con sus amigos jueces y ministros; los hijos de puta que cagaron la felicidad de su hija la iban a pagar.

En el living el fiscal, Tatán, seguía con su monólogo, pero esta vez de despedida.

—Sí, qué pena siempre tener que ver esto. Es muy doloroso para mí. Magdita, cualquier cosa que necesites, tú me avisas. Te tendré al tanto. Ahora me voy a trabajar.

Magda me pidió que la acompañara a la cocina. Sepúlveda me miró con un odio ancestral y me hice el desentendido. En la cocina me dio una cuantiosa suma a modo de indemnización. Todo esto, porque José Ignacio ya había sido encontrado y estaba muerto. No vivía un romance apasionado y confiaba ahora en la policía y sobre todo en el Tatán. Además, ya sabía que eran unos narcos y ojalá que en un futuro muy lejano nos viéramos. Le comenté que no era justo, yo quería saber lo que le había pasado a Latorre. Me trató de copuchento, que no me inmiscuyera porque ya no era asunto mío. El tema estaba terminado. Si quería quedarme un rato más, a ella le daba lo mismo.

Recibí la plata, me fui sin despedirme de nadie. Tomé un taxi y llegué a la pensión para calibrar mi rabia. Llamé a Morales, buzón de voz, vi que me llamaba Nico, la derivé al buzón de voz. Comprendía perfectamente el razonamiento de Magda, pero me daba cuenta de que yo quería saber lo que ocurrió. Tenía la impresión de que el fiscal nunca llegaría a lo que realmente sucedió y mejor para ella, mejor que viviera engañada si era eso lo que quería.

QUINTA PARTE

I

Tomé el tren al día siguiente. El vagón estaba casi vacío, como a la ida. Tenía la impresión de que no había hecho nada en Talca y no me equivocaba. Además, sentía que estaba removiendo asuntos de mi vida que no me gustaban.

Me fui de la Estación Central a Manuel Montt sin pasar por mi departamento. Lo más probable era que me hubiera tendido y que hubiera terminado el día en mi sillón cama con insomnio vespertino y una tristeza incrustada en mi espalda. Tenía una sensación de frío que no sentía desde hace años. Aunque no me fuera bien en la librería, me subiría el ánimo hablar con mis amigos. Quizá podría convencer a don Ernesto que me acompañara a tomar un copetito.

Apenas llegué me asaltaron con sus preguntas. Parece que había estado floja la venta.

—¿Averiguaste algo acerca de las tierras, hijo? —Fue lo primero que se le ocurrió a don Ernesto.

—No tuve tiempo, si llegué el miércoles, el jueves se supo lo del finado y aquí me tienen.

—Pero si esa era la misión tuya. Yo no sé si eres o si te haces, hijo. Tú ibas a averiguar por qué Latorre no quería las tierras de regalo y si ya le había comentado su decisión al suegro. Además era importante adelantar algo en esa situación turbia o no correcta de Latorre. Qué quieres que te diga, Cancino, un total fracaso tu viaje a Talca. Por lo menos te dieron unas luquitas para un par de semanas.

Mientras conversábamos vi una llamada perdida de Luz. La llamé y quedamos de tomarnos un trago en el *Berri*. Ordené algunos libros, vendí en un lapso de una hora *Pubis Angelical*, *Narraciones extraordinarias*, *La mujer de verde* de Arnaldur Indridason, *Historia breve de Chile* de Sergio Villalobos y *El hombre que pregunta* de Ramón Díaz Eterovic. Lamenté no haber releído *Pubis Angelical*.

II

El *Berri* queda en el mismo barrio que el *Bar don Rodrigo*, sin embargo, esta vez preferí irme en metro. Quería pasar por mi casa para tomar una ducha y cambiarme. Lamenté no haber lavado antes la chaqueta de Claudio.

Me gustaba mucho ese bar, porque era una construcción antigua que estaba amoblada y adornada con elementos sacados de un anticuario. Era un lugar amplio, lo que a los cuadros, a las lámparas gigantes o al piano le otorgan una dignidad como de objetos detenidos en el tiempo. Mi amigo Heredia se sentía en otra época cuando visitaba esa cantina.

Busqué a Luz en el primer nivel del bar y no estaba; me esperaba en el segundo piso, en un rincón bastante escondido. Era muy temprano, por eso no había mucha gente. De hecho sólo una pareja estaba sentada en el extremo opuesto de ese salón. ¿Será que todos quieren esconderse del resto cuando se reúnen conmigo?

Nunca la había visto tan arreglada, estaba con una falda de jeans hasta la rodilla, unos pantis de colores llamativos y una camiseta ajustada negra. Tenía unos aros rojos que combinaban perfectamente con el color de sus labios y el pelo suelto, libre, que le llegaba hasta los hombros. Hice memoria de cómo la había visto antes y claro, en el banco y en el *Bar Don Rodrigo* estaba con su tenida de trabajo. ¡Qué bien se veía! ¡Qué diferente, qué guapa!

Le pregunté por Pato, me dijo que se habían dado un tiempo y empezó a llorar. Yo me sentía muy torpe con su tristeza, pero al mismo tiempo mis ilusiones podrían hacerse realidad. Sobre todo las más pedestres, con ese pelo suelto y su falda ajustada. Pero inmediatamente, la felicidad espontánea dio paso a la imagen indulgente de don Ernesto, hablando de los amigos paño de lágrimas que querían lucrar de la desgracia de las chiquillas. Después pensé que no éramos amigos, así que podríamos quizá...

—Al comienzo todo era fantástico. Los dos nos queríamos mucho, él me decía todos los días lo linda que era, se mostraba cariñoso.

—Siempre es fantástico el comienzo.

—No creas, no todos mis comienzos fueron buenos y yo estaba feliz porque era la primera vez que las cosas se me daban de esta manera. Mis “ex” me encontraban muy buena y yo sentía que con el Pato no se me castigaba la bondad. Al contrario, yo pensaba que él era más bueno que yo.

—¿Bueno? No entiendo mucho a qué te refieres.

—Quizá te sonará un poco infantil, pero cuando te hablo de bondad, te estoy diciendo que no hay juegos, mentiras, manipulaciones, ¿me entiendes? Todo parece puro, transparente, sin afán de dominaciones o imposiciones, sin esas pugnas de poder que se dan en algunas relaciones y que lamentablemente se manifestaron tardíamente en la nuestra. No era que buscáramos aplastar al otro, más bien se trataba de quién tuviera la razón. No en asuntos de las noticias, opiniones o ideologías, sino que en nuestras discusiones.

—Sigue, te escucho. —Mientras tanto pensaba en la tristeza autorreferente. Además, me causaba extrañeza la carencia de pudor en hablar de estas cosas. Yo no la conocía y ya me estaba hablando de su fracaso. Definitivamente no tenía ninguna intención de seducirme. Yo era el amigo simpático retratado por don Ernesto, sólo estaba para escuchar, asentir y nada más.

—Yo sé que esto es patético. Te llamé y corté inmediatamente porque me había arrepentido. Luego me devolviste el llamado en un momento de mucha tristeza y sólo quería tomar un poco de aire, hablar, distraerme y ahora te lateo con esto.

—No, sigue, desahógate, quizá podamos analizar el asunto —mentí.

—Las cosas cambiaron cuando quiso trabajar en otro banco. Le ofrecían más plata y posibilidades de ascenso. Lo tomó inmediatamente. Antes yo no me sentía excluida de nada, porque éramos colegas. Después, las cosas cambiaron y era mal visto que yo lo acompañara a sus *Happy Hours*. Él, tampoco quería ir a los de nuestra oficina. No sé, comencé a notar que ya no se interesaba por lo que yo hacía, lo que pensaba y menos de mis sentimientos. Cada vez que le decía algo se sentía atacado, que yo le recriminaba todo, que yo era problemática, que me relajara; cuando le pedía

patéticamente que fuera más cariñoso conmigo, como lo había sido antes, me decía que no le nacía.

—He escuchado eso antes.

—Después concluíamos que íbamos a tratar de mejorar la situación y luego él llegaba tarde a la casa, casi de madrugada. Llegó el momento en que me empecé a sentir sola, no sé cómo explicarte, me sentía sola sin perspectivas, viviendo un presente eterno. Mi cuerpo, mi corazón y mi mente ya no estaban con Pato. Por más que quisiera lo contrario, sin admitirlo, sin pensarlo, yo ya me había separado. Lo sentía en mis sueños angustiosos y solitarios; lo sentía cuando yo llegaba a nuestro departamento y él no estaba o cuando sucumbía hipnotizado por el televisor.

—Entonces, ¿ya habías pensado en separarte?

—No sé, ayer le dije todo eso y se fue. Es muy distinto pensar y entender que las cosas ya no funcionan que estar sola en la casa después de su partida. Hoy no pude levantarme para ir a trabajar. Tenía la remota esperanza de que Pato volviera triste, demacrado, arrepentido, me pidiera perdón y que comenzáramos todo desde el comienzo. Pero esperé, esperé y en un momento de angustia te llamé. Perdona por todo esto. Pensé que podríamos pasarlo bien, pero no logro pensar en otra cosa que no sea mi pena.

—No sé qué decirte porque... francamente... creo que tu relación se acabó. Creo que los dos van a estar muy tristes, pero por lo que tú me dices hay un desgaste. —Me acordé de lo que me había contado Nicole. También su marido se fue a la primera revelación.

Mientras tanto, ya nos habíamos tomado una botella de vino y habíamos pedido dos porciones de empanadas de queso. Yo estaba incómodo porque tenía hambre y las empanadas no ayudaban mucho. Pero tampoco me atrevía a interrumpir la conversación para que viéramos qué podíamos comer. En otra ocasión, en este mismo local había probado una de las mejores hamburguesas que recuerdo, pero encontraba grotesco comer ese sándwich desparramado mientras ella lloraba y me contaba sus desventuras amorosas.

—Él me decía ayer que yo era una “mina la raja” y que le daba pena hacerme sufrir. Es primera vez que él se refiere a mí usando esas palabras, sobre todo “mina”. No sé, me sentí pésimo, tuve la

impresión de que le había dicho esto mismo antes a otra persona, como contándole lo que le pasaba, lo que sentía por mí.

Ella seguía llorando, yo me sentía un pelmazo hambriento. Nos tomamos la segunda botella de vino y me relajé un poco, porque pensé que los dos nos estábamos usando, incluso ella era más macabra que yo. Macabra pero sincera, ella se sentía sola y quería que yo la acompañara. No le dije nada acerca de mis intenciones, creo que hubiera sonado patético decirle que me gustaba mucho en este contexto de ruptura. Al irnos, el bar estaba repleto. Luz me había hipnotizado tanto con su tristeza y mis deseos escondidos que no me di cuenta de la mutación del *Berri*.

La acompañé a su departamento, luego al baño para que vomitara. Nos abrazamos y comenzamos a bailar un ritmo lento. La desvestí de a poco. Ella todavía estaba muy borracha, protestaba, pero no se defendía.

—Quedémonos así no más, Miguel, me gusta que me abracés.

Pero yo insistía. Con una mano tomé su cintura tratando de acompañar el movimiento que seguía la melodía imaginada de Luz y con la otra comencé a sacarme la ropa. No sé por qué empecé con los pantalones. Me vi en el espejo y estaba con calzoncillos, calcetines y mi camisa. No era un buen comienzo. Menos mal que ella estaba con los ojos cerrados, moviéndose, emborrachada. Su boca tenía un gusto a vómito, cigarro y pasta de dientes, pero no me importaba. Me saqué la camisa y los calcetines con dificultad. La abracé. Luego le acaricié la espalda mientras exprimía nuestra desnudez incompleta. En la cama nos abrazamos. No estaba seguro de que ella quisiera todo esto. La presencia de Luz era intermitente. Trataba de mezclarse conmigo, pero de pronto surgía una mirada lúcida, distante. Su cuerpo no le pertenecía, ella estaba dividida, separada, muy lejos. Le besaba el cuello, sus pechos, su vientre, pero a medida que iba bajando, ella apretaba sus músculos, se volvía una roca inmutable. Mi incertidumbre se balanceaba entre el deseo, mi sed y el cansancio, casi tedio. La acariciaba, recorría con mis yemas su cintura, sus muslos, en círculo, agrandando el círculo y nuevamente el témpano, el misterio de ella que se interponía. A veces dudaba si estaba

despierto, pero yo quería y quería más, pero siempre un pero, como siempre, hasta que vino el frío, hasta que me rendí, nos rendimos y nos abrazamos derrotados. Seguí acariciando su piel suave, a ratos áspera, a ratos más blanda, como un ejercicio mecánico de evasión. Lo anterior no había pasado, no importaba; existía su piel, notaba el ritmo acompasado de su letargo. Se imponía mi boca pastosa, con un gusto indefinido a tanto hambre y vino. Quizá si hubiera tomado menos, si quizá Luz no se sintiera tan triste, tan sola, si yo me tuviera más confianza. En fin, nos dormimos.

Al día siguiente fue todo muy incómodo porque nos despertamos con el celular de Luz. Era Pato que se había enterado de que José Latorre estaba muerto. También le preguntó cómo estaba y le propuso que se juntaran a almorzar.

Elegantemente me ofreció desayuno diciendo que no tenía nada en el refrigerador; casi contenta, me dijo que lo había pasado muy bien, que no me pasara ningún rollo y que no le contara a nadie. Un brillo que no le había visto antes se reflejaba en sus ojos.

No tuve más remedio que salir raudamente de su departamento. Esta vez caminé hasta mi casa. Sentía la punzante resaca de mi fracaso. Me costaba aceptar que ella me desechara rápidamente para encontrarse con su novio. Luz estaba enamorada o por lo menos eso creía.

Caminé por Providencia, Merced, Monjitas, Catedral, crucé el puente, busqué Huérfanos y llegué con el estómago vacío a mi casa. Hubiera apostado que Luz tenía más pertrechos que yo en su refrigerador. Compré algo en el almacén de la esquina y dormí hasta la noche.

Mi único ambiente que contaba con un sillón cama, una mesa, un refrigerador y una cocina, se convirtió en un lugar agobiante. Me vi dando vueltas en círculos sin decidir si llamar a Luz para saber cómo estaba o para encontrarme con ella, pero después miraba a mi alrededor y mi vida. ¿Cómo se fijaría ella en mí? En mi estudio muchas veces me sentí bien. Al estar mi habitación a nivel de la calle me daba la impresión de vivir en una casa y que la plaza era mi patio. Pero en ese momento ni siquiera me atrevía a salir. Pensaba

que el día en que también me sintiera encerrado en la plaza o en las calles, ya no estaría aceptando mi soledad. De hecho era esa soledad, era ese velo el que me daba la impresión de haber estado a medias con Claudio o incluso con Violeta. Siempre en dos lugares a la vez: como cuando estaba en Talca, tenía que volver rápidamente a Santiago para luego retornar religiosamente a Talca dos veces al mes. Cuando salía con mis amigos o con Claudio, tenía la urgencia de volver a lo mío, necesitaba un ancla. Sin embargo, ese objeto más que un estabilizador se convertía en una bruma, en una incapacidad de asirme en el lugar en el que estaba. Esa necesidad de volver no me permitía estar en ningún lado. Todo a medias, para variar un poco. Quizá por eso cuando Magda me eximió de mis deberes, volví sin averiguar lo que me llevaba a Talca. Necesitaba volver a Santiago, necesitaba deprimirme en mi soledad para tener ganas de hacer un último viaje a Talca.

SEXTA PARTE

I

Ordené mi estudio, maté un par de arañas, revisé mis cuentas, hice mi bolso y partí a Talca nuevamente. En el viaje leí *El ojo del alma* de Ramón Díaz Eterovic y me contagié del pesimismo de Heredia. Cada vez que sigo sus investigaciones, pienso en borracheras, cigarros, mujeres y la soledad se me hace más llevadera. Sin embargo, no sé si por mi fracaso con Luz o por mi ceguera en el caso de José Latorre, esta vez contrasté a su gente con la mía y me di cuenta de que yo estaba más solo. Heredia tiene a Simenon, un gato que le habla; cuenta con la amistad de Anselmo a quien ve a diario; y también se acompaña del escriba que se convierte en su confesor que no respeta el secreto profesional. En cambio yo no tengo gato y mi amigo murió; por Morales siento aprecio, pero vive en Talca y no lo tolero más que un par de horas semanales; don Ernesto es un filósofo y Bernardita está a años luz de concebir una amistad. Heredia tiene éxito con las chiquillas, lo buscan. Aunque no tenga relaciones duraderas, él siempre tiene algo que recordar. Yo, por el momento, puedo decir que tuve una noche de pasión moderada, beoda, que pronto pasará al olvido por la muchacha empecinada que yo abandonara su departamento antes de que llegara su hombre. Eso no le hubiera pasado a Heredia. Yo soy el amigo inofensivo, el que escucha, acoge, pero al que de ninguna manera buscarán para algo más que un desahogo nocturno.

Además, él no se hace problema, no se cuestiona a sí mismo por la incapacidad que tienen muchos de razonar o de poner en duda sus estructuras. Es un testigo de todas las podredumbres, pero no se hace responsable. No tiene que demostrar nada a nadie. Yo, en cambio, trato de comunicarme y me encuentro con frontones en los que me golpeo continuamente.

II

Una vez en la pensión llamé a Nicole explicándole que después de mucho pensar, seguiría investigando lo que ocurrió a José Latorre. Ella me dijo que eso era asunto mío, que no sabía si estaba en lo correcto. Quedamos en que me pasaría a buscar al día siguiente, temprano en la mañana, para visitar las tierras de San Javier. Magda me había dado las coordenadas y Nico, que conocía relativamente bien esa localidad, trataría de guiarme.

Me pasó a buscar a las 11 de la mañana. Yo me imaginaba que temprano era más temprano, pero en fin... Nuevamente el ruidito del auto que no había tenido tiempo de dejar en el garaje.

Después de ensayos, errores por caminos intrincados y zigzagueantes llegamos a las tierras. No había mucho que ver. No había nadie. Caminamos un par de minutos hacia una casa custodiada por tres perros hostiles. Sus ladridos nerviosos eran tan persistentes (como los gritos de Nicole), que se asomó un caballero de edad indefinida y se acercó a nosotros. Don Manuel, que así se llamaba, preguntó qué nos traía por esos lados.

—¿Conoce a los antiguos dueños que vendieron estos terrenos?

—Con él mismo habla. Yo me quedé con ésta y otras hectáreas unas cuabras más hacia la costa. Creo que han descubierto oro o algo de valor, porque durante un tiempo dieron muchas vueltas por acá y no regatearon cuando les fijé el precio.

—Ellos pretendían plantar viñas. No sé si el plan sigue en pie.

—¡Qué raro, señorita! Estas tierras no son buenas para plantaciones. Hay mucha piedra. Ellos se paseaban por el predio, miraban, conversaban y se iban.

—Don Manuel, le dejo mi tarjeta. Estoy interesado en algunas hectáreas, pero quiero que los precios bajen porque, al parecer son muy caras. —Señalé de una manera no muy convincente.

—¡Qué caras, señor, si está a cinco millones la hectárea y vendí otras más baratas!

—¿Me daría su celular por si me decido?

—Yo no vendo ahora, pero le doy mi celular porque me lo pidió no más... y si almuerzan en San Javier, vayan a la picada de la Adela y digan que los mandé yo. Pregunten en la plaza cómo llegar.

Volvimos a San Javier y después de otros veinte minutos fuimos a la picada. El lugar estaba vacío. Era muy angosto, parecía un pasillo. La única entrada de luz era la puerta principal, no había ventanas. El mostrador ocupaba un lado del local y al frente se situaban las mesas cuadradas con manteles plásticos. Pedimos dos cazuelas y dos copas del vino de la casa.

—¿Cómo iban a comprar tierras tan malas? El tío Feña es agricultor, él sabe.

Nicole se veía diferente. Mientras la miraba, me convertí en lo que más odio, en esa alma infantil que coteja y trata de sacar conclusiones que acaban con la ambigüedad. Como si todo estuviera en mí o si tuviera que decidir; como si Nicole y Luz estuvieran a la expectativa de mis consideraciones. Quizá era yo el que estaba siendo sometido a las temidas comparaciones. Traté de concentrarme en la información nueva y en mi interlocutora que me miraba interrogante.

—Lo mismo me pregunto yo, Nico.

—¿Qué piensas hacer?

—Pensar... creo que acá hay gato encerrado.

Comimos en silencio, nuestras pocas palabras elogiaban la cazuela de doña Adela. En el viaje de vuelta sólo escuchamos el ruidito misterioso del jeep. Cada uno conversaba con lo suyo. Quizá ella pensara en su marido, sus hijos, su familia. Yo recordaba a Luz: desnuda, triste. A lo mejor sus comparaciones tampoco me ayudarían mucho. Quizás en la pensión la llamaría para preguntarle cómo iba todo o para decirle algo acerca de la investigación. O mejor sería esperar un tiempo y no parecer ansioso.

Una vez en la pensión, repasé notas: Magda me había comentado que Latorre, en el matrimonio, le habló de que las tierras no servían para nada, él ya no las quería, ¿por su bajo valor o había otro asunto enterrado? ¿Por qué asesinaron a Latorre y qué relación tendría ese homicidio con las tierras? ¿Eso implicaría a Infante y a Feña? Finalmente Ernesto y Bernardita tenían razón al insistir en el asunto de las tierras, qué bruto fui.

JUEGOS DE VILLANOS

Al poco tiempo de reflexiones, Nicole me llamó para decirme que un tal Sebastián Riquelme, ejecutivo de cuentas, conversaría conmigo.

III

Caminé por la 1 Sur, un par de cuadras hacia el Oriente hasta el banco y encontré a Riquelme. Tuve que esperar a que atendiera a otro cliente que daba la impresión de estar en una reunión de amigos o compadres, porque la conversación de ser meramente bancaria, recorrió la familia, las vacaciones —lejanas, de verano— y las respectivas señoras. Era un hombre de 40 a 45 años, tan alto que se veía incómodo en su cubículo. Tenía la fisonomía ambigua, provocada, tal vez, por la disonancia entre las partes de su cuerpo con ese espacio tan reducido. Además, aparentaba ser un hombre tímido, pero movía los brazos y miraba como si no lo fuera.

—Buenas tardes, soy Miguel Cancino, amigo de José Latorre.

—Hola, Miguel, asiento, por favor. Me comentó Nicole que estás buscando información.

Su trato hacia mí demostraba una familiaridad extraña en el contexto de dos desconocidos. Quizá su trabajo lo obligaba a ser tan espontáneo. Mientras hablaba, miraba la pantalla de su computador y tecleaba algunos datos que le había dejado el cliente anterior.

—Primero, sé que José trabajó unos meses en esta sucursal ¿eran amigos? ¿Conversaron de algo que te llamara la atención?

—No hablaba con mucha gente, no compartía mucho con nosotros, pero dentro de todo era simpático. En un par de ocasiones almorzamos juntos. Me habló de sus padres en Villa Alemana, me comentó las virtudes de su departamento de 30 metros cuadrados en el centro de Talca. También una vez me dijo que se sentía solo en esta ciudad, pero cuando yo lo invitaba a tomarse unos tragos, siempre se excusaba con sus deberes familiares. Después de unas cuantas negativas no lo invité más, no quise parecer muy insistente o más interesado de lo que estaba. Ni siquiera pagó el piso, se corrió olímpicamente cuando le insinuamos que estaba en deuda con sus colegas. Algunas veces salía con Valdivieso, el gerente del Banco, palabras mayores. No me lo imagino todas las noches en la casa de su suegro, pero al parecer prefería estar solo en su departamento

diminuto. Quizás no quería mezclarse con nosotros.

Se dio un respiro, como si recordara algo.

—Era un tipo extraño. No sé, se veía buen chato, pero parecía avergonzado, fuera de todo, no sé si me entiendes.

—Es probable que pidiera un crédito CORFO ¿Estabas enterado?

—Nosotros tramitamos la primera parte del crédito, pero no depende del banco la aceptación o tramitación final. Enviamos los antecedentes necesarios. Nosotros pre-aprobamos el crédito y el resto lo hace la CORFO.

—¿Podemos ver si pidió algún crédito, si hay alguna solicitud a su nombre?

—Es confidencial... pero todo sea para saber la verdad. Esto debe haber sido un asunto de drogas. Así terminan las historias relacionadas con el narcotráfico. Tienes que tener cuidado, compadre.

Esa advertencia me pareció cercana, como si supiera lo que me estaba diciendo. O quizá yo estaba paranoico y él me hablaba con el sentido común y normal de alguien que constata un asesinato violento. Se instaló un silencio durante los pocos minutos que Riquelme demoró en buscar la información. Entre tanto, rondaban en mi mente las palabras “sentido común”, “tener cuidado...”

—Sí, Latorre pidió un crédito.

—¿Se asoció con alguien?

—No aparece ninguna sociedad y el crédito está entregado desde hace dos meses.

—¿De cuánto estamos hablando?

—De diez mil millones de pesos.

—¡Diez mil millones de pesos! ¡¿Es eso posible?! —Tomé aire—. ¿Cómo se procede?

—Bueno, nosotros pedimos un aval o también puede ser una tierra o alguna propiedad como garantía y se comienza a pagar más adelante. Hay meses de gracia... Y tal vez sería bueno que consideraras el seguro de desgravamen.

—¡Claro! Estos créditos están asociados a seguros. ¿Ya fue cobrado?

—Esa información no la manejamos nosotros. Me imagino que por tratarse de una muerte violenta, debe haber una investigación. Además, el beneficiario es la entidad que otorgó el crédito.

—Muchas gracias, compadre. Te dejo mi teléfono y espero que me llames si sabes algo. También mucha reserva. No le cuentes a Valdivieso...

—¡No! el que más se expone soy yo. Te estoy dando información confidencial y no eres policía. Esto me puede costar el puesto. Mira, estos enredos sucios me tienen aburrido, mucho más si Latorre está muerto por un asunto turbio.

Yo veía que Riquelme no sabía si continuar, tenía algo que agregar.

—Además yo conocí a tu madre hace como diez años...

No le contesté, solo lo miré, quizá suplicante para que hablara o para que no lo hiciera. Yo no sabía si quería escuchar lo que seguía, pero me habló de un accidente muy grave que lo mantuvo en el hospital casi un año. Mi vieja lo había cuidado, le daba ánimos. Ella se convirtió en uno de los pilares de su recuperación. Ella también le hablaba de mí, de mis estudios, de las visitas a Talca. Daba la impresión de que Riquelme me conocía. Me comentó que en sus largas horas de hospital, esperaba el turno de Violeta, esperaba sus historias, su compañía. Cuando lo dieron de alta, sólo pudo menguar su deuda, su gran deuda, en una navidad, con un CD de boleros interpretados por Carmen Prieto. Luego vino su enfermedad y el desenlace. Me comentó que fue a su funeral, donde me vio; y que lo que hacía ahora, a pesar del riesgo que estaba tomando, era por esa gratitud infinita que no quería olvidar.

Riquelme nos vio a Nicole y a mí en *El Peucas* y luego ella se apareció un día con un manojito de preguntas acerca de Latorre. Unió cabos y le dijo que quería verme.

No recuerdo qué le contesté, creo que le agradecí, sintiendo que el peso de su deuda se trasladaba a mi espalda y se convertía en culpa. Quizá ella me había comentado algo de Riquelme, pero yo lo había olvidado, olvidaba todas sus historias, todos los capítulos de su vida, como si ella existiera sólo cuando yo la visitaba.

Llegué a la pensión mareado de revelaciones. Tuve que dormir una gran siesta para despejarme.

IV

Me llamó Nico como a las 8. Me pedía otra ronda de conversaciones. La imagen de Riquelme ya se estaba evaporando, pero ese peso tan conocido se convirtió en un dolor de espalda insoportable.

Era preferible pensar en Nicole, en sus motivaciones de convertirse en mi ayudante incondicional. Me hacía bien reemplazar el misterio de Violeta y mi apatía infantil por la superficialidad inocente de mi amiga. Al mismo tiempo, yo quería pensar y decir las cosas tantas veces como fuera necesario para borrar a Riquelme definitivamente y sacar algo en limpio de este asesinato. Nico era inteligente, que la vida la hubiera llevado a su enajenación burguesa no significaba que no pudiera ser útil. Además, se convertía en mi ayudante y tenía que confiar en su perspicacia innata. Debía creer alguna vez en esa estupidez alienante de la *intuición femenina*.

Me esmeré con la poca ropa limpia que me quedaba y nos encontramos en el *Glamour*. El pequeño pub estaba saturado al máximo de su capacidad y se escuchaba a Madona, Cindy Lauper, A-ha. Al parecer los 80 estaban de vuelta. Los comensales hablaban muy bajo, como avergonzándose de lo que decían. Yo tenía la impresión que entre los miembros selectos del *Glamour* había un cruce de miradas incómodas, como cuestionándose por qué habían elegido este lugar.

Según Nicole, Magda estaba destruida, confundida. Era una verdadera viuda que no había podido gozar del estatus de mujer casada.

—Con todo lo que ha pasado no dimensioné la situación, Nico. Es como si una parte mía no captara que José Latorre está muerto. Paradójicamente, también me da la impresión de que yo sabía que él estaba en el patio de los callados. Por lo menos la Magda va a cerrar el capítulo sin pensar que Latorre se había ido con otra mina.

—Me carga cuando ustedes se refieren a las mujeres como minas, es como si fuéramos una mercancía, no sé, me incomoda mucho esa palabra. —Me hablaba como si estuviera enojada, pero su mirada era

serena. Me dio la impresión que ese comentario se lo había copiado a alguien, que quizá le había gustado y lo estaba reproduciendo sin la intensidad de su referente.

—Pero si ustedes dicen minos cuando se refieren a los minos.

—No, yo trato de evitar esa palabra. ¿Cómo te fue con Riquelme?

Ella miraba a los otros clientes del lugar algo preocupada. Quizá no se imaginó nunca que esta noche tuviera tanto éxito el *Glamour* y que corriera el riesgo de encontrarse con algún conocido que le contara a Magda que estaba conmigo o le fuera con el cahuín a su ex marido.

—No sé si te puedo contar todo, mal que mal creo que por el momento hay algunos asuntos de los que nadie se puede enterar.

—Cuenta conmigo, Guatón. Yo también dudo de la discreción de mi amiga. Además, yo te contacté con Riquelme. Te ofrecí mi ayuda porque puedo ahora y también quiero.

Le conté a Nicole la conversación con Riquelme, haciendo hincapié en el tremendo crédito, el seguro de desgravamen y el escaso valor de las tierras. ¿Para qué tanta plata si las viñas no se podrían dar en esas tierras mediocres?

—Sí, es raro, pero el tío Feña no es un asesino, Infante tampoco. Me parece extrañísimo todo esto. ¿No será que don Manuel los estafó?

—No te parece que el caballero dijo clara y enfáticamente que las tierras no tenían ningún valor? ¿Cómo tan idiota para no encubrir la estafa? Además, ¿quién sería tan pelotudo para atreverse a estafar al Feña y sus amigos?

—No sé, Guatón. Por el momento pensemos en que mañana tenemos que tratar de sacar algún rollo. Yo creo que te puedo ayudar, así como que no quiere la cosa. Acuérdate que nadie tiene que enterarse de que somos amigos (aunque ya nos han visto) y como para nuestros amigos las mujeres no entendemos nada y sólo nos interesa el bienestar de nuestra familia y nuestro clóset, es fácil sacar inocentemente alguna información al amigo que bajó la guardia.

—Sabes que yo no pienso así. Tus amigos son unos tipos machistas, ignorantes y tú aceptas eso.

—No te imaginas el provecho que nosotras sacamos de nuestra

terrible imperfección. Es súper cómodo. Sacamos mentiras por verdades, nos aprovechamos... no te creas, nuestra ignorancia y tontera ayuda en algunos casos. Eso sí que hay que tragarse el orgullo, porque todo es por debajo.

—¿No encuentras un poco injusto lo que me dices?

—Pero es que aquí así son las cosas. ¿Crees que podemos cambiarlas? Ni siquiera tenemos derecho a pataleo, porque eso nos convierte en mujeres neuróticas y frías; o regludas y menopáusicas. Yo me contento con reírme calladita de las estupideces de los hombres, de sus juegos infantiles y su complejo de superioridad. Pero contigo no me pasa eso. Tengo la impresión de que tú eres como nosotras. Debe ser porque te educaste con tu mamá.

—¿Qué estás tratando de decir? ¿No soy un hombre para ti?

—No, para nada. Sólo que no siento esa competencia. No tengo esa sensación de que soy de una especie inferior. Creo que tu prejuicio hacia mí se refiere más a mi ambiente, a mi mundo y no a mí como mujer. Pienso que tienes tus rollos, pero no eres un huevón machista.

—Chuta, ¿gracias?

—Bueno, te digo lo que pienso, colega. Creo que tienes un resentimiento, pero también creo que es un rencor parecido al mío. No sé si son las mismas causas, pero eso me hace sentirme más cerca de ti.

—Yo creo, Nico, que la causa es la misma, porque los dos nos referimos a esa superioridad arbitraria. Los dos peleamos, a nuestra manera y desde diferentes frentes, contra los huevones que se sienten magníficos porque hay todo un aparataje detrás como la iglesia, el colegio, la familia que les dice lo que es correcto, bueno, superior y aceptable.

Nuevamente me escuchaba sin saber si quería decir todo esto. Estaba aburrido de transmitirle a Nicole ciertas obviedades como si hablara de la fórmula secreta de la Coca Cola.

—No estoy de acuerdo con lo que dices de la iglesia y la familia, pero es verdad que estamos en desventaja. Otro día discutimos eso último.

Me dejó en la pensión y me acosté nuevamente con una sensación incómoda. No me acordaba cómo estaba vestida Nicole. Por otro

lado, tampoco sabía si había avanzado en algo o si se consolidaba una distancia entre nosotros. Me preguntaba qué era lo preferible.

Al parecer, la larguísima siesta de la tarde quemó todas mis chances de dormir y me produjo un temible insomnio. Quizás la creciente indiferencia que yo sentía por Nicole me estaba perturbando como un nuevo fracaso de lo inconcluso; mi desinterés estaba embotando mis defensas hacia Luz. También me atacaba Riquelme, su recuerdo de Violeta, sus verdades. Arremetía ese crédito confuso y millonario para trabajar unas tierras mediocres, con un seguro de desgravamen que saldaría toda deuda. Extrañé a don Ernest y a Bernardita. Quizá ellos podrían decirme qué pasaba con el seguro en caso de un asesinato. Quizá ellos me dirían si hay detectives privados o si las compañías obedecen a la investigación dirigida por el fiscal, ese pelao fofo que no me dio ni una pizca de confianza y Luz que me dejó ir, que me olvidó después que Pato la llamara.

V

Para no abusar de la amistad no quise molestar a Nicole y me fui solo a San Javier. Una vez en la plaza llamé a don Manuel para ver si podíamos reunirnos en lo de *la Adela*, que lo invitaría a almorzar. Se hizo un poco de rogar, consultó a su señora y después aceptó.

Hice hora dando vueltas alrededor de la plaza, recorriendo las calles aledañas y, luego, con *El ojo del alma* de Díaz Eterovic, me senté en una banca donde llegaban tímidamente algunos rayos de sol que se filtraban por un árbol frondoso y centenario. En mi espera llegó un tipo que, al parecer, yo conocía, no sé de dónde, quizá estuvo en el colegio, tal vez lo vi en el video. Su cara me decía algo, su barba, sus ojos amistosos.

—Hola, compadre —me dijo naturalmente.

—Trato de acordarme dónde nos hemos visto, pero es imposible.

—Yo no te conozco, pero como me mirabas, pensé que querías hacerme alguna pregunta. Tú no eres de acá.

—Viví en Talca hasta que me fui a estudiar a Santiago.

—Yo vivo en Santiago. Me llamo Eugenio y estoy en mi tierra natal porque... —me mostró su guitarra— voy a interpretar La marcha irlandesa, Sonata BWV 1003 de Juan Sebastián Bach, Cinco Preludios de Heitor Villalobos y Sevilla de Isaac Albéniz, en el Centro Cultural Mario Oltra Blanco, hoy a las siete. Me invitó la Municipalidad de San Javier. Si quieres, la entrada es gratuita.

—Voy a tratar. Gracias.

—Adiós, compadre y ojalá puedas venir —me dijo familiarmente.

Cuando se fue pensé que daba gusto encontrarse con personas amables. En fin, no todos eran pelotudos por estas tierras y don Manuel también se escapaba de la regla. Mi mamá, sus amigos, don Ruperto, la gratitud de Riquelme y mis profesores del colegio tampoco eran como los especímenes que estaba reconociendo después de años de distancia.

Don Manuel llegó y sin preámbulos pedimos el vino de la casa y lentejas. La señora Adela me preguntó si había cambiado mi amiga

por ese viejo hediondo.

—Pero Adelita, que pesada está, si yo soy su cliente preferido. Si hasta mi señora está celosa de usted y de su manito de ángel...

—Si yo fuera la Rosita, también estaría celosa de lo que se moviera, compadrito. Disfruten las lentejas y cualquier cosa me dicen...

—Gracias, Adelita...

Comencé la entrevista preguntándole qué tipo de personas había visitado esas tierras. Me comentó que en un comienzo los compradores, un tal Echeverría y un Infante insistieron mucho en comprarlas, porque no estaba dentro de sus intenciones la venta. Además, como carecían de valor comercial, no entendía mucho el asunto. Después de hacer el negocio, que le sirvió para cambiar su camioneta, supo que esos dos hombres habían comprado otras tierras de escaso valor y que habían logrado acumular un buen número de hectáreas. Don Manuel se enteró, a través de su compadre, que ellos sólo buscaban tierras mediocres.

—¿Por qué querrían tierras malas para viñas?

—Esa pregunta se la tiene que hacer usted, Miguelito. —Don Manuel saboreaba las lentejas lanzando suspiros de aprobación dirigidos a doña Adela que lo miraba con una sonrisa a medias, como diciéndole que no se pasara, que eran lentejas solamente.

Me comentó que había visto en el diario la noticia del finadito. Su señora le había dicho que no se reuniera conmigo, que debió haber preguntado a sus vecinos antes de vender, que debió haber sido tan precavido como su compadre y que prefería la antigua camioneta.

—Pero, ¿conoció a Latorre?

—Sí y me hizo las mismas preguntas que usted.

—¿Cuándo?

—Vino un par de días antes de su matrimonio. Lo trajo la el bus de recorrido Talca-San Javier, igual que usted. Visitó las tierras y después de preguntar a mis vecinos, se dejó caer por mi casa. Tocó la puerta, pero los perros no ladraron. Aunque ellos son re buenos guardianes, le movieron la cola al finao. La Rosita le agarró buena al tiro, porque según ella, los perros sienten la bondad y la maldad en la gente.

—Chuta, nosotros no fuimos bien recibidos por ellos.

—No, Miguelito, ellos se tiran a morder a la gente mala de corazón. Ustedes o su amiga estaban nerviosos, además están cargados por la desgracia de su amigo.

—Me decía que José lo fue a ver...

—Sí, y la Rosita le dio cazuela, sandía y mote con huesillo, lo llenó al pobre. Después le dije lo mismo que a usted: que las tierras no servían para plantar viñas, que eran de poco valor. Solo Dios sabe cuántas veces tuve que repetirle lo de la mala calidad de las tierras. Me dijo que tenía un crédito a su nombre y que todo eso era para plantar viñas, comenzar un negocio, una gran sociedad. De repente se quedó blanco como la nieve.

Don Manuel se dio el tiempo de pedir más vino para los dos y con una mirada hacia adentro, como si conversara consigo mismo prosiguió.

—Poco tiempo después nos enteramos de la noticia de su desaparición y desde ese día estoy esperando que vengan los paquitos para ver si puedo ayudar en algo. Cuando supimos que falleció, la Rosita lo lloró un día. Me decía que había muerto un hombre triste, muy triste para ser tan cabrito.

—¿Ha venido más gente a preguntar por las tierras?

—Desde que nos visitó José, no ha venido nadie, ni siquiera la policía. Antes de irse me pidió que no comentara su visita. Eso me tenía complicado cuando se borró del mapa. Pero no tuve que poner a prueba la palabra que le había dado porque, aparte de usted, no ha venido nadie. Ahora le cuento lo que sé porque usted es su amigo.

—Le voy a rogar que también sea discreto con mi visita, pero si me pasa algo, cante no más.

—Cúidese, Miguelito, que parece que esta cosa es complicada. Cuente conmigo para lo que sea.

Don Manuel apuró su segundo vino y después de despedirnos de doña Adela, salimos juntos de la picada.

VI

Las tierras de escaso valor, el crédito millonario, la decepción de Latorre y su rechazo a las tierras. También el seguro de desgravamen era una arista importante. Pero me faltaba ver el grado de responsabilidad de Infante y del viejo Echeverría. Llamé a Nicole y le dije que estaba cerca de la verdad.

Llegó a los 10 minutos y nos quedamos en el comedor de la pensión. La señora Uberlinda estaba preparando la once y era más sorda que una tapia. No había nadie más, así que podíamos hablar sin temor a ser escuchados.

—Esto puede ser una gran estafa y Latorre se enteró de todo. O un asesinato premeditado. Tu amigo Riquelme me ayudó mucho.

—No es mi amigo, es un conocido...

—Y él me habló de un crédito de diez mil millones de pesos. ¿Te das cuenta? ¿Para qué querían esa plata? ¿Para trabajar unas tierras malísimas? ¿Para plantar unas viñas que nunca crecerían? ¿No se supone que el Feña conoce el campo y que sabe apreciar la calidad de las tierras? Yo creo que ahí está el fraude, aunque no sabemos en qué se irían a gastar la plata. ¿Cuál era la verdadera inversión y por qué mataron a Latorre? ¿Por el seguro? Además tengo la impresión de que faltan hartas piezas para entender el asunto, todavía no entiendo el papel que jugaron estas tierras, ¿Para qué? ¿Para qué las compraron?

—Me cuesta pensar que el tío Feña y que el Mati Infante estén en esto, guatón, es muy fuerte.

Ella negaba con su cabeza, como si no creyera lo que estaba escuchando ni diciendo.

—No creo que sean unos estafadores ni tampoco unos asesinos. Tus acusaciones son muy graves. Me asustas, Guatón. Me asusta la verdad que se puede destapar... las cosas nunca van a ser como antes. Ya cambiaron con la muerte de José Ignacio, con la Magda no somos las mismas amigas, ya veo diferente al tío Feña desde el matrimonio. Me dan ganas de irme de aquí.

—Quizá sería bueno hablar con Sepúlveda. ¿Crees que está coludido con estos tipos?

—Yo creo que es correcto, acuérdate cómo trata al Mati Infante. Él va a misa y comulga todos los días y va seguido a ver al padre Juan. No creo que su conciencia pueda aguantar una estafa o un muerto.

—Eso de que comulgue, para mí no es ningún indicio, pero su antipatía hacia Infante y Latorre es tan elocuente, que tendría que ser excelente actor y además tendría que ejecutar un plan muy extraño e incomprensible. Le voy a decir que nos juntemos mañana a la hora de almuerzo, en *El Peucas*. No creo que tus amigos vayan a ese lugar. Ellos se lo pierden.

Sepúlveda estaba bastante confundido por la llamada. No le dije el verdadero motivo de nuestra reunión, sólo que con Nicole queríamos hablarle de Magda. Sonó bastante infantil y ocioso, pero no quedaba otra opción. Nicole se fue y prometió aparecer a la hora de nuestra reunión con Sepúlveda.

VII

En el restaurant prácticamente vacío releí los apuntes y me preparé para recibir a mis nuevos amigos. A los pocos minutos llegó Sepúlveda, diciendo que agradecía nuestro interés por su corazón, pero que tenía una reunión en una hora más, así que me pidió que fuera breve. Comencé hablándole de la desaparición y muerte de Latorre; luego, las tierras, su escaso valor y el monto exagerado del crédito; después la reacción de Latorre frente a esa información y su posterior desaparición. Mencioné el seguro de desgravamen. Me referí también a la pregunta que antes del matrimonio le hizo a Pato, “si hacía siempre lo correcto”; mencioné la discusión que tuvo con Magda durante el matrimonio y que ella no sabía que estaba investigando porque me había despedido. Mientras hablaba, Sepúlveda iba cambiando de color, de actitud. Llegó seguro de sí mismo al *Peucas*, pero cuando terminé mi versión de los hechos, estaba muy serio, pensativo, hasta que después de cinco minutos en los que ambos estuvimos callados, se aventuró a acusar recibo de esta avalancha de información.

—Mira, Cancino, siento que ya conocía esta mierda aunque me cuesta absorber todo esto. Creo que todavía estás en el plano de las hipótesis. Pero se sabe que el tío Feña no es de trigos muy limpios, se sabe que está en negocios, sociedades extrañas, que sus prácticas no son muy éticas. Por algo ha mantenido y aumentado su fortuna, pero hablar del asesinato de su propio yerno me parece un poco extremo.

—Pero es como sumar dos más dos. Las tierras de escaso valor, la muerte misteriosa de Latorre...

—Sí sí sí, no me repitas la historia que ya entendí todo. Ahora, ¿por qué me cuentas esto a mí, qué quieres que haga?

—Me gustaría que tuviéramos una pequeña reunión con Infante. Yo no tengo buen manejo de mis manos y tú como le tienes bronca, quizá te gustaría desquitarte un poco y de pasada aprovechamos que nos cuente su versión de la historia.

—¿Tengo cara de matón mafioso, huevón?

Al parecer mi petición lo hizo volver en sí, en el tipo reactivo, pedante que no pensaba antes de hablar. Al mismo tiempo, el hecho de que Nicole no llegara y no avisara me estaba preocupando. Además, no era muy gratificante pedir puños prestados. Iba sumando y sumando incomodidades.

—No se trata de eso, sino de que me ayudes. Como Infante es medio cobarde quizá, con un poco de presión psicológica, tú le sacas la información que queremos. Él, más que respeto, te tiene miedo y quizá con un par de recriminaciones y copete suelta la información.

—Mira, ahora me voy, lo pienso y te contesto en la tarde. Chao, Cancino.

Nicole no llegó a la reunión. Empecé a sospechar una doble militancia o que le fuera con el cuento a su amiga, pero me llamó con una voz de ultratumba para decirme que su hijo mayor había tenido un accidente en el colegio, una fractura de muñeca y que estaba en la urgencia de una clínica.

Al rato de habernos despedido con Sepúlveda, él me envió un mensaje de texto diciendo que me ayudaría. Iba a llamar a Infante para que se juntaran en su casa y yo, una vez que Infante estuviera medio borracho y sentimental, haría mi aparición.

VIII

La alta sociedad talquina ya casi no vive en la ciudad, sino que cerca de la Universidad Católica del Maule. Las casas y los departamentos se distribuyen en calles simétricas, con árboles de prominente futuro y con terrenos que oscilan entre media y una hectárea, lo que promete lujosas piscinas, privacidad y paradójicamente oportunas visitas de amigos del alma, de amigos de miles de historias en común. Todos dejaron Talca para ser vecinos. Así se estrecharían los lazos entre los hijos, los sobrinos, los nietos, los bisnietos y, de ese modo, *la gente bien* de Talca no se vería amenazada por la novedad emergente.

Resumiendo, el “Mati”, los papás de Magda, Sepúlveda, Nicole, Valdivieso, Paz y María Ignacia, eran vecinos.

Recibí el mensaje de Sepúlveda como a las 11 de la noche. El taxista que me condujo a las afueras de Talca era colocolino y mientras hablábamos de la trágica historia de David Arellano preparé la grabadora de mi celular que alcanzó a inmortalizar, en las pruebas de sonido, nuestras alabanzas al mártir albo. Al llegar, me encontré con Infante borracho y con Sepúlveda como siempre, sobrio.

—Cancino, ¿tú por acá? —Dijo Infante mientras me daba la mano.

—Nos encontramos en Talca y le dije que viniera si se hacía el ánimo.

Infante no estaba convencido por la explicación de Sepúlveda. Sonaba bastante inverosímil que su ex amigo lo invitara a tomarse un aperitivo y que yo también compartiera de una manera espontánea esta reunión de compadres. Continuaron hablando de empresas, negocios y acciones. La conversación musicalizada por Phil Collins, los hacía unos viejos panzones, congestionados y bastante suficientes con sus vidas.

No conocía la casa de Sepúlveda y aunque estaba un poco recargada con muebles de buen gusto, grandes lámparas colgantes y un color damasco en las paredes, no saturaba la vista. Quizá con el tiempo lograría ocupar cada espacio con objetos de colección y así llegaría al ideal de la casa de un burgués de mundo.

—Hablando de negocios, Matías, ¿cuál es el asunto que tiene contigo el Feña? —comenzó Sepúlveda, ya aburrido del cinismo que había permitido mantener a Infante en su casa.

—Compramos a medias unas tierras para plantar unas viñas, huevón. Este negocio promete.

—¿Qué pasó con el negocio después de la muerte de Latorre?

—Es todo una sociedad, finalmente lo de Latorre es de la Magda, el Feña, yo..., pero si quieres hacer negocios con nosotros, te vas a tener que casar con la Magdita.

—Muy chistoso, huevón —dijo Sepúlveda—. Fíjate que con Cancino pensamos que ustedes están involucrados en algo muy, muy feo, que compraron unas tierras baratas con un crédito millonario y las dieron como garantía para quedarse con los millones.

Esa fue la venganza de Sepúlveda, soltar todo de una vez. Su sonrisa mostraba unos dientes que no había tenido la oportunidad de observar. Yo todavía no había hecho la relación entre el crédito y las tierras en garantía, ¡qué idiota! Era eso lo que faltaba para entender la estafa. Muy a pesar mío, Sepúlveda me estaba sorprendiendo para bien.

—O mataban a Latorre para no pagar el crédito —dije sabiendo que mi hipótesis se sostenía con menor fuerza que la de Sepúlveda.

—No, Cancino, no creo que el Feña mate por plata. No es tan picante, huevón. Sí me creo lo de la estafa. ¿Me equivoco, huevón?

—¿De dónde sacaron eso? —preguntó Infante, perdiendo el aplomo de inversionista emprendedor. Se sirvió otro whisky, pero sin hielo.

—Sólo sumamos dos más dos. La media estafa, huevón. Mañana a primera hora vamos a ir a los pacos a dar esta información. Quizá ellos relacionen todo esto con el homicidio y les queda la cagada, huevón.

Sepúlveda no le dio tiempo al borracho de Infante para prepararse. En ese momento yo parecía su aprendiz.

—¿Por qué relacionas a Latorre con tu acusación acerca de las tierras, huevón?

—Porque Latorre le comentó a la Magdita que ya no quería las tierras por su escaso valor. ¿Te das cuenta lo que significa no recibir

un regalo del Feña? ¿Echar todo el proyecto por la borda, todo lo que tenían pensado: trabajar las tierras, plantar viñas, el futuro de la Magda, no te parece grave, huevón? —Sepúlveda se tomó un gran sorbo de Whisky, dándose todo el tiempo de un verdugo—. Súmale que esas tierras no estaban muy limpias, encubrían una estafa al fisco. No hay que ser muy inteligente para darse cuenta que estás metido en un lío tremendo.

—¿Por qué me dices esto delante de este huevón? —Me pareció percibir que un párpado se escapaba del control de su dueño.

—Porque él llegó a esto investigando la desaparición de Latorre, ¿tú crees que yo tengo tiempo para estos cahuines?

—Estás equivocado, huevón.

—Entonces defiéndete, demuéstranos que estamos equivocados —prosiguió Sepúlveda.

—No puedo, estoy súper borracho, no puedo pensar. —Ya Infante no podía disimular su temblor generalizado. Parecía un animal acorralado, sudoroso, que no tenía ninguna posibilidad de salvación.

—El que calla otorga.

—¿Y no te caía mal el Latorre? ¿Por qué ahora estás interesado en su muerte si cuando salió de circulación eras el más contento?! —Infante gritaba.

—Eso no me hace asesino ni estafador. Te diré también que tú estás en el mismo lugar en la tabla de posiciones que él. Si él está fuera de juego, ahora vienes tú. Una sola llamada y listo, estás jodido.

—Pero ¿por qué me harías esto, para buscar justicia o quieres perjudicarme?

—Parece que la borrachera se está evaporando, —interrumpí yo.

Era el testigo de un ajuste de cuentas. Sepúlveda me miró, lo miró a él, sonrió, pero no dijo nada.

—¡Contéstame, huevón! —Infante miraba a Sepúlveda con menos respeto que de costumbre.

—Yo creo que por las dos cosas. Me gusta verte jodido, me gusta que el desleal, el felón se tropiece con su propia traición. Tantos años de amistad para que le fueras con el cuento a Latorre de que yo estaba enamorado de la Magdita.

—Y dale con lo mismo. Yo estaba borracho y lo sentí mucho, en

serio. —Interrumpió Infante.

— Cuando Cancino me contó todo —Sepúlveda hizo como si no lo escuchara—. Cuando Cancino me contó todo, no me quería ensuciar las manos con tu mierda ni con la del tío Feña, pero después pensé que no podría vivir tranquilo con la duda.

—¿Tú no hubieras aceptado la propuesta del tío Feña?

—Yo me las arreglo bastante bien solito. Lo más probable que la estafa fue un modo de aprovisionar la vida paupérrima que tendría su hijita con el malogrado de José Ignacio. Unió a dos fracasados, a ti y a Latorre, y les propuso el negocio, de donde él también sacaría una parte importante.

—No gano nada con confesarte o negarte algo, tú me dijiste que de todas formas mañana irías a los pacos. Yo quedo igual. Antes prefiero llamar a Valdivieso.

—Claro, Valdivieso es el abogado involucrado, es gerente del banco ¿no? Conoce la trama de los créditos y las deudas. Él también tuvo una porción del queque. Pero, ¿cómo se convirtieron en asesinatos? Pienso que el seguro tiene algo que ver. —Dije medianamente inspirado.

—Y dale con el seguro, huevón. Esto no es una historia policial barata de viudas jóvenes que asesinan al marido viejo y guatón para cobrar el seguro e irse con el mayordomo a una isla en El Caribe.

—Pero no es lo mismo.

—¡Para con eso, por ahí no va el asunto!

—Llamemos a Valdivieso para que venga a ayudar a su amigo.

—Sepúlveda se sentía dueño de la situación—. Apagado su celular, huevón. Vas a tener que solucionar esto solito, ¿un copete?

Sepúlveda le sirvió un vodka y se lo tiró a la cara. Algo teatral y exagerado el gesto, pero surtió efecto.

—Para que te refresque la memoria, huevón.

—No tengo miedo, pero, por favor, no nos delaten, si lo hacen van a correr la misma suerte que Latorre y es probable que yo también.

—¿Me está amenazando, huevón? Esto se pone interesante —dijo Sepúlveda, sirviéndose un vodka. El whisky de la primera parte de la velada ya se había acabado.

—No. Ustedes se imaginarán que nos ensuciamos las manos con

plata, con estafas, pero no con sangre, huevón. Tienen razón, una estafa no se puede hacer solo si es que quieres tener una mínima probabilidad de éxito. Hay muchas personas involucradas, personas que tienen cara y otras que están escondidas detrás de chapas, empresas o qué sé yo. Al otro día de la desaparición de Latorre, el tío Feña me dijo que teníamos que morir pollo. Lo vio como una advertencia, porque sus socios no estaban tan convencidos de ampliar su sociedad con un santiaguino desconocido. El Feña pensó que Latorre quería cambiar de estatus y de calidad de vida, nunca se imaginó que al enterarse de la estafa se arrepintiera del negocio y que lo amenazara con la justicia. El viejo le contó a sus amigos el problema que era Latorre y me dio a entender que lo iban a convencer de que se desistiera de la traición. Hasta eso sé. No fuimos nosotros, no fue el Feña, son las mafias que están por sobre nosotros y que también se dan el lujo de dominarlo a él.

Infante escupió toda la información como si se la hubiera aprendido de memoria. Su voz no tenía relación con sus gestos o su expresión, sin embargo, la historia parecía tan torcida como coherente.

Yo, mientras tanto, rellenaba mi segundo o tercer vodka. Cualquier omisión de mi memoria beoda se completaría con la grabación de esta velada.

—No te quites responsabilidad, huevón.

—No se dan cuenta de que si esto se destapa nos pueden matar a todos. A ti, Cancino te puede dar lo mismo, pero Sepúlveda, ¿te gustaría ver al papá de la Magda en la cárcel o muerto? ¡¿Dime, huevón, te gustaría?!

—Estimados, el saber obliga. Hay que denunciarlos, hay que aclarar el asesinato de Latorre —dije.

Yo estaba comenzando a sentir una seguridad extranjera. Veía que Sepúlveda estaba dudando y no quería perder la oportunidad de poner en jaque a algunos de los altos representantes de la corrupción de la selecta sociedad talquina.

—No tan rápido, guatón. Creo que hay que pensarlo más —dijo Sepúlveda, dándose cuenta de que ya se estaba traicionando y de que no tenía salida. Si denunciaba esta mafia, perjudicaba a su amiga; si

no decía nada, iba en contra de todos sus principios y se convertiría en encubridor.

—Ahora te repito la pregunta que te hizo Infante, ¿para qué todo esto, qué te motivó a ayudarme a hacerle una emboscada a Infante? — dije yo bastante agitado.

—Antes de tomar una decisión, quiero saber qué pasó ¿Está Valdivieso mezclado en el asesinato?

—Está muy involucrado en toda la estafa, pero en el tema del asesinato no sé qué tan implicado está. Con el tío Feña somos espectadores amenazados porque Latorre se hizo a un lado. Fue un aviso para que no se nos ocurriera hacer lo mismo. Los dos estábamos asustados, hablamos de esto miles de veces. Los días pasaron y ya se me estaba olvidando el asunto cuando apareció el cuerpo. Lo bueno de todo esto es que el fiscal, el pelao Tatán, es muy amigo de Valdivieso. Hasta creo que el Tatán sabe algo y está apurando la cosa para que cierre el caso. Valdivieso nos dio a entender ese juego con pistas, ideas confusas, contradicciones, pero lo poco que entendí es que no nos va a pasar nada porque tenemos la ley de nuestro lado. Además, ¿quién se atreve a tocar al Feña?

En ese momento recordé que Morales y don Manuel no habían sido interrogados. Por eso no era importante el pasado de Latorre. El fiscal, ese pelao corrupto, era quien dirigía la investigación a su antojo.

—Entonces, aunque se ensucien las manos con sangre y con dinero, ustedes están del lado de la ley, de la razón y del poder ¿no es mejor así?

—Ya te pusiste filósofo, huevón. Si hablan, el fiscal va a estar de nuestro lado y los va a acusar por calumnias, después los mafiosos los van a matar y luego los cortarán en pedacitos. La misma suerte vamos a correr nosotros. Si pudiera apelar a tu amistad y a tu amor por Magda y a ti Cancino, si te pudiera dar plata...

—No sé, es muy heavy lo que cuentas. Ándate y ninguna palabra a nadie de esta conversación. —Sepúlveda parecía más tranquilo al constatar que su suegro platónico no se había ensuciado las manos con sangre. Sin embargo, se veía cansado, estaba cargando un lastre de muchas toneladas y no se había preparado para eso.

—Yo siempre he tenido mala suerte con los negocios. No me caguen. Ahora voy a tener algo, nos vamos al sur, vamos a empezar una nueva vida con mi familia, con más futuro —Infante se estaba levantado con dificultad. Al parecer no quería dar por terminada la velada.

—¿Cómo es eso, huevón?

—Las tierras de San Javier no valen nada. Compramos un fundo cerca de Angol, en sociedad con el tío Feña y Valdivieso. Yo voy a vivir allá y nos vamos a repartir las ganancias de las viñas. Latorre supo de este cambio de planes cuando se enteró del escaso valor de las tierras de San Javier. El tío Feña tenía destinada la vida de Latorre y Magda en el Sur, íbamos a ser vecinos, lejos de Talca. Latorre no sabía nada.

—Y los mafiosos ¿dónde entran en el negocio? —Intervine.

—No sé quiénes son, se entendían con el Feña y con Valdivieso. Ellos sacaron su buena tajada del crédito, no tienen nada que ver con las tierras del sur.

—¿Cómo lo hicieron? ¿Cómo es posible que hayan podido dormir a Magda y llevarse a Latorre? —Pregunté.

—Yo les ofrecí una botella de champagne que me pasó Valdivieso, aunque yo sabía que Latorre había decidido no tomar más. Estaba abierta. Es probable que el narcótico estuviera diluido en el copete. Cuando descubrieron el auto al otro día tenía una rueda pinchada. Quizá hicieron ese trabajito durante el matrimonio. Con el tío Feña pensamos que Latorre trató de cambiar la rueda y en ese momento se lo llevaron, mientras Magda dormía plácidamente. Cuando se fueron los novios, quedamos los mismos de siempre. Cerramos el boliche y no los vimos porque íbamos semi conscientes a nuestros respectivos hogares.

—¿Y qué pasó con Latorre, adónde se lo llevaron?

—Supe que se lo llevaron a una parcela camino a San Clemente, pero no sé nada más, no me quise entrometer.

Infante se estaba acercando a la puerta y yo con Sepúlveda nos quedamos petrificados. Sabíamos y no sabíamos, pero, por lo menos entendimos cómo habían hecho estos delincuentes para sacar de circulación a un obstáculo, un escollo que no valía nada, se lo habían

llevado a una parcela de San Clemente y lo habían tirado al Piduco.

—Acá tienes tu mundo, Sepúlveda, el de los escogidos, el de los ganadores, el de los que no tienen nada que envidiar. Acá está tu superioridad. Ustedes controlan su mundo con muertes, estafas, corrupción. Éste es tu universo, huevón.

Nuevamente tenía la impresión de que decía un discurso repetido. Ni en el momento de una pequeña victoria yo era capaz de articular palabras consistentes que coronaran el espejo que estaba construyendo para que estos giles se miraran por primera vez.

—No todos somos así, guatón, también hay gente decente, con principios.

—Sí, pero hay que tener cojones para no dejarse corromper con tanta ambición, ¿no crees?

—No todos somos así —dijo doblegado por el peso de sus asados, ilusiones y construcciones desechas.

Terminó nuestro diálogo. Infante se fue a su casa con la promesa de Sepúlveda y mía que no haríamos nada sin prevenirle. Con Sepúlveda nos veíamos en una encrucijada.

A mí me daba miedo denunciar toda esta mierda. Me sentía desamparado. Alguien va a mi casa de Santiago y listo, nadie se entera de nada hasta que después de semanas salga ese olor indeleble y entre la policía. Sepúlveda, por otro lado, no quería perjudicar a Magda y también tenía miedo. Estábamos en una bifurcación sin saber qué camino tomar o más bien sí lo sabíamos. Yo era detective de Magda, entonces aunque me hubiera dado de baja, tenía que saber la verdad y la escucharía directamente de la grabación de esta velada. Era la única prueba que avalaba la culpabilidad de su clan. Sólo me faltaba convencerla para que accediera a juntarse conmigo. Sepúlveda estaba de acuerdo de que ella se enterara. De alguna manera al compartir este peso se hacía más liviano. Ella decidiría si hace la denuncia por la muerte de su José Ignacio, sólo ella cargaría con la muerte de su marido, no nosotros. Ella tendría que elegir entre su supuesto amor y la admiración hacia su padre corrupto; entre la lealtad a su marido asesinado y un crimen impune.

Le pedí a Sepúlveda el número de celular del Feña Echeverría y una vez en la calle, azuzado por el vodka y mi victoria parcial,

lo llamé. Contestó inmediatamente y, al parecer, también estaba borracho. Le dije que tenía que tratar con él un tema urgente. Le hablé de mi investigación y de mi velada con Infante y Sepúlveda.

Me pasó a buscar a los 10 minutos después de nuestra conversación. Manejó hasta el cerro de Talca, pasamos por una Alameda desierta: ningún auto, nadie en las calles. Nos desplazamos por una ciudad muerta, ausente, acompañada por nuestro silencio claustrofóbico.

Se estacionó en un mirador del Cerro que yo no conocía. Esta vez sí sentí que mi miedo era fundado. Podría haber llamado a sus amigotes antes de nuestro encuentro y yo tenía grandes posibilidades de correr la misma suerte que Latorre. No había nadie, ningún auto estacionado. Fue inevitable recordar al psicópata del Cerro de los años 80 que atacaba a las parejas que buscaban algo de privacidad y luego, bajo la intimidación de una navaja, violaba a las mujeres. Durante la dictadura, los noticieros nos saturaban de psicópatas, violadores y enemigos de la patria. De esa forma se encubrían las atrocidades del Estado, que tenían mucho más atemorizados a los ciudadanos conscientes. En ese momento yo no temía por una violación ni un asalto, sino que emergía un terror antiguo, legado por algunos adultos de esa época, heredado de mi vieja que durante esos años lloraba con impotencia y miedo por sus amigos.

—Hijo, tú no te imaginas cómo me siento con todo esto. A mi edad es muy duro cargar con la muerte de un chiquillo joven.

En ese momento comencé a grabar la segunda confesión de la noche.

—Pero ¿usted lo mató, tío?

—No, Miguel. Pero sí me siento muy responsable. No es lo mismo querer hacer un buen negocio que ser testigo de la muerte de mi yerno. Aparte, la Magdita ha sufrido mucho y mi mujer también. Esto nos ha destruido como familia.

—Me imagino. —Creo que en ese momento sentí lástima por él— pero usted conoce los tipos con los que se involucró... ¿No me puede dar algunos nombres?

—Ni muerto, hijo. Son muy peligrosos, hay que dejar las cosas como están. Nunca pensé que todo iba a terminar de este modo. No son amigos míos, pero los conozco desde hace mucho tiempo.

Yo había tenido una excelente relación con ellos, como la de los prestamistas con los deudores que pagan dentro de sus plazos. Pero después, cuando empezaron los problemas, vi de lo que eran capaces. Todos los días me pregunto qué habría sido de mí si ellos le hubieran hecho daño a mi Magdita.

—¿Corría peligro ella también?

—Claro, hijo. Estos tipos estaban indignados conmigo, por haber confiado en un chiquillo desconocido.

—¿Qué le hicieron?

—Lo llevaron a una parcela cerca de San Clemente y le dispararon. No sé cómo llegó al Piduco.

—¿Estaba narcotizado como su hija?

—No, él no quiso tomar de esa botella que le dio Infante. Sólo la Magdita lo hizo. No dejó de pensar que eso la salvó. Estos tipos son capaces de hacer las atrocidades más tremendas que te puedas imaginar— Su voz temblaba, como si reviviera el miedo que había sentido por las amenazas de sus socios.

—¿Usted sabía que Infante le había dado la botella?

—Sí, me comentó que se la había entregado Valdivieso. No estábamos al tanto del plan. Yo sólo sabía que Latorre y probablemente nosotros corríamos peligro, pero pensé que le darían tiempo a José Ignacio para que recapacitara y ahora sabemos que me equivoqué. Parece que Valdivieso no tiene escrúpulos. Creo que es del mismo clan.

En ese momento agradecí que Valdivieso tuviera su celular apagado. Si hubiéramos hablado con él, otro gallo hubiera cantado.

—¿Ustedes ya no están en la mira de esos mafiosos?

—Me aseguraron que con nuestro silencio y con un porcentaje mayor del que habíamos acordado cuando hicimos el negocio, nos dejarían tranquilos.

—¿Y el fiscal forma parte del grupo?

—No quiero saber más, chiquillo, pero no creo. Ya aprendí la lección y no le voy a comentar a esta gente nuestra conversación. Ahora no me importa si esto sale a la luz, no me importa nada. Sé que estos tipos son muy poderosos y van a taparlo todo. Sólo te puedo aconsejar que no hables, tú no puedes en contra de ellos, hijo.

—¡Pero Magda tiene que saber esto!

Al parecer su borrachera había dado paso a una resignación o abandono, sus ojos brillaban, él sólo miraba un punto fijo, como si le hablara a un fantasma o a algo invisible delante de él.

—¡Haz lo que quieras! Yo pensaba hacerlo más adelante.

Me dejó en la pensión y esa noche casi no pude dormir. Me había impresionado la confianza con la que me trató el suegro del año, como si al aclararme la verdad, él se acercara a un perdón ilusorio y momentáneo. Pensé en lo difícil que era para él pasar de una gran estafa a un asesinato que también podría haber involucrado a su hija. El hacendado arrogante se tomó un descanso, esta noche se había convertido en un anciano que pedía misericordia.

Sentía lástima por el viejo. Su abandono no me permitía ser objetivo. Era preferible tomar las decisiones con la mente fría de la mañana, aunque no pudiera dormir. Lo único que tenía claro era que Magdita compartiría esta desgracia familiar, tenía que enterarse de la suerte que había corrido su marido y de las causas que habían precipitado su desaparición y muerte.

IX

Me desperté con una sensación recurrente: ese optimismo que se asomaba cada vez que me acercaba a lo que realmente sucedió se estaba desvaneciendo por mi vacilación de ayer. No podía creer que hubiera sentido un poco de lástima por el Feña Echeverría; estaba avergonzado de mi indulgencia. Finalmente, la muerte apresurada de una persona pasa a ser un costo bastante común si se trata de ganar millonadas de una manera deshonesta. Ahora me sentía idiota por mis sentimientos de compasión.

Esta vez decidí arriesgarme y concluir el asunto. Fui a un café Internet y envié a Bernardita y a don Ernesto las grabaciones de Infante y el Feña. Les conté todo lo que sabía. Les advertí, en un tono bastante heroico, que si me pasaba algo, que si yo no aparecía o si mi cuerpo emergía de las profundidades de un río, del mar o de la tierra, tuvieran toda la libertad de contactar a la policía de Santiago. Cuando les escribía, me imaginaba lo que ellos irían pensando a medida de que leyeran mi correo; me preguntaba, como si ellos lo hicieran, por qué no iba a la policía yo mismo, con mis pruebas, mi grabación, con los testimonios de don Manuel, el desgano de Echeverría, es decir, por qué no iba ahora mientras el caso todavía era importante para la opinión pública. Me imaginé el gran notición que tendrían las portadas de los matutinos maulinos y con suerte nacionales (vale decir capitalinos) que dijeran: “Vuelco en el caso Latorre. Red de corrupción desenmascarada. En evidencia pirulos de Talca” y en la bajada “Otra víctima más: Miguel Cancino, detective privado, que por su sacrificio en pos de la verdad, muere asesinado a los 30 años”. Pero, en ese caso, a quién le importaría, y ¿quién sería ese tal Latorre? ¡¡Ah!! Quizá el joven que murió ahogado en un río, el que dejó a una viuda y a algunos amigos... ¿y ese muerto de hambre del Cancino?, podría haber ido a la policía y hubiera sobrevivido... es decir, lo mejor sería cantar ahora, pero esa decisión tendría costos muy grandes.

Yo quería saber más, manosear la fuente directamente, enterarme por mis entrevistas. Además, si la investigación era dirigida por el Tatán,

todo iba a quedar en un punto muerto. Me daba vergüenza recordar que ayer pensaba en dejar la investigación hasta la conversación con el Feña Echeverría, que no iba a profundizar más, que podría haber vuelto tranquilamente a Santiago. Me incomodaba mucho pensar en que me bastó oír hablar de “mafias” o “gente sin rostro”, como si eso me dijera algo. Iba a dejar, como siempre, mis asuntos sin terminar, nuevamente ese estar a medias iba a ganar la partida.

Tenía la posibilidad de tener a estos caraduras en mis manos; podría obligar a estos corruptos de ilusoria sangre azul a ser enfrentados a los mecanismos que ellos mismos utilizaban para lograr sus objetivos. Podría mostrarles que más que sus apellidos, su cuna de oro, tradición y huevadas por el estilo, adquiridos por su rancio derecho de sucesión, lo que les otorgaba respeto y poder era su corrupción. Su bazofia se camuflaba en la pertenencia a una clase privilegiada y podrida durante centenares de años, con voz de mando y dinero sucio.

Antes de que me arrepintiera por miedo o precaución (nunca he sabido dónde se encuentra la frontera entre ellos) marqué el celular de Valdivieso y me mantuve firme hasta que contestó.

—Necesito hablar contigo de un asunto importante. —Entoné una voz muy parecida a la de Sepúlveda.

—Ya sé de qué se trata, te estaba esperando. Respondí la llamada perdida de Sepúlveda y, bueno, no sé qué más quieres saber. Al parecer estamos en tus manos.

En ese momento agradecí haber llamado a este gil. No contaba con la impulsividad del anfitrión de anoche. No me imaginé que la sincera desilusión de Sepúlveda me pusiera en evidencia ante al más implicado en todo esto. No se me olvidaba que Valdivieso le había entregado la botella a Infante.

—Entonces, te darás cuenta de que tenemos una conversación pendiente.

—Sí, ya veo. Pero sólo puedo reunirme contigo hoy en la noche, más bien tarde, cuando mi señora y mis hijos estén acostados. —Su voz neutra parecía acordar una cita para la celebración de un contrato rutinario.

—¿No puedes antes? Es que tenía mi pasaje para hoy en la tarde.

Lo que menos quería era esperar. Vendrían las dudas, los miedos y no quería esa agonía, ya tenía bastante por el momento.

—Tendrás que posponer tu vuelta si quieres hablar conmigo.
—Dijo tajantemente—. Te paso a buscar a las 11:30 a tu pensión.
—Cortó la comunicación sin esperar una respuesta mía, como si yo me jugara el pellejo.

Llamé inmediatamente a Sepúlveda quien tenía menos dominio de sí mismo que los días anteriores. Su voz tenía olor a miedo, como la mía. Le conté mi conversación con el Feña Echeverría en el cerro y luego mi diálogo con Valdivieso.

—Valdivieso me va a pasar a buscar hoy a las 11:30. Debe estar seguro de que no voy a contactar a los pacos o a los tiras porque no me dijo que me quedara piola.

—¿No será que está seguro de que los pacos y los tiras están de su lado, huevón? Acuérdate que el Tatán también está en esto. Yo que tú me viro, yo que tú vuelvo a Santiago, cambio de nombre, país, lo que sea.

—¿Y por qué tú te sientes tan seguro? ¿Te ofreció plata tu amiguito?

—No, pero él sabe que yo por la Magda no voy a decir nada. Incluso fue eso lo que me dijo antes de que nos despediéramos. Además, somos amigos... bueno, hemos sido amigos desde hace mucho. A mí no me va a pasar nada, eres tú el jodido, Cancino.

—Entonces acompáñame a mi reunión de esta noche.

—Ni cagando, huevón. Yo me retiro de esto.

—¿Y si me pasa algo, te vas a quedar callado? ¿Vas a poder cargar con dos asesinatos?

—Eso es asunto mío, de mi conciencia me encargo yo.

Fin de la comunicación. Yo estaba solo. No sabía si llamar a mis colegas de Santiago para que estuvieran prevenidos, porque ellos me dirían que dejara todo esto. Finalmente ése era el verdadero sentido común, salvarme. Sin embargo, si Valdivieso ya sabía, no me bastaba con olvidar el asunto. Quizá eso era lo que hubiera querido hacer Latorre, dejar de lado la estafa, seguir con la farsa del matrimonio y continuar el destino diseñado por su suegro; que el Feña se ensuciara las manos, no él. Pero lo asesinaron, no le dieron esa opción, aunque ya fuera de la familia de los Echeverría. Yo definitivamente estaba

perdido, si no perdonaron a Latorre que era menos peligroso que yo, menos lo harían conmigo. Incluso, si me escapaba podrían inculparme a mí. La ley, el fiscal y la investigación estaban del otro lado. Valdivieso me estaba torturando, quería que me diera cuenta de que tenía los minutos contados. Quería que me sintiera acorralado, sin ninguna posibilidad de salvación. Nadie me podía rescatar. Nadie, ni siquiera el beato de Sepúlveda.

Salí a caminar, mirando si alguien me seguía. La ciudad del recuerdo se convirtió en una amenaza. Decidí visitar al padre Juan, sabía que lo podía encontrar en la iglesia de siempre. Me dirigí hacia la Alameda y caminé como un autómatas por el bandejón central, mi cabeza seguía trabajando mientras caminaba hacia el Oriente. Feña Echeverría se había mostrado arrepentido para darse tiempo. Lo más probable es que llamara a Valdivieso o a otro de su clan antes de verme anoche. Quizá el Feña me llevó al cerro, para jugar con mis sentimientos: miedo, piedad, sensación de poder y también indulgencia de parte mía. Tal vez quería bajar mi guardia, tener una noche más para pensar. ¡Qué bruto fui! ¡Qué iluso! ¡Qué huevón! Pero, ¿por qué no se deshizo de mí? ¿Por qué arriesgarse a esperar hasta hoy?

Llegué a la iglesia y pregunté por el padre Juan. Estaba confesando. Esperé mi turno y después de las frases aprendidas de ese ritual, le dije que prefería conversar, verle la cara. No quería que la rejilla y la semi penumbra nos separara en ese momento de desesperación. Salimos ambos del confesionario, me miró y me abrazó con mucha dificultad.

—Hijo mío, ¡tanto tiempo! —Apenas podía estar de pie, se ayudaba de dos bastones— desde que Violeta se fue no supe más de ti. ¿Por qué dejaste pasar tanto tiempo sin volver a Talca? ¿Por qué no viniste a verme? Joaquín Sepúlveda me comentó que te había visto y yo ya había perdido las esperanzas de que te dignaras a visitarme.

—Padre, no había vuelto hasta que una investigación me trajo a estas tierras. No me atrevía a volver. —Evité aludir a mi ingratitud durante mi estadía en Talca, en realidad no me explicaba por qué no lo había visitado antes, en alguno de mis descansos entre las revisiones eternas del video o en uno de mis tantos paseos infructuosos.

—¿Cómo están las letras? ¿Eres profesor? ¿Es una investigación académica de algún escritor talquino?

—No, padre, trabajo en una tienda de libros usados y ahora ando de detective privado.

—Cuéntame, hijo, lo que motivó nuestro feliz encuentro.

Estaba tan nervioso que traté de hablar con claridad. El padre, que ya bordearía los 80 años, me escuchaba, asentía, me miraba, pero hasta que no terminé mi recuento no dijo nada.

—Me acuerdo de ese caso que salió en los periódicos. Nunca me imaginé que la muerte de ese chiquillo desenterrara asuntos que para mí no existían en democracia. Ya no estamos en la era del Terrorismo de Estado, por eso te aconsejo que vayas a la policía—. El padre Juan parecía muy cansado. La alegría y emoción de nuestro encuentro se esfumaron de su mirada. Me pareció encontrar al mismo sacerdote triste del pasado.

—Pero si el mismo fiscal está implicado, ¿quién me va a creer?

—Tienes la grabación, esa es una prueba contundente.

—Pero con esa grabación no van a caer todos. Si interrumpo mi investigación ahora me voy a quedar con nombres difusos, responsabilidades ambiguas y nada me asegura que salga vivo de todo esto, incluso si voy a la comisaría.

Como la hora de las confesiones estaba programada en el horario de la parroquia, había muchos pecadores que querían hablar con el padre Juan. Me dijo que lo esperara en su oficina, que me tomara un té y que se encontraría conmigo cuando terminara.

Mi espera duró alrededor de una hora, el padre estaba descompuesto. Yo tampoco estaba en forma, se me había olvidado tomar desayuno y el té había acentuado el asco y la punzada que sentía en el estómago. El sacerdote se sentó a mi lado y me ofreció cigarros. Le acepté uno y me mareé cuando ni siquiera llegaba a la mitad. Afortunadamente me ofreció unos chocolates que estaban en una cómoda. Me devolvieron momentáneamente a la vida.

—Tienes que escoger por tu vida y confiar en el sistema judicial. Ya, con las pruebas que tienes, va a ser más difícil que archiven esta causa.

—Pero si es el mismo fiscal que investiga el que está implicado en todo esto. ¿No se da cuenta?

—Tengo la impresión que estamos retrocediendo en el tiempo. No puede ser que el sistema que aparentemente nos protege esté amenazándonos. Encendió otro cigarro, pensativo. Algo en mí que quería enterrar para siempre está reapareciendo. Los mismos nombres que me has dicho, Feña Echeverría, el padre de Valdivieso y otro sujeto que no recuerdo, fueron colaboradores de la dictadura. No sé si tú sabías que los rumores susurran que en sus fundos había campos de prisioneros, reducidos, pero reales. En esos lugares los militares que todos conocemos torturadores hicieron lo que sabían hacer bien a vista y paciencia de sus amigos los hacendados. Hijo mío, es gente muy peligrosa. Yo pensé que todo había cambiado, pero lo que me cuentas aviva mi tristeza, mi encono. Lo que te digo significa que ellos están acostumbrados a la sangre, uno más no les va hacer tanto problema. Date cuenta que incluso a Latorre, yerno de Echeverría, no lo perdonaron. Fue asesinado y arrojado al río como un bulto más. Se están repitiendo las prácticas, hijo.

Estaba preocupado, incluso algo alterado. Me daba miedo que le diera un infarto en ese momento, pero al mismo tiempo mi desesperación me impedía ser generoso.

—¿Qué hago, padre?

—Yo conozco a un inspector de la Policía de Investigaciones, José Oviedo, desde que es cabro, soy muy cercano a él y a su familia. Espérame un poco que le voy a pedir a Maite que me comunique con él. Quizá llamando a la comisaría lo podamos encontrar.

—Pero si él es honesto, esto le puede costar el cargo o su carrera como policía.

—Sin duda es honesto, te digo que lo conozco, y lo de su carrera, dejemos que lo decida él. A mi edad no te puedo ofrecer otra cosa que mi consejo, hijo. Creo que es lo mejor que podemos hacer. Estos tipos son muy peligrosos y yo por el cariño que les tengo a tu madre Violeta y a ti, tengo que protegerte. Deja que le diga a Maite que lo contacte. Lo haré con o sin tu consentimiento.

—¿Y el secreto de confesión?

—¿Qué confesión? Nosotros sostuvimos una conversación de dos buenos amigos. —Mientras dejaba la oficina llamando a Maite, respiré un aire más liviano. Me sentí también estúpido por haber

sucumbido a la certeza de estos mafiosos de que yo no acudiría a la policía. ¿Cómo me iba a enfrentar a mi muerte sin oponer ninguna resistencia? ¿Cómo era posible que acatara sus reglas del juego si los que estaban completamente jodidos eran ellos? Yo también estaba liquidado, pero por lo menos podía dar la impresión de que estaba controlando la situación y ellos no me habían dado esa oportunidad.

—Malas noticias, José Oviedo está en comisión de servicio fuera de la ciudad. Ahora no sé cómo ayudarte, hijo. —Volvió su antigua mirada abatida. Yo me sentía culpable de agregarle un peso más a la larga lista de pecadores cachos.

—No se preocupe, padrecito. Voy a ir a la comisaría.

—¿Me lo prometes?

—Sí, padre. —Mentí y volví a sentirme mareado.

—Ven a verme mañana sin falta, Miguel, y cualquier cosa éste es mi celular. —Anotó su número en una libretita y arrancó el papel para dármele. Hasta mañana, hijo.

En su credulidad se veía la edad que tenía. Seguía pensando que yo era un niño y que nunca le mentiría. Confió en mi afirmación, pero yo no visitaría ninguna comisaría. No sabía en qué manos caería.

Me había sentido ilusionado con que José Oviedo me acompañara o armara algún operativo, pero nuevamente estaba solo. Sepúlveda se convertiría en un encubridor de otro crimen y veríamos cómo podría vivir con esa culpa.

Pasé por el *Ibiza* con un hambre que ya me hacía ver nublado. Me comí dos completos, me tomé una cerveza y partí rumbo a la pensión. En mi habitación vi que Luz Paredes me había llamado. Fue una pequeña alegría en tanto miedo. Me dio rabia tener mis horas contadas. En ese momento pensé que todos teníamos fecha de caducidad, pero lo que a mí me distinguía del resto de mis colegas era que yo podría decir la hora aproximada, la causa y el motivo de mi ejecución. Ya no podría aferrarme a una inmortalidad, por muy ilusoria que fuera. El terror a la muerte era eso, la ilusión de no morir. Nunca había pensado en mi muerte, ni siquiera cuando Claudio y mi vieja me recordaron que esa palabra no era juego. Nunca pensé que me iba a enfrentar a ella, pero acá estaba, tratando de dormir una siesta, quizá mi último sueño. Me daba rabia mi arrojo de la

mañana, ¿Qué buscaba? ¿Trascender a través de una investigación? ¿Redimirme de mi vida inútil y vacía? Sería inútil y vacía, pero no la quería abandonar. Además, Luz me había llamado. Tomé mi teléfono y marqué su número. Buzón de voz. Dije que estaba en Talca y que la llamaría cuando volviera. Nada más, para qué la iba a preocupar, si desde allá ella no podría hacer nada. Además, no me había contestado, quizá nuevamente se había arrepentido de llamarme o estaba en estos momentos con Pato, quien, obedeciendo a un arranque de nostalgia, la invitaría a tomarse un traguito y quizá cómo terminarían la noche. Mucho mejor que yo, seguramente.

X

Me desperté a las 10. Morales no estaba, no lo había visto desde mi llegada a Talca. Mejor para él. De seguro me hubiera acompañado en mis desventuras para sumar dos víctimas más. Estaba arrepentido de haberme desahogado con el padre Juan. No lo estaría pasando bien el viejo; lo peor de todo era que no podría hacer nada. Si me pasaba algo, probablemente él no lo soportaría. ¡Qué pelotudo! No lo fui a visitar en los viajes anteriores y ahora le incrusto una carga más. No le pregunté nada de su vida ni de cómo mi vieja vivió su enfermedad. Ellos conversaban hartos, lo más probable es que él supiera mucho más que yo. No importaba, ya nada importaba, ya me encontraría con mi vieja si es que había algo después de este mundo vacío e injusto. Caminé hacia *El Gobelino*, saludé al dueño, que era un vecino del pasaje, y me comí quizá mi último completo.

Luego, volví a la pensión y esperé. Valdivieso llegó 20 minutos atrasado. Estaba de excelente humor. Me subí a su auto pensando que, en esos momentos, Heredia estaría con su Smith Wesson y yo era el único detective que solo tiene una cortapluma suiza en caso de emergencias con botellas de vino. Otra comparación penosa más. Un idiota con nada para defenderse, le haría la tarea más fácil a estos rastros.

Fuimos rumbo a su casa, en silencio. Entramos en su condominio y se subió Infante. Empecé a desesperarme cuando salimos de la comunidad y tomamos el camino a San Clemente.

—¿Querí que te ponga a Víctor Jara, huevón?

No respondí.

—Qué bueno porque no lo tengo.

—Estás chistosito, huevón —contesté cagado de susto y de rabia.

Manejaba tan rápido que se asomaron nuevas esperanzas de que los carabineros nos controlaran. Así podría salvarme, pero no había ningún radio patrulla.

—¿Adónde me llevan? —Mi voz quebradiza me traicionó.

Te mostraremos algo que te va a interesar.

—Pero ¿adónde me llevan?! —creo que grité.

—No seáí impaciente, Guatón Porcino.

Infante parecía más asustado que yo. No había abierto la boca desde que se subió al auto. El viaje duró como media hora y llegamos a una parcela, donde había una casa nueva, no terminada, que imitaba el estilo tradicional de casona patronal (en miniatura). Infante se bajó del auto, abrió el portón y dos perros dóberman lo saludaron amistosamente.

—Nos vamos a tomar un copetito. Te vamos a contar el final de la historia y nos vamos a comportar como personas civilizadas.

El Feña abrió la puerta de la casa, me revisó cordialmente, pura formalidad según él, pero las armas de fuego, fuera del chalet. El espacio parecía una bodega vacía por dentro. Todo el estilo rebuscado de la fachada inacabada escondía una mesa roñosa, tres sillas (que antes quizá habían pertenecido a un liceo) y un colchón. Colgaba una ampolleta que alumbraba hasta molestar la vista. Daba la impresión de que estábamos en una plaza de cemento, sin árboles, a mediodía. Había un refrigerador aprovisionado como si fuera la misma casa del Feña. Estaba seguro que acá habían traído a Latorre y que yo correría la misma suerte.

—¿Te sirves algo, hijo?—me dijo mirándome fijamente—. No te preocupes, para evitar suspicacias abro la botella delante de ti, no te queremos dormido.

—No gracias.

Yo estaba sudando y sentía que el suelo se estaba moviendo. Me senté en una de las tres sillas porque no podía estar de pie.

—Lo vas a necesitar —me dijo dejando el whisky en la mesa delante de mí—. Quieres saber más y sabrás, confiamos en tu discreción.

Yo me preguntaba por qué se daban tantas molestias si con matarme ya solucionaban el problema que les había creado. Pero la respuesta vino inmediatamente. Ellos querían jugar con su poder, me querían torturar psicológicamente y demostrarme su resistencia; querían restregarme mi atrevimiento al pensar que los podía enfrentar. Además, les hacía falta entretención. Yo estaba rodeado de

tres tipos que poseían mi vida. Me mostrarían lo hábiles que fueron, lo eficientes, se llenarían de petulancia y orgullo.

Valdivieso y Echeverría se ubicaron muy cerca de mí. La mesa era cuadrada y ambos se sentaron a mi izquierda y mi derecha. Infante se quedó de pie, caminaba nervioso y no decía nada.

—Supongo que no le avisaste a nadie que nos reuniríamos —me miró el viejo con una mirada muy diferente a la del anfitrión de las reuniones en honor a su Magdita. Nunca había visto una mirada tan afilada.

—No, a nadie. —Tenía mi cartita bajo la manga, en caso de una necesidad urgente les diría que mandé las grabaciones a los correos de mis amigos.

—Bien, entonces, ¿qué quieres saber? —Se apresuró a decir Valdivieso, que tomaba tan aprisa como la noche en que salimos los machitos. Él sudaba como yo, pero expresaba su nerviosismo con una agresividad que me dejó pasmado.

—Primero, cuéntenme detalladamente cómo armaron la estafa, quiénes participaron en ella, qué relación tiene el fiscal en todo esto.

—¡Uff! Parece que esta noche va a ser muy larga —dijo Valdivieso sirviéndose más whisky.

—Bueno, chiquillo, en vista de todos los años que tenemos de amistad —más risas entre los dos torturadores— te vamos a contar todo nuestro engranaje. Te darás cuenta que no hay por dónde agarrarnos, te admirarás.

—Ustedes hablan como si me fueran a matar. ¿Qué les asegura que no voy a contar todo esto a la policía?

—No te tomarás esa molestia, hijo. —Echeverría se dio tiempo de tomar un largo sorbo de su whisky. —Como te decía, somos una organización bastante cohesionada. Por eso te pedí ayer que no te entrometieras porque no estamos involucrados solamente nosotros.

—Por eso he venido —dije terminando mi primer whisky. Extendí la mano para un segundo y pregunté si podía fumar.

—Se está subiendo por el chorro este cabro, Feña —dijo Valdivieso.

En ese momento Infante sin hacer caso de su ex compañero, me acercó un cenicero y me ayudó a encender el cigarro. Ese episodio fue algo patético porque ambas manos, la mía y la de él, temblaban.

La escena, al parecer, duró horas. Después me sirvió el segundo whisky y le agradecí con un gesto.

—Como te decía, chiquillo, esto viene desde muy arriba. Desde el director regional de la CORFO, nuestro amigo Carlos Jordán. El subdirector, nuestro amigo Del Horto, y los tasadores de las tierras que dimos en garantía, que son grandes ingenieros agrónomos. Eso sí que los tasadores sólo tomaron una mínima parte de la tajada.

—Pero usted dijo ayer que los tipos que habían colaborado en esto, habían pedido una parte más grande del botín, por todo lo que pasó con Latorre. Así ustedes se protegían de ellos.

—¿Dije eso? No me acuerdo. Creo que en cierto modo es importante protegerse de nosotros mismos —risotadas de Valdivieso y Echeverría.

—Y si me van a matar hoy, ¿por qué no se tomaron la molestia ayer y así se ahorran este show de mal gusto?

—Buena pregunta, hijo. No todo tiene explicación. Puede ser que me guste jugar, tantear. También quería saber cuáles eran tus intenciones. ¡Antes muerto que contarle algo a la Magdita! Además, no improviso, chiquillo. No me gusta dejar detalles inconclusos. ¿Algo más, detective?

—¿Y todo lo que me dijeron Infante y usted anoche es mentira? ¿No tenían miedo de las mafias que se vengarían por la desertión de Latorre?

Infante estaba ausente, no seguía nuestra conversación ni siquiera con la mirada. Fijaba su vista en un punto fijo en la pared, en posición de descanso.

—Esa era la historia que teníamos preparada para Sepúlveda si se enteraba de algo. Pensábamos que la antipatía que le tenía a Infante podría relacionarse con esta estafita. Por lo visto Infante no cometió ningún error esa noche, lo que es un milagro. Sepúlveda no va a traicionar a la Magdita si sólo se trata de un desfalco y si además, por culpa de su rival, corremos peligro de ser víctima de unos mafiosos sin rostro. —Valdivieso me miraba fijamente, tenía respuesta para todo.

—En resumen, chiquillo, somos todos buenos amigos, compadres, colegas. Mis amigos de la CORFO se encargaron de todos los trámites

legales para que aceptaran el crédito. Valdivieso, el gerente de la institución benefactora, donde trabajó el malogrado, dio el visto bueno de su banco. Por su parte, Latorre, nuestro palo blanco, que sólo ensuciaría su nombre por una deuda impaga, recibiría el crédito en el papel, aunque fuéramos varios los socios de este negocio. El crédito se pagaría con las tierras del Loncomilla y con lo que Infante y eventualmente Latorre sacaran, tendrían lo suficiente para invertir y vivir muy bien ¿verdad, Matías? Por eso Latorre, en el momento de nuestras conversaciones amistosas, no sabía que el monto del crédito era tan elevado, sólo lo vislumbraba según las proporciones de su sociedad con Infante. No sé cómo se enteró de la verdadera suma del préstamo.

—Lo más probable es que el hocicón de Infante en una curadera soltara la información o quizá Latorre como trabajaba en el banco... pero en realidad no importa. Nos libramos de un oportunista — Interrumpió Valdivieso.

—Latorre hubiera podido montar una viña con Infante en el Sur, hubiera adquirido cierto estatus que no tenía y yo seguiría ayudándolo con clientela verdadera o imaginaria, pero el huevón lo descubrió todo. Yo estoy seguro de que los fracasados como él son los que no saben mantenerse al margen de la información que rodea los buenos negocios. Es mejor aceptar, no preguntar y listo, no se le hace daño a nadie. Pero cualquier tipo de bajo pelo como él, con la impresión de ser honesto y honrado, mete las narices donde no corresponde, se escandaliza y listo. —Había una disonancia abismante entre lo que decía y el tono condescendiente que estaba empleando. Movía la cabeza negativamente, como si finalmente perdonara la intromisión y fracaso de su yerno. Parecía un anciano indulgente que tiene la misericordia suficiente de aceptar al prójimo tal como era. Usó el mismo tono solemne que la noche anterior. Quizá, sin darse cuenta, se le confundieron los papeles que tenía que representar.

—¿Ustedes lo mataron, entonces? —Al parecer lo desperté de su letargo o ensoñación benevolente—. ¿Y su muerte no tiene que ver con el seguro de gravamen?

—Cancino, párala con lo del seguro. —Fue la única intervención de Infante.

—Somos honestos, hijos. Nos bastan las tierras del Loncomilla para pagar el crédito.

—Estaba todo listo, perfecto, hasta que Latorre se bajó de nuestro negocio —dijo Valdivieso.

El Feña se puso de pie y buscó un poco de hielo. Yo, mientras tanto, trataba de tener la mente fría. Solamente los cigarrillos me mantenían lúcido.

—Todavía no entiendo cómo funcionaba todo.

—¿Te hago un monito? ¿Te lo cuento con peras y manzanas? —Soltó una carcajada inverosímil, seguida por la de sus secuaces también inverosímiles.

—Preferiría porque no me hago la idea.

—Ay, Porcino, se está alargando esto y yo estoy muy cansado. Total, Feña, qué más da. ¿Por qué no terminamos de una vez con todo esto y nos vamos a acostar? —acotó Valdivieso más ansioso que nunca.

—Paciencia, hijo. Me entretiene revivir nuestro gran golpe, digo, golpe en los negocios —risotadas de los dos delincuentes—. Aunque también me gustaría revivir el otro gran golpe—. Más carcajadas y Echeverría tuvo que salir al aire libre a evacuar tanto whisky.

Infante, se paseaba nuevamente en el perímetro reducido de nuestra improvisada sala de reuniones. Al parecer él también quería que esto terminara pronto. Cuando volvió Echeverría, continuó como si no se hubiera interrumpido la conversación.

—Como sabrás, hijo, primero se escogen las tierras que uno quiere comprar y trabajar —risas de Echeverría y Valdivieso—, luego se eleva la solicitud del crédito. Después, se da la garantía, que en nuestro caso eran las tierras de San Javier. Posteriormente los peritos, que son profesionales competentes tasan nuestras tierras y, por último, el banco da el visto bueno y la CORFO nos da el dinero que, naturalmente, no pensamos devolver porque para eso están las tierras en San Javier. Es decir, el banco le da la suma solicitada a Latorre, él se queda con su pequeña parte y nosotros con la nuestra. Ese nosotros somos: el que habla, el burro por delante, Valdivieso, que es el gerente de nuestro banco amigo, Jordán, Del Horto, nuestro querido fiscal, Tatán Ureta, y listo. Como ya te he dicho, chiquillo distraído, los agrónomos tasadores sólo fueron, como se dice en buen

chileno, coimeados para que sobrevaloraran las tierras en garantía. Ellas, en el papel, eran la causa del crédito pedido por Latorre.

—Te darás cuenta, Porcino, que esto no se puede destapar, además el Tatán se está encargando de toda la historia del malogrado —vociferó Valdivieso que seguía llenándose de Whisky.

—¿Historia de qué? Pregunté haciéndome el que no entendía.

—Todo a su tiempo, chiquillo —se adelantó a decir Echeverría, mirando severamente a Valdivieso que estaba más colorado que un tomate podrido.

Yo ya estaba mareado con mis dos whiskies en el cuerpo, pero pedí un tercero. Tenía la impresión de que no me importaría la resaca del otro día. Valdivieso continuó.

—Igual, huevón, nadie te va a creer, nadie va a poder imaginar este gran negocio narrado desde tu perspectiva mediocre.

Me armé de la misma sangre fría de estos delincuentes, total ya no perdía nada, tomé un primer sorbo de mi tercer copete, encendí un cigarro, y con un temple que yo no me conocía y que lamentablemente duró muy poco, seguí con el interrogatorio.

—Pero cualquiera que tenga un poco de cultura general se dará cuenta de que las tierras que compraron eran de pésima calidad.

—Sí, pero son vecinas de unas excelentes viñas, al otro lado de la carretera Norte-Sur. La gente se puede confundir. Además, no importa que las tierras no tengan valor, porque en el papel y en los estudios sí lo tienen. Al mismo tiempo no es tan malo nuestro fundo, son los famosos áridos, tierras especiales para extraer arena y ripio, que sirve para la construcción —carcajadas de los buitres— todas estas riquezas la proporcionan el río Loncomilla. Y para qué hablar de la pesca, habíamos pensado construir un restaurant al borde del río y hacer un negocio familiar —más risas forzadas.

La noche, allá afuera, no se escuchaba, no se sentía. Estábamos los cuatro, heridos por esa ampolleta colgante y al mismo tiempo sedados por el copete. Yo tenía la impresión de que comenzaba a tener hambre. No tenía reloj, mi celular estaba en mi bolsillo y quería evitar toda suspicacia o reacción violenta de mis captores. También estaba gozando de mi cuerpo que todavía no comenzaba a sentir ninguna decadencia forzada.

—¿Cuántas hectáreas lograron agrupar?

En esta operación, 100 Hectáreas. Los huasitos de ese sector del río Loncomilla tienen alrededor de 20 hectáreas por cabeza. Nadie quiso desprenderse de la totalidad de sus tierras y, al parecer, se pusieron de acuerdo, porque nos vendieron las que estaban más cerca del río, por ambos lados, que oscilaban entre medio millón y el millón la hectárea. En total, para el préstamo, sólo pagamos una mínima parte y logramos excelentes ganancias.

Yo comenzaba a ver nublado y a escuchar las voces como si vinieran de más lejos. Tenía la impresión de que esta situación era un suplicio y una confesión a la inversa, los victimarios hablaban sin que yo los apretara y luego ellos me matarían por saber la verdad. Encendí un cigarro y me dieron ganas de vomitar, lo apagué inmediatamente. En ese momento me acordé de lo que me había contado el padre Juan de que el fundo de Echeverría y del viejo de Valdivieso había servido como campo de prisioneros durante la Dictadura. Saqué fuerzas de mi borrachera y arremetí nuevamente.

—¿Es verdad que en sus fundos ustedes mantuvieron prisioneros durante la dictadura? —Infante, en su silencio me miró con unos ojos redondos que me pedían que me callara, que no siguiera.

—Esto no tiene nada que ver con nuestra entretenida conversación, chiquillo, estás borracho.

—Se nota que no tiene resistencia, Feña, no conoce los buenos whiskies, la buena vida. Está cagando fuera del tiesto, terminemos de una vez.

—No, compañero, —risas nuevamente— me entretiene recordar esta época, me da mucha nostalgia, pero si rememoramos, que sea fiel nuestro recuerdo, sin invenciones ni leseras falsas, Cancino. ¿Qué más hubiera deseado yo que tener en mis tierras a un par de comunistas para hacer tiro al blanco? pero lamentablemente no fue de ese modo.

Echeverría hizo una larga pausa como si se acordara de su primer amor.

—Cuando el Presidente de los comunistas llegó al poder, nos arrebataron una buena cantidad de tierras, sobre todo en el fundo de Linares. Con Pinochet nos devolvieron lo que nos pertenecía y

lamentablemente nuestra única colaboración consistía en señalar quiénes eran los delincuentes que vivían en nuestras tierras robadas y luego prestábamos nuestros camiones e instalaciones frigoríficas para que refrescaran sus memorias.

—Pero, ¿por qué los torturaban? —Comencé a sudar frío.

—Las influencias existen en todos los gobiernos, chiquillo. Estos hijos de puta se ganaron las tierras por ser colaboradores de Allende o estar inscritos en su partido. Por lo tanto, también eran enemigos de la patria.

En ese momento me di cuenta de que estaba en manos de unos sicópatas y el Feña Echeverría era el más frío y sádico de todos. No podía creer que fuera el mismo que ayer me habló de su error, de su arrepentimiento, de su temor de que a Magda le sucediera algo. Me costaba entender que hubiera dos personalidades que convivieran tan bien en un solo cuerpo. Me acordé, en ese momento, de un cuento de Mario Benedetti, donde un torturador escuchaba a Mozart. Sentía que se me estaba revelando una verdad, que todos éramos dos, tres, cuatro en un mismo cuerpo. Algunas veces ganaba uno y sólo se manifestaban elementos afines, pero en otras, como en el caso de Echeverría, convivían dos personalidades opuestas, sin ningún tipo de conflicto. Las circunstancias, los contextos llamaban a uno o al otro...

—Ya, Cancino porcino, terminamos con nuestro testimonio. Ahora falta saber qué pasó con el fináto del Latorre. Te invito a que salgamos y hagamos la reconstitución de escena. —Valdivieso ya estaba borracho, excitado, fuera de sí. Si trataba de defenderme, podrían entre los tres reducirme a patadas y yo quería una muerte rápida, sin dolor, sin sufrimiento.

—Pero, en esta reconstitución, tú vas a ser Latorre, hijo.

El mudito Infante, sin mirarme, abrió la puerta y salimos. Apenas podía caminar, aunque el aire helado me refrescara el entendimiento.

—Como hoy, antes de que Latorre diera su último suspiro, lo invitamos a pasar. Le explicamos cuál era su situación, pero no le ofrecimos ningún trago —dijo Echeverría mientras salíamos de la casa.

—Entonces fueron ustedes...

—A buen entendedor... para no ensuciar el hermoso chalet de

Infante lo condujimos hasta ese árbol. ¡Acompáñanos al sitio del suceso, detective! —Continuó el Feña.

Me tomó de un brazo y me arrastró a ese lugar. Los perros no estaban, quizá dormían. Se escuchaban los grillos y el crujido de unas ramas del árbol-patíbulo que me esperaba. Yo trataba de soltarme, pero una fuerza mucho más poderosa que la mía, me inmovilizaba.

—Él estaba muy asustado, decía que no iba a decir nada, que había decidido quedarse con Magdita, incluso nos prometió que recibiría el regalo de su suegro, hasta se meó el huevón cobarde, ¿me equivoco, Feña? —La voz de Valdivieso podría haber sido escuchada a kilómetros de la parcela.

Yo miraba a Infante para que hiciera algo. Se veía que él estaba tan aterrorizado como yo, pero no hacía nada, sólo sostenía una linterna apagada.

—Le informamos cómo procederíamos con él. Recuerda, tú ahora eres Latorre, así que te vamos a hablar como si fueras él. Por favor, no te cagues, hijo.

Su carcajada estruendosa contrastaba con el silencio de esa noche sin luna. Nos iluminaba el resplandor de la ampolleta del interior del chalet que se filtraba a través de las ventanas y la puerta abierta. De pronto Infante dirigió la linterna hacia mis ojos. Ya no los veía, sólo me lastimaba ese foco potente.

—Mira, José Ignacio, te vamos a matar de un balazo en la cabeza. No vas a sentir nada, no te preocupes —Vociferó Valdivieso, cada vez más excitado.

—Aquí, Latorre, es decir tú, Miguelito, tienes que preguntarme si no me importa mi hija que quedó sola en el auto, dormida. A lo que yo te contestaré que amigos míos la están cuidando. Después me preguntarás si no me importa que ella sea viuda, que su marido sea asesinado. Y yo te contestaré que me importa un carajo, que prefiero a mi hija vistiendo santitos que casada con un pelafustán, incapaz de hacerla feliz. También a modo de lección agregaré que “a caballo regalado no se le miran los dientes”. ¿Tú sabes por qué no se le miran los dientes?

—No.

—Muy bien, hijo, contestaste de la misma forma que Latorre. Yo

te responderé que la edad de los caballos se puede identificar a través de sus dientes, estos picantes no saben nada de nada.

En ese momento todos escuchamos un ruido e Infante automáticamente alumbró el lugar desde donde provenía el crujido de ramas en el suelo. Era uno de los perros que se le acercó medio dormido y que le movió la cola. Nuevamente Infante dirigió la linterna a mis ojos.

—Te toca a ti, Valdivieso. Pero antes tienes que contestar la llamada de tu mujer que, con un ataque de celos, te pregunta por qué no has llegado todavía. A lo que tú le responderás que me acompañaste a la casa porque yo estaba borracho para manejar. Le dirás que me acostaste en la pieza de los invitados porque mi mujer estaba indignada conmigo. Después de la interrupción tienes que explicarle a Latorre lo que haremos con sus restos.

—Te enterraremos unas dos semanas, esperando que la naturaleza haga lo suyo y luego, amigo mío, te tiraremos al Piduco.

—¡¡Pero dos cuerpos en el Piduco arrojan una pista que no será pasada por alto!!

—No, hijo, no te equivoques, Latorre nunca dijo eso.

—¡¡Yo grabé todas las conversaciones que tuvimos ayer y las mandé por email a amigos míos, contándoles lo que sé!! —tomé un poco de aire ¡¡Todo se va a destapar, esté vivo o muerto!! —Estaba gritando, jadeando, mi respiración estaba condenadamente agitada.

—Entonces, tendremos que matarte de a poquitito para que nos digas los nombres de los afortunados, y para esas grabaciones tenemos al Fiscal.

—Dijimos sin tortura, una muerte rápida como la de Latorre —fue lo único que escuché esa noche de la boca de Infante.

—Tú dices, Guatón, ¿Quiénes tienen esa grabación? Nombre completo y dirección clarita. —Gritó Valdivieso.

Hubo un silencio que duró mil años y luego sonó el primer disparo. Me caí, me dieron en el muslo izquierdo. Yo sangraba mucho, los perros ladraban muy cerca de mí y cuando escuché el segundo estruendo perdí el conocimiento.

De repente me di cuenta de que estaba respirando polvo, tosí. No veía muy bien, se había levantado mucha tierra. Escuchaba de lejos,

muy lejos, voces de hombres gritando y había muchas linternas. Los perros estaban ladrando.

Desperté nuevamente y estaba tendido en un vehículo en movimiento. Alcanzaba a ver difusamente a un hombre sentado a mi lado, pero no podía distinguir quién era.

—¿Cuál es tu nombre?

—¿Cómo? —No podía entender esta pregunta. Poco a poco empecé a recrear todos los momentos que precedieron mi desmayo. — ¿Dónde estoy? ¿Adónde me llevan? ¿Por qué no me mataron de una vez? ¿Me van a lanzar herido al Piduco? ¿Me van a sacar las vísceras con un corvo? ¿Me llevan a Constitución y me van a lanzar al mar? —El miedo recuperó terreno y mi imaginación recreó todas las posibilidades de sufrimiento. Mi muslo me dolía, palpitaba, se estrujaba, rugía y nuevamente me abandoné.

—Compadre, no te duermas, resiste. Estamos llegando al hospital de Talca.

Pero no podía hacerle caso. Trataba de no dormirme, consciente de que estaba perdiendo mucha sangre.

XI

Cuando abrí los ojos vi al Padre Juan, me tomaba la mano.

—¿Me voy a morir, padre?

—No, Miguelito, ya pasó todo, ya pasó. —Me miraba emocionado—. Nos tuviste muy preocupado, hijo, perdiste mucha sangre, pero ya estás bien. Estaba esperando que te despertaras para saludarte, Miguelito. Eres muy valiente, estoy orgulloso de ti, aunque me mentiste...no has cambiado en este tiempo —su mano sobre la mía temblaba, yo no sabía si era la edad.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Por qué no estoy muerto? —Cerré los ojos, casi no podía mantenerlos abiertos.

—Descansa, estás débil, lo importante es que todos están donde deben estar, bueno, casi todos...

La segunda vez que desperté, estaba el padre Juan y Sepúlveda en mi habitación. No sabía cuánto tiempo había pasado. Me sentía mejor, pero tenía mucha hambre y la boca seca. Pedí comida y algo para la sed.

—Tranquilo, Cancino. Voy a avisar que quieres echarle algo al cuerpo—. Sepúlveda salió de mi habitación y vi que el curita sonreía.

—¿Cuánto tiempo lleva conmigo, padre?

—Nada, Miguel, lo que pasa es que has dormido mucho y parece que he tenido la dicha de estar cuando despiertas.

Sepúlveda volvió, se veía de buen humor.

—Gracias a tu amigo estás vivo. Yo pensé que irías a la comisaría y me quedé relativamente tranquilo.

—Por favor, necesito saber qué pasó después de que me dispararan.

—Lo que pasa, Guatón, es que mi conciencia llamó, no podía estar tranquilo después de que habláramos. Traté de trabajar como de costumbre, llegué a mi casa, me tomé un whisky, pero no dejaba de pensar en el destino que, por tu estupidez, ibas a encontrar. Además, si no hacía nada y si se destapaba el asunto, yo sería un encubridor y no quería cargar la culpa de algo que no me pertenecía.

Mandé a la cresta a la Magdita, a mis compadres y como a las 12 de la noche fui a ver al padre Juan, que estaba despierto. Partimos juntos a Investigaciones. Yo pensaba que quizá no iba a servir de nada, pero me equivoqué. Justo estaba llegando el inspector Oviedo de una comisión de no sé qué huevada y rápidamente el padre Juan le habló de tu visita en la mañana y de la suerte que estabas corriendo.

—No puedo dejar de pensar que fue un milagro, Miguelito, José Oviedo acababa de llegar, fue un milagro.

—El inspector me preguntó si yo tenía alguna idea del lugar donde podrías estar y me acordé que habías ido con el Feña Echeverría al cerro. Partimos y no encontramos nada. Estuvimos buscándote un buen rato, en los lugares que los tiras conocen muy bien. Oviedo estaba muy impaciente y me lo hacía notar a medida que el tiempo pasaba. Después de no sé qué chispazo de lucidez, recordé que Infante había dicho que llevaron a Latorre a una parcela de San Clemente y al segundo después me acordé que Infante había comenzado a construir una casa por ahí y que por sus típicas quiebras y fracasos no la había terminado. Sabía exactamente dónde estaba ubicada porque fui a los tijerales.

Sepúlveda no respiraba, no dejaba espacio entre las palabras para tomar aire, como si estuviera recreando en su cuerpo y su mente las emociones de esa noche.

—En ese momento le dije a Oviedo que Infante había mencionado esa parcela, entonces la cara del detective cambió y pidió refuerzos. Nos fuimos a gamba y media por la Alameda, no sé cuánto nos demoramos en llegar, pero me dijo que le avisara unos cuantos minutos antes de la casa de Infante para apagar las sirenas y acercarse sin hacer ruido o ser vistos. Los perros ladraron, pero Vásquez, el chofer de Oviedo, los aguachó con medio sándwich de queso y jamón para cada uno. Nos dijo que nos quedáramos en el jeep y que no se nos ocurriera movernos. Los detectives que venían en otro auto siguieron a Oviedo y a Vásquez. Nunca había estado tan aterrado como en esa noche, Guatón. Menos mal que estaba usted, padre.

—¿Cómo está el enfermito? —Dijo una enfermera entrando a mi habitación. —¿En qué líos andabas, chiquillo? ¿No me reconoces? Soy Martita, amiga de Violeta.

No me acordaba mucho, quizá no eran tan amigas, pero me sentí bien. Le sonreí con cara de idiota y moví la cabeza negativamente. Ella puso cara de ofendida, me guiñó un ojo y me pasó en la cara una toalla húmeda. Me cambió la posición de la cama y entró una auxiliar muy guapa que puso ante mis narices hambrientas un caldo de pollo y verduras cocidas. Martita me dijo que comiera lentamente y me acercó una botella pequeña de agua mineral sin gas con una bombilla. Se fue diciéndome que la llamara si necesitaba algo y que desde ahora en adelante era su regalón del turno.

—Gracias, señora Martita. —Le dije con un sonsonete que me hacía retroceder quince años.

—“Gracias, señora Martita”, —se burló Sepúlveda con el mismo tono disparejo que yo había dejado escapar. —Ya te pusiste mamón, Cancino.

—No sea malo con el niño, hijo— y el padre Juan se rio con Sepúlveda como si fuera el mejor chiste de sus vidas.

—Bueno, te contaba que nos quedamos en el jeep hasta que salí a caminar porque no soportaba el encierro. Yo estaba cagado de frío y de susto y por lo que nos contaron los tiras, ellos se escondieron en lugares estratégicos. Ustedes estaban adentro todavía, pero de repente salieron. Yo no escuchaba nada claramente, pero sí oía voces, gritos de Valdivieso y del Feña Echeverría. De repente empezaron los balazos y atiné a llamar una ambulancia porque me imaginé que estarías herido o muerto.

—Pero ¿qué pasó? —Ya me estaba impacientando y empezaba a sentir un poco de asco. No me había dado cuenta de que ya llevaba más de la mitad de mi caldo desabrido, así que hice una pausa para continuar cuando me sintiera mejor.

—Los detectives escucharon toda la reconstitución de la escena del crimen y estaban atentos. Vásquez me comentó que estaba impresionado por la sangre fría de los tipos. Nunca habían sido testigos de una representación tan delirante. Por eso, se dejaron llevar por la película que estaban viendo y reaccionaron después de que te hirieran en el muslo. Cuando el Feña te estaba apuntando nuevamente, Oviedo le disparó en el tórax. Dice que trató de apuntarle al brazo, pero como había poca luz, lo hirió de gravedad.

—¿Está muerto?

—No, hijo mío, pero muy grave, en coma.

Me sentí extraño, no podía estar contento ni desearle la muerte a ese viejo que no dudó en asesinarme, torturarme. No sabía si prefería que estuviera vivo, en la cárcel o muerto.

—Después los tiras dejaron sus escondites y redujeron con facilidad a Infante, que estaba tieso. Los perros estaban nerviosos, ladraban, pero a nadie en especial. Valdivieso trató de tomar el arma del Feña, pero un tira le pegó una patada y comenzaron una lucha cuerpo a cuerpo, hasta que Valdivieso no pudo contra los refuerzos que iban a asistir a su compañero. Vinieron más tiras, las ambulancias y allá están los huevones corruptos a disposición de la justicia.

—¿Qué pasó con el fiscal?

—Por lo que dicen los diarios, lo están investigando. Te felicito, huevón, la hiciste de oro.

—Todo gracias a ustedes, les debo una muy grande —hubiera deseado ser más entusiasta, pero empecé a sentirme nuevamente muy cansado.

—Ya tendrás tiempo para agradecernos, huevón. Ahora, padrecito, parece que tendremos que dejar al niño Miguel dormir un poco. Chao, Cancino, vuelvo mañana.

—Chao, Miguel. No te preocupes que estás con resguardo policial. Creo que todavía no han caído todos.

Sepúlveda lo ayudó a salir. Me pareció escuchar que él lo llevaría a la parroquia.

Antes de quedarme dormido disfruté un poco la cama, las sábanas y esta especie de bata de hospital que estaba muy limpia. Hacía tiempo que mi piel no tenía contacto con ropas con olor a limón y a asepsia.

Me despertó un ruido extraño, como una sirena que resultó ser el teléfono. Contesté y era Luz. Tenía una voz extraña, estaba emocionada, orgullosa de mí. Le conté que estaba mejor, que había perdido mucha sangre y que ya había comido algo. No pude darle más detalles porque todavía no había recibido la visita del doctor de turno.

—No sabes cuánto me alegra hablar contigo, Miguel. Con todo

lo que pasó me sentí culpable, triste por haberte echado de mi casa al otro día de... tenía miedo de no hablar contigo nunca más...

—No te preocupes, Luz. Aparecí en tu vida en un mal momento—No sé por qué le dije eso, pero nos quedamos callados un rato.

Luego me comentó que había pensado mucho en ella, en mí y en su ruptura con el Pato. Me dijo que estaba más tranquila, más fuerte, ya no quería depender de nadie, no quería verse con ojos ajenos. Después se refirió a los titulares de los diarios y que estaba muy orgullosa de todo lo que yo había hecho. Pato estaba satisfecho con los resultados, aunque un poco contrariado porque Luz le había comentado de “lo nuestro”. Me gustó esa última parte.

Mientras saboreaba su voz, Magda entró sin golpear la puerta. Se quedó en silencio en el umbral. Me miraba con odio, jadeaba. Estaba con su típico moño apretado de pelo sucio y enredado y con una ropa que sospecho que fue la misma que llevaba el día en que se enteró de lo que le había sucedido a su padre. Tuve que cortar la comunicación.

—¡Estarás contento por la manera en que nos destruiste a todos, Guatón!

Me miraba fijamente. En ese momento me imaginé que sacaría un cuchillo y que terminaría el trabajo comenzado por Echeverría. No sé qué cara puse, pero ella se dio cuenta de que tenía miedo.

—No te preocupes, Guatón, no soy como mi papá... Sólo venía a desearte miles de fracasos, tristezas y todo el mal de esta tierra.

—No sé si puedo acercarme a lo que sientes, Magda. Lo has pasado pésimo estos últimos meses, pero yo no fui el que comenzó todo. Creo que te estás desviando de la verdadera causa de toda tu tragedia— Le dije tratando de parecer amable, comprensivo.

—Te dije que no siguieras investigando... yo no quería saber esto—y empezó a llorar como si fuera la primera vez que lo hacía.

Se sentó en la misma silla que había ocupado el padre Juan y no podía contener su llanto. Por primera vez sentí pena por ella, una lástima que sí podía entender: su matrimonio fallido, la muerte de Latorre y las ilusiones que había construido, la muerte de la imagen idealizada de su padre, del estatus de familia respetable, todo, toda su vida se había derrumbado en un poco más de un mes. Magda, para

sí misma, no era nada, sólo un despojo, una víctima de un engranaje que ella no conocía ni sospechaba; una víctima de su ceguera que la había mantenido en una burbuja llena de mentiras y seguridades redundantes.

—Ahora no sé si quiero que mi papá sobreviva. Me siento pésimo, pero no sé si lo quiero o lo odio. Tengo tanta vergüenza, tanta pena —siguió llorando.

No sabía qué decirle. Comprendí que toda la rabia y desprecio que yo le tenía, venían de su mundo, de su engaño, pero, ¿cómo no se había dado cuenta antes? Quizá, por eso, inconscientemente, se sintió atraída por Latorre, porque él, a pesar suyo, le mostraría todas las omisiones, los silencios y las mentiras camuflados por asados, vacaciones en Colbún y sus amigos inseparables.

—No sé si te sirva de algo, pero viene a verme todos los días el Padre Juan. Quizá podrías hablar con él. Sepúlveda también viene mañana. Si quieres te aviso cuando esté acá.

—Ya me encontré con Joaquín ayer. Mañana vamos a almorzar en el hospital. —Me dijo calmándose un poco.

—¿Y tu vieja, cómo está?

—En cama, no se ha levantado desde que supo todo esto.

Repentinamente llegó Nicole y después de saludarme de lejitos con una gran sonrisa, se acercó a su amiga que no se había enterado de su presencia. Estuvieron las dos abrazándose y salieron de la habitación. Nico me hizo un gesto de que volvería más tarde. Llevaba una alianza en su mano izquierda, mejor para ella.

La visita del doctor fue rápida, me dijo que el proyectil había entrado y salido, sin dañarme tanto la pierna. Me comentó que había perdido mucha sangre, pero que pronto todo esto iba a ser sólo un mal recuerdo.

XII

Durante mi estadía en el hospital recibí visitas metódicas de Morales, el padre Juan y Sepúlveda. Me enteré de que Sepúlveda también acompañaba a Magda.

Nicole vino solamente una vez. Me contó que había vuelto a su vida de casada y que estaba muy ilusionada. Al parecer para ella toda esta mierda no había existido. Nos despedimos con los mejores deseos para cada uno, como si no nos fuéramos a ver nunca más. En realidad, no me importaba mucho.

El inspector Oviedo vino un par de veces. En su primera visita me interrogó y me pidió la grabación que recreaba las conversaciones con los malhechores. Al parecer me estimaba y estaba agradecido por mi gestión, porque después cuando venía, me contaba cómo iba avanzando la investigación. Como primer paso, Tatán Ureta había sido destituido y otro fiscal tomaba la causa.

Yo estaba emborrachado por todos estos eventos y por la compañía que estaba teniendo. No tuve tiempo de sentirme solo. Me sentía casi tan protegido como en la casa de mi vieja y cuando pasaba mi embriaguez, cuando estaba lúcido, me asustaba volver a mi vida de postergaciones, de soledad. En mis momentos de pesimismo me imaginaba que pasado el entusiasmo todo quedaría olvidado, Luz volvería con Pato y yo continuaría mi vida errática recordando que en algún momento tuve amigos.

Trataba de aferrarme a la ropa limpia, a las comidas saludables, a las visitas, pero lamentablemente después de un tiempo razonable me dieron de alta.

Me vinieron a buscar Morales, el padre Juan y Sepúlveda. La presidencial estaba lista para recibirme y mi ropa, por primera vez en siglos, estaba lavada y planchada en el closet de mi habitación. Según don Ruperto, me podía quedar el tiempo que quisiera, ya que con los otros “pasajeros” que estaban en la pensión estaban listos para pasar el mes. Me quedé sólo tres noches.

Por mi urgencia de Luz y por mis finanzas empobrecidas tuve que abandonar mi sensación de seguridad. Tenía que volver y enfrentarme a la realidad, a mi realidad.

Además, era mi deber procesar todo esto. Tenía la impresión de que no había asimilado nada de lo que había vivido, no me había revolcado en la mierda que había desenterrado, estaba como un zombi saboreando un éxito que ya no tendría ninguna validez con el paso del tiempo. En mis soledades, tristezas y encierros, ya no importaría nada, sólo saldrían a flote mis fantasmas.

Me dejaron en la estación Sepúlveda, Morales y el padre Juan. Me despedí con la promesa de volver para los cumpleaños de mis amigos. No perdonarían más mi ingratitud, ni creo que yo tampoco. Yo esperaba ansiosamente que mi rutina de Santiago, que mi vida, ya muy lejana, no embotara mis ganas de volver a Talca.

SÉPTIMA PARTE

Llegué a Santiago al atardecer. No había nadie. Quizá me malacostumbré en Talca, porque, secretamente, esperaba que me recibieran mis amigos de los libros usados o, tal vez, Luz. Todos sabían que llegaría hoy y los trenes no eran lo suficientemente seguidos como para que no supieran mi hora de llegada. Al parecer, la vida en Santiago era distinta, más solitaria, con un tiempo reducido que no permitía una atención como las miles que tuve en Talca.

Caminé hacia mi hogar temeroso de encontrarme nuevamente solo. Se me ocurrió llamar a Luz. Hablábamos seguido mientras yo estaba en el hospital, pero, esta vez, no me atreví. No quería que mi aterrizaje forzoso se viera trabado por su negativa. Al día siguiente quizá conversaríamos.

Cuando andaba por la Alameda atiborrada de gente, empecé a masticar lo que había sucedido. El desenmascaramiento de los asesinos y sus motivaciones no hacía más que comprobar que todo estaba podrido. Latorre, el malogrado Latorre, se condenó por tomar la decisión de casarse. Pero ¿cómo él se iba a imaginar que su proyecto lo ultimaría o que se vería en medio de una estafa al fisco? ¿Habría hilado todas sus acciones de su último año cuando lo estaban apuntando con un arma? A lo mejor Claudio tampoco se enteró de los costos de esa visita desafortunada a un bar de Matucana. Tal vez no alcanzó a darse cuenta de que por ir a tomarse una cerveza moriría en manos de jóvenes que nunca recordarían haber acuchillado a alguien por Estación Central. Probablemente, en unas milésimas de segundo, sí reconstruyó su fatalidad.

Saber lo que había pasado, oscurecía las respuestas.

Cuando llegué a mi casa tuve la impresión de que había pasado mucho tiempo y me sentí casi eufórico, casi poderoso.

Me estaba preparando unos panes que compré en el almacén de la esquina cuando escuché que tocaban a mi puerta. Ese golpe

JULIA GUZMÁN WATINE

me alegró, hizo que sintiera toda mi piel, mis contornos. Respiré contento. Abrí y no había nadie. Mi cuerpo pesó toneladas. Cerré de golpe y me senté en el suelo, apoyado en la puerta embustera.

Madrid, 2011



